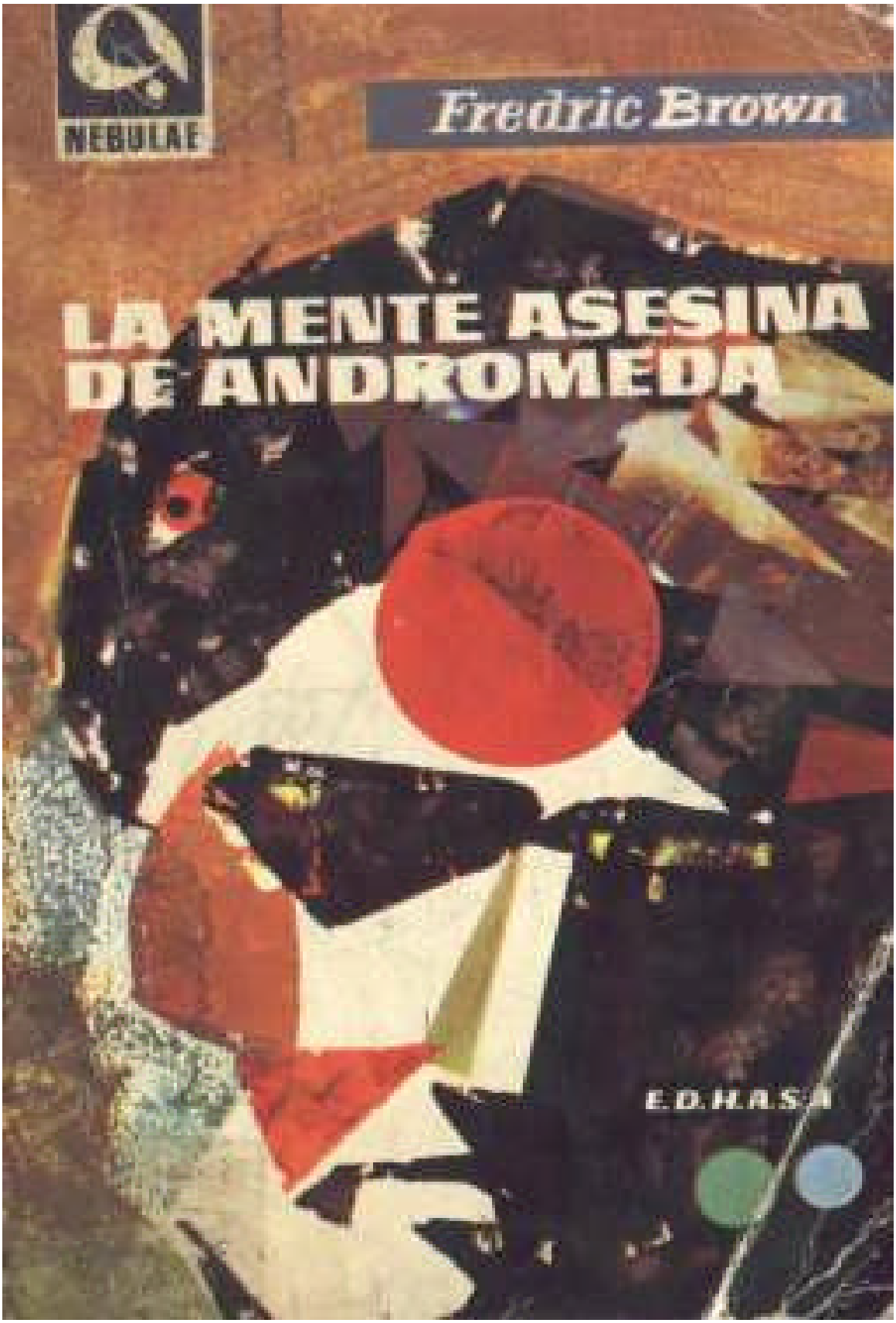
NEBULAE
Fredric Brown
LA MENTE ASESINA DE ANDROMEDA
E.D.H.A.S.A

LA MENTE ASESINA DE ANDRÓMEDA

Fredric Brown

Titulo original: The mind thing
Traducción: Oscar L. Molina
© 1961 By Fredric Brown
© 1963 E.D.H.A.S.A.
Av. Infanta Carlota, 129. Barcelona
Depósito legal: 25.912-1966
Edición electrónica de Sadrac
Buenos Aires, Enero de 2002

Capítulo I

La cosa mental usó su sentido perceptivo para observar el extraño sitio en que se encontraba. No tenía órganos para ver ni para oír, pero su percepción era muy superior: podía «ver» a todo su alrededor, con perfecta claridad, hasta una distancia de veinte yardas, con menos certeza hasta unas cuarenta; pero su visión no se detenía ante obstáculos. Podía ver desde un mismo punto, tanto la corteza de delante de un árbol, como la de atrás. Podía ver dentro de la tierra con tanta extensión y claridad como por encima. Su capacidad para percibir vibraciones llegaba a mayor distancia y era muy aguda.

No sólo podía ver sino también escuchar el deslizarse de los gusanos dentro de la tierra: lo desconcertaban: ninguna vida similar existía en los otros mundos. Pero no parecían peligrosos. Tampoco parecían serlo los pájaros que divisaba en los árboles. Le eran casi familiares: la vida de las aves parece evolucionar de un modo semejante en todos los planetas cálidos que poseen una atmósfera densa que permite el vuelo. (¡Pero, qué enormes eran los árboles en que estaban! Eran varias veces más altos que los que conocía). Y había un extraño animal de cuatro patas durmiendo en un agujero: una madriguera que, al parecer, se había construido voluntariamente en la tierra a solamente diez yardas de distancia.

Como el cuadrúpedo estaba durmiendo, la cosa mental supo que podía entrar en su cerebro, hacerlo un huésped. Pero parecía no valer la pena. Donde había pequeñas criaturas, habría, con seguridad, otras mayores, con más fortaleza y más capacidad cerebral. Quizás...

¡Sí! Su segunda investigación de las cercanías le mostró algo que no había visto antes. Depositado en el suelo, a unas doce yardas, había un cuchillo sucio y quebrado que había sido tirado allí, o extraviado. No lo reconoció corno un cuchillo, pero fuera lo que fuese, se trataba de algo artificial. ¡Y un artefacto significaba vida inteligente!

Significaba peligro también. La vida inteligente podía ser hostil, y él era pequeño y vulnerable. Tenía que aprender más sobre las formas de vida con inteligencia, especialmente si cogía a algún ejemplar durmiendo para poder entrar en su mente. Así podía aprender mucho más que mediante pura observación.

Se encontraba en una posición muy expuesta, justo detrás de lo que parecía ser un prado. Tenía que trasladarse por lo menos hasta el pasto alto, a una yarda de distancia, lugar en que quedaría suficientemente oculto. Tal escondite sería completamente inútil, por supuesto, contra sus propios semejantes o contra cualquier otra raza que tuviera también sentido perceptivo en vez de visión. Pero la probabilidad era de mil a uno: era muy difícil que las criaturas inteligentes de aquí, aparte de cualquier otra característica propia, tuvieran otra cosa que pura visión. Sabía que en ninguno de los planetas que conocía se encontraban criaturas con vista y sentido perceptivo desarrollados al mismo tiempo. Uno u otro, solamente. Y aquí, tanto los pájaros como el animal de cuatro patas, tenían solamente vista, ojos.

Trató de levitarse, para avanzar una yarda, pero no pudo. No se sorprendió. Ya se había dado cuenta, por varios indicios, que éste, comparado con su mundo, era un planeta con poderosa fuerza de gravedad. Y su raza, aun en su propio planeta, había perdido en gran parte el poder de levitarse. La levitación era un esfuerzo, y como todos poseían algún huésped, era mucho más fácil conseguir que uno los moviera, cuando moverse era necesario, que hacer un esfuerzo y levitarse. Un poder que no se usa disminuye tanto como un músculo que se atrofia.

Así que estaba sin esperanzas, hasta y a menos que pudiera encontrar un huésped lo suficientemente fuerte como para moverlo. Y la única criatura que dormía en los alrededores, la única que podía controlar y convertir en su huésped, era decididamente demasiado pequeña, tanto que quizás pesaba menos de la mitad que él. Por supuesto, él podía reducir algo su propio peso tratando de levitarse mientras el de cuatro patas...

Repentinamente, a máxima distancia, percibió algo y concentró toda su atención en ese sentido. Si había algún peligro aproximándose, no había tiempo para experimentar la utilidad de ese animal y moverse hacia algún escondite.

Al principio fue solamente una vibración que podrían ser pisadas o algo semejante. Y había otra clase de vibración que venía por el aire y no por la tierra. Era como los sonidos que cierta clase de criaturas, en general las inteligentes, que se comunican vocalmente, usan para este propósito. Parecían ser dos voces, una más potente que la otra, que vibraban alternadamente. Por supuesto, las palabras no significaban nada para la cosa mental ni podía ésta investigar sus pensamientos. Su raza podía comunicarse telepáticamente, pero sólo entre sí.

Entonces se acercaron al alcance de la percepción visual. Eran dos. Uno era algo más grande que el otro, pero ambos eran grandes. No podía dudarse que fueran miembros de una raza inteligente, ya que ambos llevaban vestidos, y sólo estas razas, durante un período de su desarrollo, usan ropas. Estaban erguidos, tenían dos piernas y dos brazos. También tenían manos, y esto los haría excelentes huéspedes, pero no había tiempo para pensar en eso ahora. Su problema era la supervivencia, antes de poder coger una criatura de ese tipo y durmiendo.

Eran de una especie bisexual, notó, porque, si bien sólo percibía sus ropas, su percepción no se detenía en eso; podía estudiar sus órganos internos con tanta precisión como si se tratara de cuerpos desnudos y, en realidad. se trataba de seres de distinto sexo. Eran mamíferos.

Pero lo importante era que se estaban acercando. Caminaban junto al prado, a dos pies de distancia de su escondite; difícilmente dejarían de verlo.

Desesperado, se introdujo en la mente del único huésped a mano, el pequeño cuadrúpedo. No tuvo tiempo para probarlo o estudiarlo: sencillamente partió corriendo como un loco fuera de su escondite. Tenía que interceptar a los dos extranjeros. Qué podría suceder no lo sabía, pero nada tenía que perder. Había mas posibilidades dentro de un pequeño huésped que sin ninguno: quizá, incluso, aunque pareciese poco posible, esa pequeña vida fuera peligrosa y temida para las mayores. Quizá fuera venenosa o mortal de algún modo para las otras. Repartidos en todas las galaxias hay planetas en los cuales pequeñas vidas son capaces, de un modo u otro, de aterrorizar a criaturas aparentemente más fuertes. Por último, también era posible que los bípedos consideraran aquí a los cuadrúpedos como alimento y trataran de perseguirlo y matarlo para comerlo. En ese caso, supuso, la pequeña criatura podría correr por lo menos tan rápido como ellos; si eso fuera posible, podría guiarlos hasta algún lugar más apartado del prado. Entonces sería muy útil dejarlos coger el pequeño cuadrúpedo y dejar que lo mataran.

Tendrían que matarlo o matarlo él mismo en todo caso. Porque si su única manera de entrar en un huésped era mientras éste durmiera, el único medio de abandonarlo era cuando el huésped hubiera muerto. Y el huésped que se le ofrecía era demasiado pequeño y débil como para utilizarlo más de lo estrictamente indispensable.

Charlotte Garner se detuvo repentinamente y, como tenía cogido el brazo a Tommy Hoffman, lo obligó también a detenerse, de un modo tan inesperado que casi lo hizo caer. Miró a Charlotte y vio que ella observaba algo en el prado, al frente.

- Mira, Tommy - dijo - Un ratón de campo. ¡Mira lo que hace!

Tommy miro.

- Qué extraño - dijo.

El ratón campestre, justo en medio del prado y a dos pies de distancia, estaba sentado como si fuera un perro. Pero, y esto era ya distinto, movía las patas delanteras como haciéndoles señas. Sus pequeños y agudos ojos los miraban directamente y con fijeza.

- Nunca vi nada parecido - dijo Charlotte - Actúa amistosamente, sin miedo. Quizás alguien lo ha domesticado y luego lo ha dejado en libertad, pero a él le sigue gustando la gente.

- Puede ser. Nunca vi antes algo tan raro. Bien, ratoncito, quítate un momento para que podamos continuar andando, sin pisarte.

- Espera un poco - dijo Charlotte. Ya se había soltado del brazo de su amigo -. Es tan encantador que trataré de cogerlo.

Antes que terminara de hablar, Charlotte se inclinó y cogió al animalito con suavidad pero con firmeza. Charlotte era una mujer ejecutiva y con reflejos rápidos. Cogió al ratón campestre antes de que Tommy pudiera moverse o protestar y antes de que el ratón pudiera correr y escapar.

- Oh, Tommy, es simpático.

- De acuerdo, es simpático. Pero no te lo irás a llevar, ¿verdad? No lo podrás tener mientras nosotros...

- Lo dejaré en el suelo en seguida, Tommy, sólo quería saber si podía cogerlo y acariciarlo un poco. ¡Ay! - Lanzó al ratoncito -. Este diablo me ha mordido

El ratón campestre huyó de ellos hacia un lado del prado y desde allí, entonces, sólo desde unos seis pies de distancia, después de detenerse, miró atrás para ver si lo perseguían. No, no lo seguían; sólo lo miraban, pero no se movían.

- ¿Te ha herido, querida? - preguntaba Tommy.

- No, solamente un rasguño. Me asustó, eso es todo. - Se le ocurrió mirar hacia abajo nuevamente -. ¡Tommy! ¡Mira!

El ratoncillo volvía, esta vez hacia Tommy. Comenzó a trepar por la pernera de su pantalón. Le dio un manotazo, lanzándole a varios metros de distancia. Volvió al ataque nuevamente... si es que atacar era su intención. Esta vez Tommy no le había perdido de vista, y estaba preparado. Su pie se alzó y cayó; hubo un débil crujido. Con el costado del zapato apartó del sendero lo que había quedado del ratoncillo de campo.

- ¡Tommy! ¿Es que tenías que...?

Su rostro estaba ensombrecido cuando se enfrentó con ella.

- Charl, esa cosa estaba loca, atacarme dos veces. Escucha, si te ha salido sangre cuando te mordió, es mejor que vuelvas al pueblo inmediatamente. Lo llevaremos con nosotros para ver si se trata de rabia. ¿Dónde te mordió, Charl?

- En el pecho, en el seno izquierdo, cuando le apreté junto a mí. Pero no creo que haya salido sangre... por lo menos, no a través de este chaleco y del sujetador. Fue más bien un pinchazo muy leve que un mordisco. No me dolió mucho, solamente me asustó un poco y lo solté.

- Tenemos que ver eso. Quítate tu... No, ya casi estamos allí. Un minuto más y nada importaría, y alguien podría pasar por aquí.

Fue él quien la cogió del brazo esta vez y comenzó a caminar, con tal rapidez que ella casi tuvo que correr para mantener su ritmo.

- Mira, una tortuga - dijo ella, unos pasos más adelante.

Pero él no se inclinó.

- Ya has jugado con bastantes animales esta tarde. Apúrate, cariño.

Dieron unos pasos más, doblaron más allá del prado, entraron bajo unos árboles y arbustos hacia el lugar que habían descubierto juntos y habían destinado exclusivamente para ellos. Era un rincón cubierto de pasto muy suave y protegido por arbustos en todas direcciones: un perfecto refugio suficientemente lejos del prado como para poder hablar en tono normal sin ser oídos desde el exterior. Tenía todas las cualidades de una isla desierta y ninguno de sus problemas. Era tan hermoso como apartado y fácilmente accesible, ya que para la gente joven y saludable una caminata de dos millas es un placer y no un cansancio.

Eran jóvenes y sanos y estaban profundamente enamorados. Tommy Hoffman tenía diecisiete años y Charlotte Garner dieciséis. Habían jugado juntos desde niños. Actualmente iban también juntos al colegio y estaban en el mismo curso. (Tommy no se preocupaba mucho de estudiar, había perdido un año y ya estaba al mismo nivel de Charlotte. Ambos habían completado ya dos años de bachillerato).

Hacía un año que estaban enamorados y desde seis meses estaban comprometidos. Habían hablado del asunto con sus familias y no habían encontrado ninguna oposición para sus proyectos excepto en lo concerniente a la fecha del matrimonio. Tommy, que acababa de cumplir diecisiete años, quería dejar en seguida el colegio para casarse sin pérdida de tiempo. No habría dificultades, decía. Su padre era viudo y Tommy su único hijo; vivían en una enorme casa de campo (el padre de Tommy pensaba, cuando la construyo, en un gran número de hijos): de este modo, no sólo habría habitación para Charlotte sino también para sus hijos, siempre y cuando los hubiera. Y Tommy, que sabía mucho de agricultura y quería ser agricultor de todas maneras, podría entonces ayudar a su padre todo el tiempo y no solamente de vez en cuando; Charlotte se ocuparía de la casa y entre los tres podrían mantenerse muy bien. Y tal era el arreglo que, sin duda, se haría dentro de dos años; apenas terminaran la enseñanza media, entonces, ¿para qué esperar? ¿Para qué sirve un agricultor con diploma de enseñanza media? El mismo mister Hoffman, decía Tommy, había aprobado sólo la enseñanza elemental, y sin embargo se las había arreglado muy bien con su finca. Además, ni él ni Charlotte querían terminar el bachillerato. No les molestaba el colegio, pero pensaban que de todos modos no les estaba sirviendo de nada. ¿De qué servirían a un granjero cosas como la historia y el álgebra?

Como de costumbre, en las discusiones amistosas se llega a un acuerdo, a un compromiso. No tenían que esperar dos años ni que terminar el colegio. Si esperaban un año, continuando mientras en el colegio, hasta que Tommy tuviera dieciocho años y Charlotte diecisiete, el padre de Tommy los padres de Charlotte darían su consentimiento para dejar el colegio y casarse.

Esto había sido seis meses antes, ahora les quedaban sólo seis meses de espera. En otro sentido estaban esperando desde sólo un mes atrás. Esto sucedía (o le sucedía a Charlotte) desde el día cuando, caminando por entre el bosque, habían encontrado este pequeño y apartado paraíso. Y ese día el tiempo había sido demasiado perfecto, el lugar demasiado hermoso, los besos demasiado maravillosos, los abrazos demasiado apasionados: la biología hizo su oficio. No hubo ni lágrimas ni remordimientos; para ser la primera experiencia de los dos, resultaba inesperadamente maravillosa. Por supuesto, como no tenían puntos de referencia, no podían saber si había sido desacostumbradamente

maravillosa, pero en realidad fue maravillosa. Tampoco, ni entonces ni después, tuvieron remordimientos de orden moral. Habían sido educados creyendo que las relaciones sexuales fuera del matrimonio eran malas, pero esto no era malo. De todas formas se iban a casar pronto, ¿por qué no apenas pudieran? Además, se consideraban ya casados ante los ojos de Dios, y, si había un Dios que se preocupara de tales asuntos, tendría que considerarlos del mismo modo. Estaban muy enamorados.

Esta era la tercera vez que volvían a este lugar. Pero este día había empezado distinto a los otros por causa del ratón.

- Rápido, Charl - dijo Tommy con urgencia sácate ese sweater. Te desabrocharé el corpiño mientras haces eso. Y si hay el más pequeño rasguño en tu piel donde esa... cosa te mordió, tendremos que volver, tendremos que volar de vuelta.

Se había sacado el sweater y el corpiño. Los dos examinaron su pecho izquierdo. Era un seno bien construido y muy hermoso; igual era el derecho. Y uno y otro estaban igualmente libres de señales.

- Gracias a Dios - dijo Tommy, aliviado -. ¿No te molesta nada?

Se apretó, experimentalmente, encima del pezón.

- Lo suficiente para saber en dónde está. - Bajó la mano y le sonrió -. Podrías besarlo y mejorarlo. Si necesitas una excusa...

Tommy no necesitaba excusas. Y los dos supieron que lo que iba a suceder iba a ser, por lo menos, igualmente maravilloso que las otras veces, y quizás más aún debido a las molestias que habían tenido.

Y fue maravilloso, en efecto; pero esta vez, aunque no lo sabían, había algo diferente.

Esta vez algo los estaba observando, algo cuyo equivalente de la vista no quedaba obstruido ni por árboles ni por arbustos. Algo más horrible (aunque desapasionadamente) que todo cuanto cualquiera de ellos podría concebir en pesadillas.

Capítulo II

La cosa mental miraba con avidez. No por impudicia: no habría comprendido el significado de esta palabra, él no tenía sexo (y usamos el pronombre «él» porque el pronombre «eso» resultaría demasiado impersonal). Su especie se reproducía por fisión, porque cada criatura se dividía en dos, tal como lo hacen las formas de vida inferiores, tal como una bacteria, en la Tierra.

Pero miraba con tanta ansiedad como si su interés fuera libidinoso, a causa de una repentina esperanza que se le había despertado al ver lo que ellos estaban haciendo. Ahora sí que creyó posible conseguir un buen huésped, y pronto. Sabía por sus conocimientos (algunos de primera mano, otros adquiridos) de un millar de mundos con criaturas que, como éstas, eran de dos sexos y efectuaban el acto sexual de una manera semejante. Siempre, después, tenían una gran tendencia a dormir. No porque ese acto los agotara, pero porque las especies inteligentes bisexuales quedan emocionalmente exhaustas.

Si alguno de ellos dormía, entonces tenía un huésped a su disposición. Si ambos dormían, decidió escoger al macho, ya que parecía el más grande y fuerte de los dos. Con mucha probabilidad también el más inteligente.

Después de un momento se relajaron y quedaron inmóviles y él empezó a esperar. Se movieron de nuevo, se besaron algunas veces, murmuraron algunas palabras. Pero entonces, relajados en una postura distinta, quedaron quietos por segunda vez.

La hembra durmió primero, y él pudo haber entrado en ella, pero el macho tenía los ojos cerrados y su respiración era lenta y regular. Obviamente, estaba ya al borde del sueño. La cosa mental esperaba, por lo tanto.

Entonces el macho se durmió y la cosa mental penetró en su mente. Hubo una breve pero terrible lucha con el ego, la esencia, la parte de la mente que era Tommy Hoffman. Siempre había una lucha parecida al entrar en el cerebro de una criatura inteligente. (Esta batalla era mínima en un animal: en un microsegundo había entrado en la mente del pequeño cuadrúpedo una hora antes). Pero mientras más inteligente fuera una especie, más dura era la batalla; variaba, también, con el grado de inteligencia de los individuos de una especie.

En este caso le costó algo así como un segundo, tiempo que se empleaba con las criaturas de moderada inteligencia. Después, ya tuvo bajo su control la mente de Tommy y, por su intermedio, su cuerpo. Lo que siempre había sido Tommy Hoffman estaba allí, pero encerrado desvalido, incapaz de utilizar su propio cuerpo o sus sentidos. Allí estaba la cosa mental que sólo podría salir con la muerte de Tommy. La de Tommy o la de la cosa mental.

La cosa mental poseía ahora todos los recuerdos de Tommy y todos sus conocimientos. Pero le tomaría tiempo asimilarlos completamente y trazar sus planes según ellos. Lo primero es lo primero.

Y lo primero era trasladar su cuerpo a un lugar a salvo. Su propio cuerpo, claro. Antes que un hombre o un animal (ya poseía el vocabulario de Tommy) pudiera venir y dañarlo o destruirlo.

Dejó a un lado todo lo demás y empezó a buscar entre los recuerdos de Tommy algún buen lugar para esconderse, y encontró uno. A media milla, en las profundidades del bosque, había una caverna en la ladera de una colina. Era pequeña pero secreta y desconocida. Hacía varios años que Tommy la había encontrado, cuando apenas era un niño de nueve años; la había considerado su caverna y no se la había mostrado jamás a nadie. Según lo que estaba a su alcance nadie más hasta ahora la conocía. Además, tenía un suelo de arena.

Muy silenciosamente para no despertar a la hembra (la podía haber estrangulado, por supuesto, pero eso habría sido una complicación innecesaria; no tenía ningún interés en conservarla viva, pero tampoco era su costumbre matar porque sí) se levantó y partió hacia el prado. Como el tiempo y la rapidez eran importantes - ya que alguien podía venir a pasear por ese mismo lugar - no cogió los vestidos de su huésped. Tommy tenía puestos solamente un par de calcetines azules; sus otras prendas - zapatos, shorts, pantalones y una camisa - quedaron amontonados junto al lugar en que había estado acostado.

Antes de partir hacia los arbustos para abandonar el rincón encerrado, miró atrás para asegurarse que la niña todavía dormía. Estaba durmiendo con su joven cuerpo completamente desnudo. Ni siquiera llevaba calcetines, ya que había venido sólo con sandalias. Supo por la mente de Tommy por qué no se habían vestido después de haber consumado el acto. Era muy agradable sentir el sol sobre los cuerpos desnudos esa tarde. Además, Tommy esperaba que, después de una pequeña siesta - sabían que por lo menos uno de los dos despertaría después de media hora - podrían tener otro... otro «round» (ésa fue la frase exacta que encontró en la mente de Tommy). Evidente, estas criaturas conseguían un placer considerable en la copulación. Y también, aunque siempre llevaran ropas excepto en privado, en la vista y el tacto de sus cuerpos desnudos.

En el prado, se irguió y empezó un trote rápido en dirección a la caverna que había descubierto en la mente de Tommy, la caverna que sería su escondite, al menos por un tiempo.

Experimentando con la mente de Tommy, supo la respuesta a algo que lo había intrigado: por qué, si Tommy y la niña lo habían visto, no se habían detenido a investigarlo. Superficialmente, visto desde encima, se parecía algo a una criatura de la Tierra (ya sabía el nombre del planeta) cuyo nombre era tortuga. A primera vista parecía una tortuga de unas cinco pulgadas de ancho con sus pies y cabeza dentro de la concha. Las tortugas se mueven despacio y no son inteligentes; no molestan a los humanos y éstos rara vez las molestan a ellas. Verdad que eran comestibles - y le llegó el concepto y el sabor de una sopa de tortuga -, pero, a menos que un ser humano estuviera dedicado a cazar tortugas, nadie se habría llevado a casa una sola y de su tamaño; pesaría alrededor de dos libras, casi lo mismo que su propio peso, pero dejaría apenas algunas pocas onzas de carne comestible; insuficiente excepto para un hombre hambriento o agotado que se quisiera dar la molestia de matarla y disecarla.

Ese parecido accidental lo había salvado. Eso y sus acciones como ratón de campo cuando tenía a uno de ellos como huésped. Lo que había hecho con el ratón campestre había sido correcto, aunque por razones equivocadas: otro accidente afortunado. No se habían asustado de él ni lo habían expulsado del prado. Pero al herir a la niña cuando ella lo había cogido y después de atacar al joven cuando la niña lo tiró al suelo, les había inspirado temor. Podía tener algo llamado rabia y podía haber infectado a la niña al morderla. Y el temor había impulsado a Tommy a apurar la llegada al escondite para que pudieran ver exactamente qué le había sucedido; de otro modo quizás habrían continuado su descanso ociosamente y lo habrían interrumpido quizás cuando la niña dijera: «Mira. una tortuga». Y, seguramente, habrían investigado más. Habrían descubierto en segunda instancia que se trataba de una tortuga de una especie poco común. Y luego, quizás, que en realidad, no se trataba de ninguna tortuga. En vez de tener una concha distinta por debajo, tenía una cocha continua sin orificios ni para pies ni para cabeza. Ellos mismos, o algún amigo a quien se la llevarían, podría haber decidido romperla para saber qué contenía. Y esto habría sido el fin para la cosa mental. Aunque en el intervalo hubiera encontrado un huésped en que alojarse, habría muerto del mismo modo en la mente del huésped. La prolongación mental de sí mismo que controlaba un huésped no era capaz de vida independiente.

Hizo correr velozmente a Tommy hasta que estuvo más allá del prado y fuera del alcance de cualquiera que desde allá pudiera mirar y, sabiendo que no podría mantener ese paso hasta la misma gruta, lo disminuyó hasta un trote suave.

La entrada de la caverna era pequeña. Había que entrar arrastrándose. La cosa mental vio con satisfacción que estaba completamente protegida por arbustos.

Adentro estaba oscuro, pero, aun a través de los ojos de Tommy, podía ver. Mediante los recuerdos de Tommy y por medio de sus ojos pudo hacerse un cuadro completo de la cueva. (Su sentido perceptivo, que era independiente de la luz y de la oscuridad, funcionaba solamente cuando estaba sin huésped en su propio cuerpo. Pero cuando vivía alojado en un huésped, dependía totalmente de sus órganos, cualesquiera que ellos fueran). La caverna no era muy amplia; tenía unos veinte pies de fondo y en su parte más ancha, cerca del centro, unos seis pies. Solamente en ese punto era posible para un hombre permanecer erecto.

Alrededor de ese sitio la cosa mental hizo que Tommy se inclinara y empezara a cavar un agujero con sus manos en la arena. Sobre las diez pulgadas de profundidad las manos de Tommy toparon roca. Hizo que Tommy lo depositara en el agujero y que cubriera después

cuidadosamente todo. Al fin volvió a salir en la misma forma para borrar todas las huellas que dejara al llegar. La arena quedó tan suave como antes de su llegada.

E hizo que Tommy se sentara a la entrada de la caverna, - pero escondido y protegido por los mismos arbustos que ocultaban la entrada - y esperó.

Ahora ya no había prisa. Ahora estaba a salvo y podía darse tiempo para digerir todos los conocimientos que hubiera en la mente de Tommy, para catalogarlos, y, usándolos como fundamento, preparar sus propios planes a largo plazo.

Y planes a corto plazo para su huésped. Ya se había dado cuenta que la mente de Tommy no era exactamente la que necesitaba para controlar. Tommy probablemente tenía un porcentaje - pero nada más que un porcentaje - I.Q. de su raza (por lo menos era lo que pensaba Tommy de sí mismo), pero sólo estaba educado en parte y no tenía ninguna clase de conocimientos científicos más allá de unos pocos principios elementales.

Pero Tommy podía serle útil... por un tiempo.

Capítulo III

Charlotte Garner se despertó, tan rápido y totalmente como lo hace un gato pequeño, orientado ya completamente antes de abrir los ojos. Su cuerpo desnudo le parecía incómodamente frío, tiritó un tanto y entonces, abriendo los ojos, supo por qué el frío le había despertado. Había empezado a dormir al sol, ahora estaba en la sombra. Esto significaba que el sol estaba ya bajo el Oeste, detrás y bajo los gruesos arbustos al final del espacio abierto. Asombrada, se levantó para ver la hora en el reloj de pulsera y quedó entonces más desconcertada. Había dormido exactamente tres horas completas. Aún, si volviera al instante y caminaran muy rápido, llegarían con media hora de atraso a cenar a sus respectivas casas. Probablemente sus padres ya se estarían empezando a inquietar.

Rápidamente se dio vuelta para despertar a Tommy. Tommy no estaba allí. Pero allí estaban sus ropas, exactamente al lado de donde él había estado acostado. Después de una breve sorpresa, supuso lo que habría sucedido, lo único que podría haber sucedido. Tommy debía haberse levantado un minuto antes que ella despertara y, antes de vestirse y de despertarla, se habría ido afuera del claro, por ahí cerca, para responder una llamada de la naturaleza. No podría, no habría querido en ningún caso irse más lejos, por esa o por cualquier otra razón, sin utilizar sus ropas... Estaría de vuelta en un minuto.

Y, como no llevaba ni usaba nunca reloj, probablemente no se diera cuenta de lo tarde que era. Pero ella sí. Se puso de pie y se sacudió el poco pasto que se le había adherido al cuerpo y luego se vistió con rapidez; tenía sólo cuatro prendas: pantalones, corpiño, blusa y sweater. No se demoró mucho en terminar la operación. Se sentó, se puso las sandalias y se volvió a poner de pie.

Todavía ningún signo de Tommy; y, aunque aún no estaba preocupada, quería que Tommy se apurara. Por esto gritó, llamándolo, pero no hubo respuesta. Difícilmente podría haberse ido a una distancia superior al alcance de la voz, pero, probablemente, ya estaba volviendo y por eso no se apresuraba en responder. Notó que le quedaba algo de pasto en el cabello, fue entonces hasta las ropas de Tommy y consiguió un peine de bolsillo que siempre llevaba en la camisa, se lo pasó algunas veces por su corto cabello y lo volvió a su lugar.

Todavía nada de Tommy y ya sí que se estaba preocupando. No que pensara que algo podía haberle sucedido. Le gritó de nuevo, mucho más fuerte esta vez, y después agregó:

- ¿Dónde estás?

Escuchaba atentamente, pero sólo había el débil sonido de las hojas rozándose justamente entonces con más fuerza. ¿Estaría Tommy tratando de asustarla? No, él nunca habría hecho nada semejante.

Pero, ¿qué podría haber sucedido? No se podía haber ido a ninguna parte, así, desnudo, a excepción de los calcetines azules que llevaba puestos. ¿Acaso se habría desmayado? ¿O un accidente...? Un desmayo parecía imposible: Tommy gozaba de excelente salud. Y si se tratara de un accidente, bien, tendría que haber sido del tipo de los que dejan inconsciente (no se atrevió a pensar en la palabra muerto). Si se hubiera torcido un tobillo o quebrado alguna pierna, podría haber respondido sus gritos. De hecho, la habría despertado antes al llamarla. Estaba dormida con un sueño muy liviano y lo habría escuchado si gritaba desde una distancia razonable.

Realmente preocupada, salió del claro a través de los arbustos y empezó a caminar en círculos en torno al sitio, mirando a todas partes, aun en aquéllas que daban al prado, detrás de los árboles y de los arbustos, aunque sabía que no podía haberse ido tan lejos y de este modo, aunque su propósito fuera abandonarla, lo cual no podía creer.

De vez en cuando lo llamaba por su nombre, y ahora sí que estaba gritando de verdad. Se alejó cada vez más haciendo espirales, y cuando una hora más tarde se dio cuenta lo lejos que estaba del punto de partida y de que había recorrido un área de cien yardas de diámetro, entonces sí que se espantó. Era imposible que hubiera llegado tan lejos.

Se dio cuenta de que necesitaba ayuda. Volvió rápidamente al prado para regresar después a casa, medio andando medio corriendo, manteniendo el promedio más rápido que consideró posible para una distancia de tres millas. Tenía que contarles la verdad, sin importarle lo que pensaran o hicieran sobre el particular. Tommy y ella habían apurado las cosas y ya tenían relaciones premaritales. No había manera de evitar completamente el trasfondo del asunto, ya que las ropas de Tommy serían el punto de partida para la búsqueda. Pero esto no importaba ahora. Su único de interés era encontrar a Tommy.

Estaba agotada, jadeante, desolada, cuando irrumpió en el salón de su casa. Sus padres estaban escuchando la radio y la apagaron rápidamente al sentirla. Se quedaron mirándola fijamente.

- ¡Curioso! Justamente hablábamos de...

Entonces su padre vio su expresión y dijo:

- ¿Algo anda mal, Charl?

Ella contó todo sin detenerse. La interrumpieron una sola vez; fue su madre:

- ¿Quieres decir que tú y Tommy habéis estado...?

Pero su padre la detuvo.

- Ocúpate de eso después, Mom. Déjala terminar.

Jed Garner se puso en pie.

- Llamaré a Gus - dijo -. Salgamos inmediatamente. Él puede llevar a «Buck».

Fue al teléfono y llamó a Gus Hoffman, que vivía en la granja vecina, y empezaron a conversar.

Al otro extremo de la línea, Gus Hoffman escuchaba preocupado. Todo lo que dijo cuando Garner terminó fue:

- Estén listos allá.

Colgó el teléfono y se quedó pensando un momento.

Después fue a un montón de ropa sucia, encontró un calcetín de Tommy y se lo puso en el bolsillo. Lo necesitaba para que «Buck» pudiera seguir las huellas de Tommy. Esto no

quería decir que «Buck» ya no conociera el olor de Tommy, pero no sabía si estaría dispuesto a seguir la pista si no le ponían en la nariz algo perteneciente a Tommy y le decían:

- Encuéntralo, muchacho.

Trajo de la cocina la correa de «Buck» y se la guardó en el otro bolsillo. «Buck» era un buen perro para seguir pistas, pero tenía un defecto. Una vez que partía tras alguna, había que sostenerlo por la correa. De otro modo, ya que por lo menos en gran parte del recorrido nadie lo llamaría atrás, podía alejarse hasta perderse. Aunque se siga una huella que esté fresca y reciente, un perro suele ir mucho más rápido que el hombre al que presta sus servicios.

Comprobó que tenía cerillas, tomó la linterna, probó la potencia de sus pilas y salió por la puerta de la cocina.

«Buck» dormía, no dentro sino al frente de su casucha. Tommy la había construido especialmente para él. Era un gran perro de color gris y blanco; no era excesivamente bravo, pero sí temible. Tenía siete años, ya había pasado sus mejores años, pero aún le quedaban muchos por delante.

- Ven, «Buck» - dijo Hoffman, y el perro se lanzó tras él, mientras se dirigía a través del campo hacia la casa de Garner. Ya estaba oscuro.

Le habían visto venir y salieron afuera los tres. Jed Garner llevaba también linterna y un revólver bajo el brazo.

No hubo ningún saludo especial. Hoffman le preguntó a Charlotte:

- El prado aquél, ¿es el que queda al norte detrás del puente?

- Sí, Mr. Hoffman. Pero fuimos más lejos. Tengo que mostrarles el lugar adonde... adonde fuimos. Donde están sus ropas.

- Charlotte, tú no irás - dijo su padre con firmeza -. Porque estás agotada con el viaje de tres millas que has hecho desde allí hasta la casa, prácticamente corriendo todavía.

- «Buck» nos llevará hasta las ropas - dijo Hoffman -. Después haremos círculos en torno al sitio y cogeremos el rastro. Dijiste tres millas, y desde aquí al principio del prado debe haber sólo una. Esto significa unas dos millas hacia dentro del bosque. ¿Correcto?

Charlotte asintió.

- Partamos, entonces - dijo Hoffman a Garner.

- Espera, Gus. ¿Por qué no cogemos mi coche para la primera milla? Ahorraría tiempo.

- Te olvidas de «Buck» - dijo Hoffman -. Le gusta la caza, pero le molestan los automóviles. Si lo forzamos a subir a un coche del cual quiere huir, se pondrá tan nervioso que nos será inútil. Tenemos que caminar. Vamos.

Los tres hombres salieron a la carretera y empezaron a caminar. Había una luna brillante; no iban a necesitar las linternas hasta que no estuvieran bajo los árboles. Y ni siquiera allí la oscuridad sería completa.

- ¿Para qué traes la escopeta, Jed? - preguntó Hoffman -. ¿Piensas en una cacería?

- Demonios, no. Pero me siento mejor en el bosque de noche con un arma. Aunque sepa que nada me va a saltar encima. - Transcurrido un minuto, agregó - Sin embargo, estoy pensando que si encontramos a Tommy...

- Lo encontraremos.

- De acuerdo, después que lo encontremos, entonces. Si está bien, no creo que debamos hacer esperar a esos muchachos seis meses más. Si de todas maneras ya están jugando al matrimonio, ¡por qué diablos no hacemos de eso algo legal! Y a ti no te gustaría que tu primer nieto naciera demasiado pronto después de la boda. Y a mí tampoco.

- De acuerdo - dijo Hoffman.

Caminaron silenciosamente un momento. Entonces vieron las luces de un coche que venía hacia ellos por la ruta. Hoffman retrocedió rápidamente y agarró con firmeza a «Buck» por el collar, empujándolo hacia un lado de la carretera.

- Espera a que pase - dijo a Garner -. Hay que impedir que «Buck» salte, aunque no creo que lo haga.

Después que el coche pasó, continuaron su camino.

Al tiempo que llegaron al principio del prado, estaba ya completamente oscuro, salvo la luna, y se detuvieron a encender las linternas. De ahí en adelante, parte del camino lo harían bajo los árboles y necesitaban más luz.

Siguieron adelante. Garner preguntó:

- ¿Dónde se habrá ido Tommy, y, por los mil diablos, desnudo todavía?

Hoffman gruñó:

- Deja las imaginaciones, sigue buscando.

Nuevamente continuaron en silencio, hasta que Hoffman dijo:

- Creo que ya hemos avanzado una milla desde el camino. ¿Qué creéis vosotros?

- Algo así - dijo Garner -; quizá un poco más.

- Entonces es mejor que soltemos a «Buck». Tu hija puede haberse equivocado con la distancia y no nos conviene pasar de largo.

Puso en el suelo la linterna, sostuvo firme la correa al collar de «Buck» y acercó el calcetín sucio de Tommy a la nariz de «Buck».

- Búscalo, muchacho.

El perro olió el prado y partió adelante en seguida. Lo siguieron. Hoffman mantenía en una mano la correa y en la otra la linterna. Garner iba a retaguardia. «Buck» se movía con velocidad que no era excesiva para ellos. No había necesidad de demasiado esfuerzo para sostener la correa.

Alrededor de una milla más adelante (el cálculo de Charlotte había sido muy exacto), «Buck» se separó un poco del prado y empezó a oler algo.

Hoffman se inclinó para mirar.

- Un ratón de campo, muerto. Destrozado. Vamos, «Buck», vuelve al trabajo.

Empujó a «Buck» hacia el prado.

- Charl me habló de este asunto mientras esperábamos que vosotros llegaréis. No parece importante y no lo había mencionado por eso. Pero quiere decir que estamos muy cerca del lugar. O sea, del lugar donde ellos fueron... fueron a dormir - dijo Garner.

- ¿Qué te contó sobre el ratón campestre?

Garner le contó todo. Y dijo después:

- Condenado animalito, actuando de tal modo. Dime: ¿Y si el animalito tuviera rabia? No mordió a Charl, no rozó siquiera su piel; pero Tommy le golpeó con su pantalón y con sus piernas. ¿Qué sucedería si algún dedo hubiera quedado herido por un diente del ratón sin que lo notara? ¿Habría peligro?

- Demonios, Jed, tú sabes más que yo sobre la rabia. Si Tommy estuviera infectado, no se le notaría nada todavía. Esto se demora varios días. - Hoffman se acarició la barbilla -. Es lo mismo. Cuando encontremos a Tommy haré que me muestre las manos. Si hay en ellas aunque sea un rasguño, cogeremos a la vuelta ese ratón y lo haremos examinar. Vamos. «Buck», partamos de nuevo.

Solamente unos treinta pasos más adelante, «Buck» se salió nuevamente del prado y esta vez no se detuvo a oler ninguna cosa. Siguió caminando. Les guió hasta un lugar en donde

varios arbustos casi impedían el paso y empezó a abrírselo. Hoffman apartó los arbustos y avanzó con la linterna.

- Aquí es - dijo -. Todavía están allí sus ropas.

Atravesó adelante y Garner lo siguió. Se quedaron mirando el suelo.

- Dios mío - dijo Hoffman -. Espero...

No terminó la frase. Había esperado que ya no estarían las ropas, que Tommy habría vuelto a recogerlas después que Charlotte se fuera. No podía saber qué podía significar todo esto - ya que Tommy no había vuelto -, pero su esperanza le había parecido mejor que suponer a Tommy todavía dando vueltas desnudo por algún lugar del bosque. En todo caso, estaba ahora mucho más preocupado que cuando supo por primera vez la historia. La ropa parecía tan... vacía. Hasta ahora, esto había semejado un mal sueño; ya estaba pareciendo pesadilla.

«Buck» estaba oliendo ansiosamente las ropas y después el pasto donde Tommy había estado acostado. Haciendo círculos, partió hacia los arbustos, en otra dirección esta vez.

Hoffman lo dejó alejarse y salió después detrás.

- Vamos, Jed - dijo -. Ha cogido de nuevo el rastro por el lugar por donde Tommy se fue.

Garner dijo:

- ¿Llevo la ropa?

Hoffman vaciló.

- Bien - dijo -. Cuando lo encontremos las necesitará, y no tiene objeto tener que volver hasta acá.

Esperó, sosteniendo a «Buck», hasta que Garner hizo un lío con la ropa y se le hubo reunido.

Y partió siguiendo los tirones de la correa. Primero, de vuelta al pasto, y después en diagonal hacia el noroeste, dejando el pasto.

«Buck» estaba tirando con fuerza de la correa, por ahora. No solamente las huellas eran más recientes, pero un hombre que usa sólo calcetines deja un rastro mucho más potente que el que usa zapatos, Además, antes, en el prado, habían habido otros rastros humanos, aunque débiles. Ahora estaba solamente el de Tommy.

- Apúrate, muchacho - decía Hoffman a Garner, mientras seguían al perro.

Capítulo IV

La cosa mental estaba descansando. Había catalogado con exactitud, mentalmente, todo lo que existía en la mente de su huésped.

Sabía todo lo que Tommy sabía sobre este planeta llamado Tierra. Eso era suficiente para darle una idea general. Conocía ya su tamaño aproximado, aunque sin imágenes adecuadas, y que era en su mayor parte de agua salada, pero que tenía también considerables extensiones de tierra en varios continentes. No ignoraba que el mundo estaba dividido en naciones y el número y principales características de la mayoría.

Su conocimiento de la geografía local era muy superior. Sabía que estaba en una región semisalvaje, en un coto de caza, pero sólo a unas cuatro millas de la ciudad más próxima. Su nombre era Bartlesville y tenía casi mil habitantes. Estaba en el estado de Winsconsin, que es parte de una nación llamada Estados Unidos de América. La ciudad más grande de los alrededores, cerca de cuarenta y cinco millas hacia el sudeste, era Green Bay. Cien

millas más allá de Green Bay estaba Milwaukee, la mayor ciudad de las cercanías. A unas noventa millas al sur de Milwaukee había una mucho más grande, una de las mayores, Chicago. Podía visualizar esos lugares; Tommy había estado en ellos. Pero lo que mejor conocía era Bartlesville y sus alrededores. Y esto estaba bien, porque sería el campo de operaciones para la cosa mental en los próximos días. Además de su geografía, él ya sabía también de la flora y fauna. La flora no le interesaba, pero sí, y mucho, la fauna. Ya tenía retratos mentales de todas las criaturas de la región, salvajes y domésticas. Y sabía sus habilidades y limitaciones. Si debiera utilizar alguna vez un huésped animal de nuevo, sabría cuál escoger para el trabajo adecuado.

Más importante: ya estaba seguro que el hombre era la única especie inteligente de la Tierra y que tenía ciencia, y aparentemente bastante avanzada. Aunque el conocimiento científico de Tommy era casi nulo (sabía un poco de electricidad elemental, lo suficiente para arreglar el timbre de la casa), sabía que existía ciencia y científicos y (lo que era de mayor importancia) que la ciencia incluía electrónica. El significado de la palabra electrónica para él era muy vago, pero había visto (y poseído) una instalación de radio. Había visto televisión. Y sabía lo que era capaz de hacer el radar, aunque no cómo trabajaba. Donde tales asuntos existen tiene que haber conocimiento de electrónica.

Y el proyecto eventual de la cosa mental era llegar a controlar la mente de alguien especializado en electrónica, de uno que no sólo conociera la materia sino que también tuviera acceso al equipo y a los componentes. Seguramente le costaría varios escalones - varios huéspedes intermedios - el llegar hasta él, pero confiaba que iba lograr lo que quería si lo planeaba con exactitud. Tenía que volver a casa.

Venía desde un planeta que estaba a setenta y tres años luz de distancia, en dirección a la constelación de Andrómeda, un sol muy débil para ser nombrado desde la Tierra, aunque tenía un número en los catálogos terrestres.

No había llegado voluntariamente; había sido enviado. No como un explorador ni como un adelantado para una futura invasión (aunque el asunto podía transformarse en tal a su vuelta), sino como exilado. Era un criminal. Explicar en qué consistía su crimen significaría explicar las particularidades de un sistema social tan extraño al nuestro que nos resultaría casi incomprensible; baste decir que había cometido un crimen y que su castigo era el exilio.

No llegó en una nave espacial. Había sido enviado en... llamémoslo un rayo de fuerza; ésta es, sin duda, una pobre descripción, pero es casi tan exacta como cualquier frase de nuestro lenguaje podría ser. La transmisión había sido instantánea; en un momento estaba en el proyector, en casa, y un segundo después ya estaba depositado junto a un prado en los bosques al norte de Bartlesville, Wisconsin, sin haber experimentado ningún impacto de aterrizaje.

El planeta para el exilio fue escogido desde larga distancia y sin saberse si estaba o no habitado, parte de los billones de planetas de la galaxia que su raza había cartografiado pero jamás investigado; había tantos planetas, que jamás lograrían investigar más de una pequeña parte. La razón por la cual podían cartografiar planetas con la misma facilidad con que nosotros cartografiamos estrellas era que su equivalente de nuestro telescopio estaba fundado no en el imperfecto sentido de la vista sino en el mucho más desarrollado de la percepción, capaz por eso de «ver» planetas casi tan lejos como nosotros podemos ver estrellas.

Así es que él estaba aquí. Y ahora quería volver a casa. Y no era asunto imposible. Por dos razones.

En primer lugar, había sido considerablemente afortunado en llegar a un planeta que tenía una cantidad importante de habitantes inteligentes y, además, que poseía una ciencia y una técnica sólo inferior a la suya propia. Las posibilidades habían sido de cien mil en contra y una a favor. Si hubiera sido enviado a un planeta deshabitado, habría quedado sin ninguna ayuda. Si el caso hubiera sido un planeta con vida, pero no inteligente (como la Tierra hace algunos millones de años), podría haber construido un proyector que lo enviara de vuelta, pero las posibilidades habrían estado en su contra. (¿Podéis imaginaros las dificultades de un dinosaurio, aunque fuera dirigido por una inteligencia, para encontrar y refinar germanio y utilizarlo para hacer un transistor)?

Segundo, sería bien recibido en casa y perdonado - incluso honrado - si podía llegar de vuelta. Los exiliados siempre tienen esa posibilidad, y uno de entre cien logra aprovecharla.

Un exilado de retorno, recibía muchos honores, llegaba a ser considerado un héroe, especialmente si traía noticias de especies más aptas para ser empleadas como huéspedes que las actualmente en uso. Y esto podía hacerlo la cosa mental. Al hacer que Tommy lo transportara, había descubierto el pulgar, cosa que era, según sus conocimientos, única en la galaxia. Con ese instrumento, el manipuleo de las cosas se facilitaba en gran manera. Muy probablemente podría hacer un proyector de tamaño suficiente para llevar con él un huésped humano. Si lograba hacer eso les evitaría enviar una expedición exploratoria; ellos podrían efectuar su primer raid esclavo a plena fuerza.

Todo estaba a su alcance si trabajaba lentamente, con cuidado y sin cometer errores. Ya había cometido uno, se daba cuenta. Había menguado el valor de su actual huésped haciéndole actuar de un modo contrario a las costumbres humanas, es decir, atrayendo la atención hacia él. Al menos por un momento, Tommy Hoffman sería un objeto curioso y sospechoso que podría limitar su utilidad. La gente estaría constantemente mirándolo para averiguar si hacía de nuevo algo que les pareciera extraño.

Lo que debiera haber hecho, y habría hecho si se hubiera tomado algunos minutos para examinar más detenidamente los pensamientos del joven, era esto: que Tommy se acercara a él y lo sacara de su posición tan peligrosamente expuesta, pero sin llevarlo hasta la misma caverna. Tommy lo podría haber llevado hasta un lugar que fuera de escondite provisorio, momentáneo. El pasto alto un poco más allá del prado habría sido bastante. Desde allí podría haber vuelto y haberse tendido junto a la niña y haber fingido que el también dormía. Esto le habría dado tiempo suficiente para aprender de Tommy y de la niña, sobre las acciones y emociones humanas, así, cuando despertaran, podría haberse presentado a la niña como perfectamente normal. Posiblemente (para usar de nuevo la expresión eufemística de Tommy) habría tenido hasta otro «round» con ella. La cosa mental no lo habría gozado, por supuesto; cuando estaba dentro de un huésped no sufría al hacer que se matara, pero tampoco compartía ninguna de sus sensaciones agradables. Habría tenido un encuentro con la niña simplemente porque eso habría hecho Tommy.

Después se habían vestido y vuelto a la casa tal como ellos mismos habrían hecho normalmente. (Una vez dentro de un huésped, podía controlarlo desde cualquier distancia razonable.) En la mañana Tommy podría haber vuelto, solo, y haberlo trasladado hasta este lugar mucho más seguro que era la caverna, para, finalmente, volver a casa sin despertar ninguna curiosidad especial.

Esto pudo haberlo hecho, pero ya era muy tarde cuando se le ocurrió. Pero tenía otra alternativa suficiente. Estaba fundada en el concepto de algo llamado amnesia que encontró en la mente de Tommy.

Tommy podía permanecer aquí, alerta, al frente de la caverna. Temprano, en la mañana (las ropas las debería haber dejado cuando se cansara de esperar, no se las habría llevado, en ningún caso), podría volver y recogerlas para volver finalmente a casa. Su historia habría sido simple. El niño y la niña estaban agotados y se habían quedado dormidos. Y después había despertado en un lugar diferente, como a una milla de distancia y sin ningún recuerdo de lo sucedido. Difícilmente habría podido caminar ese espacio dormido - además ya sabía que Tommy nunca andaba en sueños así, debía haber tenido alguna razón para caminar hasta ese lugar, pero no se acordaba de cuál. Debía ser amnesia. Lo habrían llevado al doctor una vez o dos, pero nada más. Y como Tommy, al menos para los demás, seguía actuando de una manera normal, no tendría problemas en continuar teniéndolo como huésped hasta que dejara de serle útil; entonces se las arreglaría para que se suicidara o para que, mejor, su muerte pareciera accidental.

Además de su sencillez e incontrovertibilidad, la historia de Tommy tenía otra ventaja: no se contradecía con la de la niña (contara ella lo que contara). Ella se debía haber asustado lo suficiente como para no contarles toda la verdad: que habían dormido desnudos y que él se había ido en ese estado. Por lo menos ese parte la debía haber callado. Si la primera relación omitía mencionar el asunto ropas, entonces sus relatos calzarían. Si resultaba que había contado el asunto de un modo diferente, podía con toda tranquilidad admitirlo. Sí, estaba desnudo cuando se había dormido y se había despertado del mismo modo en la mañana. Su original omisión de esa parte de la historia parecería comprensible a todos.

Los planes a corto y largo plazo quedaron repentinamente interrumpidos. A través de los ojos de Tommy, atravesando los arbustos que ocultaban la entrada de la caverna. la cosa mental vio dos pequeñas luces avanzando vacilantes hacia él; a través de los oídos de Tommy escuchó los ladridos excitados de un perro persiguiendo algo, y reconoció la voz del perro como la de «Buck», el perro del padre de Tommy.

Inmediatamente, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. El padre de Tommy se había preocupado mucho más de lo que Tommy había creído. (Probablemente, Charlotte había dicho toda la verdad. Tommy la había dejado sin las ropas. Esto era tan desconcertante como el caso de Tommy vagando desnudo.) Y Tommy había pensado (o, más bien su mente habría pensado si la pudiera tener libremente en funciones) que ellos podían venir a buscarle en la mañana, pero no en la noche, en la oscuridad. La mente de Tommy no había pensado ni remotamente en la posibilidad de utilizar a «Buck», para seguirle el rastro.

Pero ahora se estaban acercando dos hombres y un perro, uno de los hombres podía ser el padre de Tommy, el otro, probablemente, el de Charlotte.

¡Y el perro los guiaría recto hacia la caverna!

Tenía que distraerles, alejarlos. Aunque le costara el actual huésped conseguirlo, no podía consentir que se fijaran en la cueva. Estaban apenas a menos de cien yardas de distancia y se acercaban directos a ella. El perro olía bien el rastro de Tommy.

Tommy, o el cuerpo de Tommy, saltó adelante, corrió alrededor de los arbustos para enfrentar las linternas que se acercaban. Corrió hasta quedar dentro del radio de acción de la luz de las linternas y se detuvo. «Buck» ladró, gozoso, y abandonó el rastro para correr directo hasta él. Gus Hoffman gritó:

- ¡Tommy! ¿Qué demonios...?

Demasiado cerca de la caverna. Se dio vuelta y volvió a correr en diagonal. Los escuchaba correr tras él, gritando:

- ¡Tommy, Tommy, detente!

Oyó que Garner decía:

- Suelta la correa de «Buck». El perro puede alcanzarlo.

Y la respuesta de su padre:

- Seguro, y correr con él. Los perderemos entonces a los dos.

No podía correr en línea recta porque tenía que mantenerse en los lugares iluminados por la luna para poder ver. Ocasionalmente, mientras estaban todavía cerca para seguirlo a simple vista, podía efectuar cortos recorridos por la sombra gracias a las linternas, pero podía correr mucho más rápido que ellos y muy pronto estuvo fuera de su alcance. Cuando notó que su situación era definitiva y que sólo podía ser alterada gracias a las cualidades del perro, empezó a correr en círculo para dificultarles más aún la búsqueda.

Podía detenerse entonces a descansar un poco. Cuando partió de nuevo, lo hizo con un trote lento y sin correr. Sabía adónde iba, y empezó a hacer círculos para acercarse a su punto de partida.

Y desde allí hasta el lugar, a muy corta distancia, donde había percibido ese artefacto (sabía también ahora lo que era: un cuchillo), antes de que los hombres le alcanzasen.

Estaba entre un pasto profundo y sombrío. El sentido de la vista de Tommy ya no le servía de nada y tuvo que utilizar las manos para palpar y rastrear el suelo. Era difícil, pero sabía en donde estaba, y, finalmente, los dedos de Tommy lo cogieron y lo levantaron.

Quebró la uña de los pulgares de Tommy tratando de abrir la hoja, pero al fin logró abrir el cuchillo con el otro dedo.

Sin vacilar, Tommy se cortó una de las muñecas, cambió de mano el cuchillo y se cortó la otra. Los dos cortes eran profundos, casi hasta el hueso, y la sangre brotó rápidamente. No se recostó de inmediato, pero en poco tiempo la pérdida de sangre le hizo perder el equilibrio y cayó pesadamente.

Estaba muerto cuando los dos hombres y el perro le encontraron.

Y la mente de la cosa mental estaba a salvo, de vuelta dentro de su concha, sepultado bajo nueve pulgadas de arena en la cueva.

Capítulo V

Fue una mala noche para Gus Hoffman. Había esperado con el cuerpo mientras Jed Garner iba en busca de ayuda. Mientras esperaba, vistió el cuerpo de Tommy con las ropas que Gus había traído. Y no porque tuviera intención de mentir a la policía sobre la forma en que había encontrado a Tommy, sino porque no lo parecía decente presentarlo desnudo.

Garner fue directo a la casa. Después de llegar a la carretera pasó junto a otras tres granjas antes de llegar a la suya, pero quería que Charlotte fuera la primera en saberlo todo y no deseaba decírselo por teléfono. Tomó sus palabras con más tranquilidad de lo que esperaba, especialmente porque ya estaba preparada: había presentido por instinto, desde el momento en que debió regresar sola a la casa, que nunca vería de nuevo a Tommy vivo.

Después Garner telefoneó al «sheriff» de Wilcox, sede del condado, a veinte millas de distancia. El «sheriff» vino con una ambulancia para llevar el cuerpo a la ciudad y poder examinarlo rápidamente. Llevó con él al médico forense. Garner los llevó al lugar, y los cuatro hombres, por turno, transportaron el cuerpo hasta fuera del bosque y lo pusieron en una camilla. «Buck» permaneció con el grupo hasta que el motor de la ambulancia se puso en movimiento. Entonces partió rápido hacia la casa, por medio del campo.

En la «morgue» de Bartlesville examinó el cadáver mientras el «sheriff» hablaba con Garner y Hoffman. El médico se les acercó para comunicarles que no había dudas sobre la causa de la muerte - pérdida de sangre por las muñecas cortadas - y que las únicas marcas en el cuerpo eran debidas a rasguños y golpes en las piernas y en la planta de los pies. Gustosamente haría una autopsia si el «sheriff» lo estimaba necesario, pero no se le ocurría para qué podría servir si todo era ya obvio.

El «sheriff» estuvo de acuerdo en esto, pero afirmó que de todas maneras un interrogatorio sería útil. No había dudas sobre el veredicto, suicidio por demencia repentina, pero esperaba que algo podría averiguarse sobre el misterio de la razón de una locura tan repentina en un muchacho que jamás había mostrado síntomas ni siquiera de inestabilidad. También era misteriosa el arma del suicidio, el pequeño, sucio y oxidado cuchillo de bolsillo. Hoffman era categórico: jamás había sido de Tommy. Y ambos, Hoffman y Garner, estaban seguros que cuando vieron a Tommy brevemente antes de que huyera, era imposible que llevara algo consigo: las manos las tenía abiertas a ambos lados. Seguramente había cogido el cuchillo en el lugar donde después lo había usado, pero ¿cómo podía saber en dónde estaba, o cómo poder encontrarlo en esa oscuridad?

- Muy bien - dijo el «sheriff» -, haremos el interrogatorio mañana a las dos de la tarde, ¿están todos de acuerdo?

Hoffman y Garner asintieron, pero el médico preguntó:

- ¿Por qué tan pronto, Hank?

- Recuerda esto, Doc. Algo puede suceder en el interrogatorio que pueda hacernos cambiar de opinión respecto a la autopsia. Por supuesto, si debe haber una, mientras más pronto, mejor. Haremos el interrogatorio aquí mismo en la morgue, no creo que haya mejor lugar que éste y no tiene objeto movilizarse hasta Wilcox. Y, Gus, inmediatamente después, puedes hacer los arreglos pertinentes para los funerales. Tan pronto como sea conveniente si no vamos a hacer una autopsia, y dudo que haya necesidad de hacerla. ¿Quién era el médico de Tommy? ¿El doctor Gruen?

- Sí - dijo Hoffman -. No quiero decir que Tommy lo viera a menudo. Tenía muy buena salud.

- Lo pondremos en lista de todos modos. Y quizá también alguno de sus profesores, pero les preguntaré antes, a ver si alguna vez han notado algo raro que valga la pena indicar. No tiene objeto hacerlos venir si no tienen nada que agregar.

Se volvió hacia Garner.

- Ah, Jed. Charlotte tendrá que testificar. Trataré de hacerlo con la máxima delicadeza posible, pero tendrá que declarar que Tommy estaba desnudo cuando desapareció. Yo no obtendré nada de esto, pero podré aclarar las cosas al jurado con su testimonio. ¿Qué os parece?

Garner inclinó la cabeza y pensó un minuto. Dijo:

- No estoy muy de acuerdo, «sheriff». Creo que puedo responder por ella con esto: ella testificará de todo delante de todos. Demonio, la historia completa se sabrá de todas maneras y quizá suene peor si ella no lo dice, como si estuviéramos avergonzados. Demonios, lo que hicieron no era tan malo, estaban enamorados y comprometidos, sólo apresuraron las cosas un poco. No le digas a mi mujer que yo te dije, pero ella y yo hicimos lo mismo, ¿cómo por, lo tanto, condenar a Charlotte? Y si la ciudad o los vecinos la condenan por esto, al infierno con ellos. Venderé la granja y me iré. Siempre quisimos irnos a California.

Así habían quedado las cosas. Gus Hoffman había vuelto a su casa como a la una de la mañana, a la casa más solitaria y vacía que jamás había conocido. Creyó que no iba a poder dormir hasta que recordó que tenía bastante «whisky» medicinal en un armario. Lo trajo junto con un vaso. No era un bebedor; tomaba un poco en ocasiones especiales para ser sociable, pero éste era más whisky del que tomaba en un año entero. Esta noche, sin embargo, si había suficiente whisky para olvidar, se tomaría esa porción suficiente. Esta era la peor noche de su vida, peor aún que aquella en que murió su esposa. Sobre todo por una razón: había agonizado durante varios días: él ya estaba preparado. Y por otra: todavía tenía a Tommy. Entonces tenía tres años, pero Gus se las había arreglado para mantenerlo en la granja y educarlo allí, con la ayuda, mientras Tommy estuvo en edad escolar, de una mujer que venía diariamente mientras Gus trabajaba en la granja.

Ahora quedaba completamente solo, solo para siempre. Sabía que no volvería a casarse. No porque fuera demasiado viejo (tenía cuarenta y nueve), sino porque desde la muerte de su esposa nunca había pensado en hacerlo ni jamás había deseado otra mujer. No sabía por qué resultaba imposible para él, pero lo era. Algo había muerto en él cuando murió su esposa. Era algo sicológico, por supuesto, pero en realidad más importante que lo sicológico. Un hombre que sufre por eso todavía puede desear una mujer, por lo menos en abstracto, y retroceder sólo cuando tiene que coger una de carne. Pero Gus Hoffman no podía ni tan siquiera desear alguna y tampoco podía concebir el casarse con el único objeto de tener una mujer en casa que le hiciera compañía. No quería a nadie cerca de la casa, ni siquiera en tales condiciones. (Tener cerca a Charlotte como esposa de Tommy era, por supuesto, muy distinto. Ya había pensado en eso.)

Todas sus esperanzas habían descansado en Tommy. No era un hombre muy efusivo y jamás había dejado entrever a Tommy la importancia que tenía para él su decisión de quedarse o marcharse de la granja después del matrimonio. Quería tener nietos, y ahora jamás podría tenerlos. Era ahora el último de su línea, un final muerto.

A menos que... Con el tercer vaso una repentina y chocante esperanza le vino. A menos que ya estuviera todo listo para la llegada del nieto. Charlotte podía estar encinta sin saberlo. ¿O habría tomado Tommy algunas precauciones contra esa posibilidad?

De pronto quiso saberlo todo claramente. Se levantó de la mesa de la cocina para alcanzar el teléfono. Pero se sentó de nuevo, pensando que no podía llamar a los Garner pasada ya la medianoche y para preguntarles eso. De hecho no les preguntaría nada. Podía esperar y ver, mantener viva la esperanza todo el tiempo que pudiera.

Mientras tanto, algo por lo menos podría pensar y planear aparte de su soledad y de su tristeza. Cuando Garner se diera cuenta que Charlotte estaba encinta, seguramente vendería la casa y se marcharía; eso había dicho para el caso que Charlotte fuera atacada por la gente de la ciudad o por el vecindario. Si un asunto así podía ser perdonado y comprendido, un caso de hijo ilegítimo no lo sería, sin duda. Entonces Gus Hoffman vendería también y partiría, a donde quisieran, a California o a la Luna. Si fuera posible, le hablaría a Garner para que compraran juntos una granja y de este modo él pudiera vivir con ellos - o si no lo querían dentro de la casa, podría construirse algo cerca - y de este modo podría educar a su nieto. O nieta, esto aún no estaba claro. Si Jed no estaba de acuerdo en que compraran juntos una granja, compraría la suya lo más cerca posible. La de al lado, aunque tuviera que pagar un precio especial para conseguirla. El costo no sería problema, gracias a Dios: tenía doce mil dólares en el Banco y en inversiones, además de lo que sacaría por la venta de su granja. Y algunas vez ya le habían hecho buenas ofertas.

Terminó el whisky y comprobó que, casi por primera vez en su vida desde los veinte años, estaba borracho. Cuando se levantó debió apoyarse en los muebles para mantenerse de pie. No quiso molestarse en subir al segundo piso o en desnudarse: se dirigió derecho hacia el sofá. Se las arregló para quitarse los zapatos... fue lo último que recordaba.

Eso fue la noche pasada.

Ahora ya era de mañana. Se había despertado en el piso. Había hecho café y se había forzado a comer algún bocadillo. Había puesto en orden la lechería y ordenado el riego. Había hecho todo cuanto debía hacer diariamente. Todo le tomó dos horas y todavía era temprano. Quedaba trabajo - siempre hay trabajo en una granja -, pero todo lo restante podía esperar para más tarde, para después del interrogatorio. Y había pensado en algo importante que hacer. Más importante ahora que el trabajo.

Se aseguró que la correa de «Buck» y el calcetín de Tommy estaban todavía bien metidos en su bolsillo y entonces partió a la granja de Garner llamando de paso a «Buck».

Garner estaba descansando en el pequeño jardín de la parte trasera de su casa. Se. pudo de pie cuando se acercaba Hoffman.

- Buenos días - dijo Hoffman - ¿Cómo está Charlotte?

- Creo que todavía duerme. No se quedó dormida Dios sabe hasta cuándo, anoche. ¿Qué quieres hacer, Gus?

- Quise pasar por aquí para decirte adónde voy. De nuevo hacia... hacia donde fuimos anoche.

- ¿Por qué?

- Quiero dar una vuelta por ahí a la luz del día. El lugar donde encontramos las ropas de Tommy, el lugar donde lo encontramos. Podemos haber dejado de ver algo, con sólo linternas. No sé qué cosa, pero podría sernos útil antes del interrogatorio.

- Parece cuerdo - dijo Garner.

- Otra cosa y por la cual traigo a «Buck»: Quiero ir al lugar donde por primera vez vimos a Tommy, cuando él se nos escapó corriendo. Veremos si «Buck» puede rastrear sus huellas hacia atrás, encontrar de dónde había venido, desde qué dirección. No me digas nada, quiero saber.

- Voy contigo - dijo Garner -. Puede ser útil. No me siento con ganas de trabajar y creo que tú estás igual. Espera que le avise a Maw.

Gus Hoffman lo esperó y los dos hombres partieron juntos.

La cosa mental no estaba preocupada, pero estaba molesta consigo misma por haberse asustado y haber matado a su primer huésped humano. Pensando después con más calma se había dado cuenta que eso no había sido de ningún modo necesario. Debiera haberlos conducido lejos de la cueva, pero después no había ninguna necesidad de haber matado a su huésped. Después de haberlos llevado hasta una distancia prudente de la caverna, podría haberse dejado caer y haber fingido que estaba dormido o inconsciente cuando lo encontraran. Cuando lo hubieran despertado, se podría haber manifestado muy sorprendido de encontrarse donde se encontraba, especialmente por encontrarse desnudo, y podría haber fingido no recordar nada desde que dejara a la niña dormida en su lugar de amor. Verdaderamente, su caso no habría sido considerado exactamente como amnesia, por haber huido de su padre como lo había hecho, pero se le habría llamado locura temporal. Sin duda, por eso no lo habrían encerrado en ningún asilo, ya que habían pensado que eso destruiría completamente a Tommy. Pero él también en tal caso habría tenido que destruirlo verdaderamente, ya que, encarcelado, no le serviría en lo más mínimo como huésped. Ya

sabía - por la mente de Tommy - que las instituciones que se dedican a los enfermos mentales toman infinidad de precauciones para prevenir que sus asilados cometan suicidio. De este modo quizás habría debido permanecer amarrado a Tommy por un tiempo excesivo. Y un intento fracasado de suicidio lo habría llevado hasta una cárcel especial que habría imposibilitado más ensayos.

Pero se daba cuenta que no habrían encarcelado a Tommy ni siquiera por un corto período de locura temporal. Lo habrían hecho examinar, pero no demasiado atentamente, ni por demasiado tiempo si volvía a aparecer perfectamente normal. Seguramente habría debido hablar con un doctor y éste, quizá, lo habría recomendado a un especialista, a un siquiatra. Pero esto habría sido muy bueno porque, como no había siquiatras en Bartlesville y tampoco Wilcox (y Tommy también sabía esto), habría significado un viaje a Green Bay y posiblemente hasta Milwaukee. Cualquiera de estos dos lugares tendría biblioteca pública y suficientemente grande como para serle útil. Si hubiera conseguido algún tiempo, aunque hubiera sido porque se arrancara un momento, por lo menos podría haber empezado, y bien, a aprender algo de lo que tenía que llegar a conocer.

Sí, como la mente de Tommy lo habría dicho, las había embarrado. Sin embargo, no tenía para qué maldecirse tanto tampoco. Es tremendamente difícil entender rápidamente todas las características de un mundo completamente ajeno al propio, de una cultura totalmente extraña. Especialmente si sus únicos conceptos de este mundo le habían llegado por conducto de una mente que, según su capacidad de percepción, no era demasiado brillante, ni mucho menos. Que ni siquiera tenía completa la enseñanza media y no había experimentado ningún otro interés que no fuera la agricultura.

La principal desventaja de su actual situación era que desde aquí parecía imposible conseguir otro huésped humano. Los hombres venían a este bosque generalmente para cazar, pero las posibilidades de que uno se quedara dormido lo bastante cerca para que el alcance de cuarenta yardas de su mente tuviera efecto, eran remotas.

Para conseguir otro huésped humano, él debía conseguir primero otro animal que lo transportara cerca de un lugar donde un humano durmiera. Esto era arriesgado, durante el transporte, pero era un riesgo que tenía que correr. Y aunque todavía no había alcanzado ningún animal apto, sabía, por intermedio de Tommy, que había muchos cerca. Un ciervo podía transportarle fácilmente en la boca, igualmente podía hacerlo un oso. Había también la posibilidad del transporte aéreo. Un halcón, si podía llevar una gallina, con mayor razón podría transportarle a él que era más liviano. Un aguilucho también podría hacerlo; Tommy sabía que este pájaro se desliza hacia abajo, coge un ratón, pro ejemplo, y se lo lleva volando. Pero no tenía idea clara del peso que un aguilucho podía transportar.

Tommy habría sido un excelente granjero.

En total, pensó, un pájaro sería mejor. Un ciervo o un oso tendrían dificultades con las rejas y, si hubiera un perro en la granja, ladraría y despertaría a la gente. Pero un perro no puede darse cuenta de un halcón que vuele en mitad de la noche para depositar algo en el techo. Después, tan pronto como el halcón se hubiera matado o se hubiera hecho matar, tendría la oportunidad de escoger un huésped entre los humanos que durmieran dentro de la casa. El primer acto de huésped humano sería retirar su cuerpo de la posición expuesta en que quedaría sobre el techo y ponerlo en un escondite bien protegido.

No había prisa. Esta vez pensaría cada detalle y no cometería más errores. Además, ningún halcón o aguilucho había llegado hasta dentro del radio de acción de su sentido perceptivo. Ni tampoco un ciervo o un oso. Solamente ratones de campo, conejos y otras pequeñas criaturas habían quedado a su alcance.

Pero las había estudiado a cada una. Uno nunca puede saber cuándo un pequeño animal, por cualquier razón circunstancial (esconderse bajo una muralla, por ejemplo), puede ser un perfecto huésped temporal mejor que uno más grande. Una vez que había estudiado cada animal por afuera y por dentro, no solamente examinando el concepto que de él existía en la mente de su último huésped, podía entonces obtener uno de esa especie a cualquier distancia no superior a las diez millas, con tal que el presunto huésped estuviera durmiendo. Después de haber estudiado un conejo, por ejemplo, tenía solamente que concentrarse en el concepto de conejo si alguno estaba durmiendo dentro de un radio de diez millas más o menos, pero le bastaba con el más próximo si había varios. Una vez que un halcón pasara dentro de su alcance, y no importaba a que velocidad, era capaz de conseguir un halcón como huésped cada vez que quisiera uno, con tal que fuera de noche cuando los halcones duermen. Más tarde o más temprano un halcón, un aguilucho, un ciervo o un oso quedaría a su alcance: tenía a su disposición una gran variedad de huéspedes virtuales.

Las cosas habrían sido muy fáciles para él - no había ningún problema al cabo - si lo mismo pudiera hacerse con huéspedes más inteligentes, lo que quería decir aquí, con huéspedes humanos. - Esas criaturas, automáticamente se resistían a ser huéspedes, siempre había entre ellos una batalla mental que podía durar hasta varios segundos antes que el ser humano se entregara. Para vencer tenía que utilizar todo su poder y tener a la criatura, la criatura individual, dentro de los límites de su sentido perceptivo. Y, por supuesto, dormida.

Esto había demostrado ser verdadero en casi todos los planetas que su especie había visitado. Pero habían raras excepciones. Durante la noche había comprobado que la Tierra no era una de ellas.

Lo intentó primero con un ratón campestre, concentrándose en el concepto de su primer huésped terrestre. Desgraciadamente le costó casi una hora lograr matarlo para liberarse de él y volver a su cuerpo en la cueva. Primero trató de matarlo lanzándolo a toda velocidad contra un árbol y luego contra una piedra. Pero era tan liviano, tenía una masa de inercia tan pequeña, que el golpe contra la piedra sólo sirvió para que quedara momentáneamente inconsciente. No podía subir bien a un árbol, descubrió, para lanzarse desde una altura suficiente y morir. Lo había llevado al campo abierto, hasta un pedazo iluminado brillantemente por la luna, y había corrido allí en círculos en la esperanza que el movimiento llamaría la atención de algún pájaro carnicero. Pero ningún carnívoro parecía existir por los alrededores. Finalmente hizo lo que debió hacer al principio: examinó sus pensamientos y recuerdos tal como eran. Supo que había agua en las cercanías. Un estanque inmóvil. El ratón campestre corrió inmediatamente hasta él, se lanzó al agua y murió ahogado.

De vuelta en la caverna, hizo el segundo experimento. Sabía que debía haber hombres durmiendo a unas pocas millas de distancia, más allá del límite del bosque hacia el sur. A diez millas en esa dirección estaba la ciudad de Bartlesville, donde cientos de hombres dormían. Usando a Tommy como prototipo se concentró en los hombres, en cualquier hombre dormido. No sucedió nada.

Hizo un último experimento. Con algunas especies inteligentes era posible conseguir una, concentrándose en ella a distancia, si, en vez de concentrarse en la especie, la concentración se ejercía sobre un individuo, uno que ya se hubiera estudiado y memorizado. Después de estudiar a Tommy, pero antes de apoderarse de él, había estudiado a Charlotte, por dentro y por fuera. Trató de concentrarse de nuevo. Y nuevamente nada sucedió.

Aunque él no podía saberlo, Charlotte no estaba dormida todavía: se había ido a acostar, pero aún estaba llorando en el lecho. Pero eso no importaba porque tampoco habría resultado si la niña hubiera estado durmiendo. La humanidad no era una excepción a la regla general de las criaturas inteligentes respecto a la distancia desde la cual él podía convertirlas en huéspedes.

Después de esto, había descansado. No durmiendo porque su especie nunca duerme, pero posponiendo todo plan o pensamiento. En cualquier caso, tenía que esperar hasta tener oportunidad de estudiar virtuales huéspedes más útiles que conejos, ratones y todas las otras pequeñas criaturas que hasta el momento se habían puesto a su alcance. Nada grande se le acercó durante la noche.

Pero ahora escuchaba, sentía las vibraciones algo grande que se acercaba. Dos seres, pensó, después tres. Dos bípedos y un cuadrúpedo, pero mucho más grande que un conejo. Concentró al máximo su percepción y dentro de un minuto ya estaban a su alcance. Era el mismo trío que había venido la última noche buscando a Tommy. El padre de Tommy, el de Charlotte y «Buck», el perro, tirando de la correa y avanzando recto hacia la cueva. Estaba siguiendo el rastro de Tommy para ver de dónde había venido antes de encontrarse con ellos y huir.

Pero ¿por qué? Había reconocido la posibilidad de que lo hicieran, pero la había descontado porque no veía ninguna razón por la cual pudieran interesarse en dónde Tommy había estado ya que estaba definitivamente muerto. Además, desde que dejó a Tommy no había tenido ningún huésped real o virtual más grande que un conejo para trasladarse a protegerse. Repentinamente se vio forzado a localizar aunque fuera a un conejo que durmiera por allí cerca para distraer al perro del rastro que estaba siguiendo. Pero con la misma rapidez se dio cuenta de que esto era imposible. El perro tenía una correa y, si él trataba de distraerle, ellos lo volverían a colocar en la huella.

Estaba completamente sin recursos. Si lo encontraban allí no podría hacer nada, nada en absoluto. Pero no se aterrorizó porque las posibilidades de que lo encontraran eran muy pequeñas. No tenían ninguna razón para cavar. Encontrarían la caverna, por supuesto, y entrarían. Harían suposiciones sobre por qué Tommy habría entrado en ella. pero no cavarían, estaba casi seguro.

En ese momento «Buck» los estaba guiando rápidamente por entre los arbustos hacia la entrada. Se detuvo un momento y olió el lugar en donde Tommy había estado descansando detrás de los arbustos y después se introdujo en la cueva. Hoffman lo tiró afuera con fuerza.

- Diablos - dijo Garner - una caverna; él también vino. Ojalá hubiéramos traído un revólver o dos y una o dos linternas. El tamaño de la entrada es perfecto para que dentro haya un oso.

Hoffman dijo:

- Si Tommy estuvo allí dentro la noche pasada, quiere decir que no había ningún oso. Y es más probable que un oso esté en su madriguera de noche que de día.

La cosa mental entendió, porque ya comprendía el lenguaje que hablaban los hombres. Antes de tener un huésped humano esas palabras no habrían significado nada, habrían sido como los sonidos sin significado que Tommy y la niña habían producido en el prado antes de quedarse dormidos.

- Da lo mismo. Voy a entrar - dijo Hoffman.

- Espera un minuto. Gus. Entraré contigo. Pero de todas maneras debemos tener cuidado. Toma la correa del collar de «Buck» y déjalo entrar solo primero. Si dentro hay algo peligroso, tendrá veinte mil posibilidades más que nosotros para escapar con éxito: estará

sobre sus cuatro patas y nosotros tendríamos que entrar también en cuatro patas sin que eso sea normal como para «Buck».

- Creo que es prudente. - Hoffman soltó a «Buck» y éste se precipitó dentro de la cueva. Hasta la mitad, hasta el lugar donde Tommy había llegado: allí terminaba el rastro. Se recostó.

Los hombres escucharon un momento.

- Creo que está bien - dijo Hoffman -. Nada podría herirlo tan rápido que no pudiera por lo menos aullar. Voy a entrar.

Entró en cuatro patas y Garner lo siguió. Cuando alcanzaron el centro de la caverna, donde estaba «Buck» encontraron que el techo bastaba para estar de pie. Era oscuro, pero alcanzaban a divisar algo.

- Bien, aquí estamos - dijo Garner -. No anduvo más lejos ya que «Buck» se ha detenido aquí. Y aquí no hay nada salvo un aire agradable y fresco. Sentémonos y descansemos un poco antes de volver.

Se sentaron. La cosa mental estudió al perro. Era la primera oportunidad que tenía para hacerlo. Era el animal más fuerte que hasta el momento se le presentaba como huésped potencial.

De aquí en adelante «Buck» sería su huésped si alguna vez necesitaba algún perro. En todo, caso era el perro más próximo que podía quedarse dormido.

Y ahora «Buck», relajándose de su larga persecución, se quedó dormido. La cosa mental pensó el asunto y esperó. Dentro de «Buck», quedaría solamente con sus sentidos y no con los propios.

- Trato de imaginarme por qué habrá venido hasta aquí - dijo Hoffman.

- Nadie lo sabe, Gus. Estaba trastornado, eso es todo. Probablemente descubrió esta caverna cuando era un niño y la recordaba y vino a ella para esconderse de... de lo que sea. No puedes figurarte lo que sucede en la mente de un muchacho cuando está trastornado.

- Quizás para esconderse. ¿Pero si hubiera venido aquí para esconder algo? ¿O para sacar algo que hubiera escondido aquí antes? No me preguntes qué, pero esta arena es muy blanda y es muy fácil excavar en ella aunque sea con las manos.

- ¿Qué podía esconder aquí o querer sacar de aquí?

- No sé, pero si encontramos algo aquí...

La batalla fue algo mayor, imperceptiblemente, que la que tuvo que hacer para entrar en la mente del ratón de campo, pero la cosa mental estuvo dentro de la mente de «Buck» al instante. «Buck» levantó la cabeza.

La cosa mental dentro de «Buck» consideró la situación. Seguramente no podría matar a los dos hombres, pero se las podía arreglar para atacarlos repentinamente y morderlos antes que ellos fueran capaces de reaccionar y matarlo a él. Esto, ciertamente, los distraería de cavar, al menos por el momento. Probablemente partirían inmediatamente a la ciudad en busca de un doctor, si no lo hacían porque las heridas fueran muy graves lo harían por temor a la rabia, el mismo que Tommy y la niña habían sentido.

Garner dijo:

- Ahora no, Gus. No creo que encontremos nada ni aprendamos nada nuevo. Pero mañana volveremos y trabajaremos juntos. Hay demasiada oscuridad aquí para que podamos hacer un buen trabajo sin tener luces adecuadas. Y si lo hacemos, ¿cómo sabremos si ha sido bien hecho y completo? Será más rápido si traemos, además, una pala y un rastrillo. No llegaremos a tiempo a almorzar a casa al paso que vamos. Recuerda que el interrogatorio es inmediatamente después. Y tenernos que prepararnos.

- Creo que tienes razón, Jed - dijo Gus -. De acuerdo, mejor que partamos ahora mismo. Por lo menos aprendimos algo que podremos decir en el interrogatorio. El lugar a donde vino Tommy. Y en donde debió permanecer hasta que vio que se acercaban nuestras linternas. Si lo hizo así, evidentemente tenía que toparnos en el lugar donde lo vimos.

«Buck» bajó de nuevo la cabeza. Cuando los hombres empezaron a deslizarse fuera de la cueva, él los siguió corriendo al lado, tal como lo habría hecho el «Buck» real, durante las dos millas que iban hasta el camino principal.

Allí saltó repentinamente hacia un lado, el contrario de la dirección que llevaban. No volvió directo hacia la caverna del bosque. No quería que ni remotamente sospecharan que volvía al mismo lugar. Hoffman lo llamó repetidamente. Pero no prestó atención y siguió corriendo.

Cuando estuvo fuera del alcance, detrás de un grupo de árboles, disminuyó la velocidad y se introdujo al bosque. Ya no había senderos por aquí, pero sin preocuparse de los sentidos de «Buck», la cosa mental tenía perfecta orientación. Iba recto hacia la caverna.

Una vez adentro, «Buck» cavó las nueve pulgadas de arena y cogió con el hocico la concha de la cosa mental, la llevó fuera y la depositó suavemente en el suelo. Volvió después a la cueva y tapó cuidadosamente el agujero que había hecho. Cuando lo hubo llenado, procuró eliminar minuciosamente toda huella que pudiera indicar que alguna vez hubo allí algún hoyo. Entonces volvió a salir y a coger con perfecta suavidad la concha de la cosa mental. No era más pesada que una perdiz y «Buck» tenía un boca suavísima. La llevaba además con el mismo cuidado con que llevaría un pájaro herido.

Corrió sin apresurarse por el bosque, tratando de no dejar huellas y apartándose de los senderos, buscando el lugar más salvaje y escondido. Entre pasto alto y arbustos que lo ocultaban, encontró un lugar adecuado. Serviría, al menos por un tiempo. Con el hocico puso a la cosa mental en un rincón de la pequeña cavidad y mediante manojos de pasto convenientemente situados la ocultó completamente de la vista.

Entonces continuó corriendo en la misma dirección, de tal modo que nadie pudiera encontrarlo con otro perro rastreador y, al fin, bastante más allá, se sentó a pensar.

Ahora estaba a salvo. Nadie lo encontraría cavando en la cueva. ¿Pero le interesaba seguir teniendo a «Buck» de huésped? Pensó cuidadosamente y decidió que no. «Buck» había servido va para su propósito, y si continuaba dentro de él sólo tendría los sentidos de «Buck», no podría continuar estudiando otros posibles huéspedes ni prepararse para utilizarlos. Quería estar listo para conseguir, cuando lo necesitara, un halcón, o un aguilucho, o un ciervo o cualquier otro animal. Y mientras estuviera dentro de «Buck», de ningún modo podría prepararse ni observar los otros animales que pasaran a su alcance.

«Buck» volvió a partir corriendo, lentamente, en dirección a la carretera.

Al borde del camino esperó hasta que pasó un automóvil. Entonces, en el último momento, y antes de que el conductor tuviera tiempo siquiera para tocar los frenos, se precipitó adelante justo bajo las ruedas.

Un minuto después, de vuelta dentro de su concha. Exactamente ese tiempo le costó morir a «Buck», la cosa mental pensó todo lo último que había hecho y consideró que esta vez no había cometido errores.

En realidad no, excepto uno que era imposible que pudiera prever. Debiera haber hecho que «Buck» esperara otro coche. El conductor del que mató a «Buck» era Ralph S. Staunton, Ph.D., Ss.D. profesor de física en Massachussets, en el Instituto de Tecnología.

Doc Staunton no tenía un aspecto muy impresionante. Era bajo de estatura, y pesaba apenas algo más de ciento veinte libras. Tenía cincuenta años y su pelo, cortado casi al ras,

estaba ya canoso, pero tenía un cuerpo sumamente ágil y fuerte y una mentalidad que lo hacía parecer más joven. Lo primero que se destacaba en él eran sus ojos, porque eran su parte más joven. Cuando estaba contento, lo cual sucedía a menudo, no sólo brillaban: refulgían como diamantes grises.

Ahora mismo, de vacaciones, estaba vestido cómodamente, más bien liviano y necesitaba afeitarse. Nadie se habría imaginado que era uno de los hombres más brillantes del país.

Capítulo VI

Transpirando de calor e impresión, Doc Staunton frenó y detuvo el coche. No había sido culpa suya: no había habido ninguna posibilidad de evitar el atropello del perro, pero era sin embargo un suceso desagradable. ¿Qué le había sucedido al perro? ¿Estaría loco y corría ciego? Simplemente había aparecido, quizás, desde los arbustos que estaban junto a la carretera. Si solamente se hubiera detenido a escuchar, lo habría tenido que oír, ya que se trataba del único sonido en todo el campo. El coche era una camioneta muy vieja y ruidosa, que había alquilado tres semanas atrás en Green Bay después de decidir pasar un tiempo tranquilo en el campo. Había pagado tan poco por ella, que alquilar un automóvil en Wisconsin por seis semanas habría resultado más caro.

Apagó el motor, salió del coche y caminó en busca del perro, suponiendo que ya estaría muerto. Era imposible que sobreviviera. Las ruedas del lado izquierdo de su coche le habían pasado por encima. Ya que de todas maneras tenía que morir, le resultaba insoportable la idea de que esto no le sucediera inmediatamente. Estaba alrededor de veinte pasos más atrás del auto. Todo eso le había costado detenerse, estaba inmóvil y no hacía ningún ruido. Pero cuando se acercó más, se dio cuenta que todavía estaba vivo. Su costado se movía convulsivamente.

Doc volvió a jurar y regresó al coche. No tenía allí ni siquiera su revólver, pero un trozo de hierro sería mejor que nada. Cogió la barra y rápidamente volvió hasta el perro, pero éste ya estaba muerto cuando llegó. Tenía los ojos abiertos y fijos. La sangre corría fuera del hocico. No respiraba absolutamente nada.

- Lo siento, viejo - dijo Doc despacio -. Creo que debemos buscar a tu dueño y contarle esto.

Se inclinó a coger el perro por las patas para sacarlo del borde de la carretera, pero se irguió y se quedó pensando un momento. El perro debería ser sepultado en cualquier caso, o por él mismo o por su dueño. Sería mucho más desagradable - por los insectos y quizás también por los buitres - si lo dejaba aquí mientras buscaba al dueño en Bartlesville, lo cual quizás demoraría horas. No tenía en el coche nada apropiado para estas situaciones, pero recordó que en la caja había un paño sucio. Lo trajo, lo puso extendido en el suelo, arrastró al perro y lo colocó encima, lo envolvió y lo tiró atrás en el coche.

Poco más tarde, en la ciudad, hizo averiguaciones en varios sitios, describiendo el perro - era un lebrel, macho, gris y blanco -, y en el tercer intento le dijeron que debía ser el perro de Gus Hoffman, y que Hoffman seguramente estaría en la ciudad, porque debía estar presente en el interrogatorio del suicidio de su hijo. Supo que se había suicidado la noche antes y que el trámite era en la misma morgue.

Doc Staunton jamás había asistido a un interrogatorio de esta especie. La situación despertó su curiosidad y decidió asistir. Llegó cuando estaba por empezar. Todas las sillas

estaban ocupadas, pero varios hombres estaban de pie al fondo de la habitación. Allí se quedó Doc, escuchando.

Charlotte Garner estaba dando testimonio y Doc Staunton quedó impresionadísimo. En primer lugar, por su calma y valiente franqueza al contar toda la verdad sobre sus relaciones con Tommy Hoffman. En segundo lugar, por la historia misma de cómo se había despertado para encontrar que Tommy había desaparecido dejando abandonadas sus ropas. Cuando hubo terminado de contar la búsqueda y la vuelta a casa, corriendo, para pedir ayuda a sus padres, el médico trató de disuadirla, pero ella insistió en agregar algo: quería poner dentro de su testimonio el caso del ratón de campo que mordió a Tommy, probablemente, creía, en la pierna o en la mano cuando él lo golpeó. Y, a lo mejor, el ratón estaba contagiado con alguna especie de hidrofobia...

El médico forense la dejó terminar, pero antes de llamar al próximo testigo, le habló un momento al jurado, explicándole los síntomas de la hidrofobia y su relativamente larga incubación; una mordedura del ratón no podía afectar a Tommy con tanta rapidez ni tampoco en esa forma. Además, dijo, aunque está dentro de lo posible que el ratón haya tenido hidrofobia, lo que habría explicado gran parte de sus acciones, no mordió a Tommy, la piel de sus manos estaba limpia. Había algunas marcas en sus piernas, causadas por su carrera a pie descalzo a través de la maleza del bosque. Ninguna herida causada por una mordedura.

El próximo testigo fue Hoffman y el siguiente Jed Garner. Sus relatos coincidían totalmente porque siempre habían estado juntos.

Doc Staunton escuchó con atención, especialmente cuando se mencionó a «Buck». La persecución del rastro de Tommy la noche pasada, «Buck» llevándolos en la mañana hasta la cueva. El sheriff fue el último en testificar, sobre la llamada que recibió y el viaje al bosque para recoger su cadáver.

El jurado partió a otra sala, pero volvió casi inmediatamente con el veredicto siguiente: suicidio debido a locura repentina. El público empezó a hacer conjeturas.

Doc empezó a caminar hacia el hombre que ahora sabía era Gus Hoffman, el dueño del perro, pero Hoffman desapareció en una oficina interior de la morgue, sin duda para discutir detalles del próximo funeral. Los Garner se fueron junto con él.

Entonces Doc se enfrentó con el «sheriff», presentándose a sí mismo e informándole de su aventura con el perro.

- Quizás es mejor que le hable a usted, sheriff - dijo -, ya que mister Hoffman... bien, mister Hoffman tiene ya bastante con la pérdida de su hijo la noche pasada. Posiblemente sea mejor que no sepa de inmediato lo del perro. Será más prudente que siga creyendo por un tiempo que el perro se ha ido o se ha perdido y que poco a poco se vaya convenciendo que ya no regresará. ¿Qué cree usted?

El sheriff sacudió la cabeza:

- Bien. - Vaciló.

- ¿Puedo sugerirle algo? - le preguntó Doc - ¿Quiere beber una copa conmigo para que tenga tiempo de pensar en lo que le voy a decir y pueda, al mismo tiempo, hacerle algunas preguntas?

- Bien... creo que tengo tiempo para una copa. Pero antes debo hacer un par de cosas aquí. Si usted prefiere, puede marcharse, y yo lo alcanzaré dentro de diez minutos.

En el bar que ya había observado antes y encontrado no muy de su gusto el primer día que estuvo en Bartlesville, Doc pidió una cerveza, encendió la pipa y empezó. La cerveza

fría estaba muy buena y estaba por terminarla cuando el sheriff se deslizó por el taburete del frente. Dijo:

- La cerveza parece buena - y se volvió a llamar al camarero -: Eh, Hank, trae dos cervezas. De las grandes.

Y después a Doc:

- Estuve pensando mientras cruzaba la calle. Creo que tiene razón en eso de no decirle todavía a Gus lo de su perro. Está sumamente sensible ahora. Pero ¿dejó el perro en el camino en un lugar visible donde él mismo lo podrá ver al volver o alguien que lo viera podría avisárselo por teléfono?

Doc negó con la cabeza:

- Está envuelto en un paño en la parte de atrás de mi coche. Lo enterraré cuando llegue a mi casa. - Volvió a encender la pipa que ya se había apagado -. Lo siento infinitamente por el perro, pero no tuve la más mínima posibilidad de evitarlo. Saltó de no sé dónde, directo a las ruedas del coche. Ni siquiera tuve tiempo para tocar los frenos antes de embestirle.

- Curioso - dijo el sheriff -. «Buck» siempre tuvo miedo de los automóviles. Huía al campo cuando escuchaba el ruido de un motor.

Doc quedó mirando fijamente al sheriff.

- Dios mío, sheriff. Entonces debe haberse vuelto loco. Corría ciego y sordo. ¿Sabe de algún caso de rabia por los alrededores?

- Desde hace dos años no hay ninguno. Desde hace más tiempo incluso, creo. - Parecía no interesarse en el asunto.

Doc miraba con fijeza esa cara de luna llena, preguntándose si el sheriff sería o no un estúpido. Probablemente no, pensó; probablemente de mediana inteligencia. Pero, claro, sin imaginación. Podía despreciar lo extraño de las acciones del ratón de campo y del perro, podía considerarlas sin importancia. Podía pensar solamente en las de Tommy. Habían sido raras. Verdaderamente. Pero eran los actos de un demente, y los locos siempre hacen cosas raras. Ese era sin duda el raciocinio del sheriff. Y, sin duda, el de casi todos los que, complicados o no en el asunto, habían asistido al interrogatorio.

Veamos, ¿qué quería preguntarle al sheriff sobre el interrogatorio? Sí...

- Ah... «Sheriff». Llegué un poco atrasado. No escuché el relato del doctor. ¿Hubo alguna autopsia?

- ¿Autopsia? No. ¿Para qué? No cabe la menor duda de que se suicidó con un cuchillo cortándose las muñecas. No habían más señales a excepción de algunos rasguños producidos por los arbustos y la maleza en sus piernas.

Dos abrió la boca y la volvió a cerrar.

El sheriff dijo:

- Dígame, me interesa saber dónde va a permanecer o va a vivir. Creo que al final de la carretera, a unas diez millas de aquí, ¿verdad?

- Exacto - dijo Doc -. El sitio que era de Burton. Antes era una granja, pero actualmente está convertido en terreno salvaje. Un amigo, en Boston, lo compro para usarlo para veranear. Este verano no tuvo vacaciones y me lo ha ofrecido.

- Ya, un tipo llamado... uh... Hastings. Lo traté algunas veces, en el verano. ¿Ha venido con su esposa o vivirá solo?

- Viviré solo. No soy casado. Me gusta aislarme un poco de vez en cuando. Cuando uno enseña...

- ¿De qué es profesor, mister Staunton?

- Llámeme Doc, sheriff. Enseño física, especialmente electrónica. Trabajo algo también en el programa de satélites. Pienso gastar la primera mitad de mis vacaciones en eso, pero el resto será para mí.

- ¿Entonces trabaja en proyectiles? - había profundo respeto en la voz del sheriff.

- No exactamente en los proyectiles. La mayor parte del tiempo en los detectores y en los equipos de transmisión de los satélites para enviar información sobre la radiación, los rayos cósmicos, y cosas como ésas. He ayudado en el diseño para el satélite propulsado por energía solar. Pero actualmente estoy más interesado en la pesca. Hay un arroyo a una milla aproximadamente, hacia el este de donde vivo...

- Lo conozco. He vivido por ahí. Pero usted y su amigo, el dueño de la casa, Hastings, debieran venir aquí en la estación de caza. Está lleno de ciervos el bosque de los alrededores.

- Temo que no sea buen cazador, sheriff. Sólo traje un rifle y una pistola, pero solamente para practicar un poco mi puntería. Y también un revólver porque Hastings me dijo que a veces había ladrones por los alrededores. Pero todavía no me ha tocado ninguno. ¿Otra cerveza?

- De acuerdo - dijo el sheriff; levantó dos dedos e hizo señas al camarero.

- ¿Ha habido alguna otra muerte extraña por aquí, sheriff? - preguntó Doc.

El sheriff lo miró con curiosidad.

- No entiendo qué quiere decir con «extraña» dijo -. Un par de asesinatos que la policía no ha Ir podido resolver en los últimos dos años, pero eran asesinatos para robar. Sin nada raro.

- ¿Ningún otro caso de alguien que se suicidara o matara a otro volviéndose repentinamente loco?

- Hum... no desde que estoy en la oficina, por lo menos desde hace seis años. ¿Pero eso qué tiene de raro? La gente, efectivamente, se vuelve loca de vez en cuando. ¿O no?

- Sí, pero normalmente la locura se anuncia con ciertos síntomas, y Tommy Hoffman... bien...

- ¿No querrá insinuarme que no se trata de un suicidio?

- Por supuesto que no. Sólo trato de imaginarme qué puede haberle sucedido, qué clase de sicosis tuvo y cómo pudo caer en ella tan rápido. Mientras estaba, o debiera haber estado, feliz y relajado, después de una experiencia, digamos, más bien agradable. Esto no tiene sentido. Bien, dejémoslo. Me decía que ha pescado en ese arroyo, sheriff. ¿Qué clase de hilo usa para la trucha?

Después de terminar la segunda cerveza, el sheriff decidió volver a Wilcox y se marchó. Doc pidió una tercera y siguió fumando porque no podía pensar bien si no estaba con su pipa. ¿Era imaginar demasiado el considerar las tres muertes - la del joven, la del ratón y la del perro - como perfectamente relacionadas? El sheriff no parecía pensar eso, pero...

¿O se estaba armando mucho lío de nada? Un ratón campestre había actuado de modo extraño. En primer lugar había saltado hacia adelante y amenazado al joven y a la niña como para indicarles que se fueran. Después había dejado que la niña lo cogiera, pero luego la había mordido. Cuando ella lo tiró al suelo, había partido corriendo, pero se había detenido y vuelto sobre sus pasos para atacar al muchacho, cometiendo de este modo, de hecho, un suicidio.

Después el joven, Tommy Hoffman. Nuevamente, repentina locura mientras dormía junto a la niña o al despertar y, de nuevo, final con suicidio. Doc estaba perfectamente de acuerdo en que la gente, en realidad, a veces se vuelve loca y comete suicidio en ese estado.

Pero había leído bastante sobre ese tema y jamás había oído de un caso en que una persona se volviera completamente loca de repente, sin haber mostrado antes ni el más leve síntoma y sin que hubiera una causa inmediata suficientemente poderosa, alguna experiencia traumática poco antes de que la anormalidad se revelara.

Y después el perro, a causa del cual Doc se había interesado en todo el asunto. Por supuesto, el perro podía haber tenido rabia, podía haber estado corriendo sordo y ciego, pero ¿y si hubiera estado normal, si no hubiera tenido rabia, entonces también habría cometido suicidio al correr derecho contra el coche, especialmente si se sabía que le tenía miedo a los autos? Esto último era el único dato que había obtenido de su conversación con el sheriff y, ciertamente, no convertía la muerte de «Buck» en algo más natural.

Porque los animales, excepto quizás los salmones, nunca cometen suicidio.

De pronto, Doc se dio cuenta de que le quedaba muy poca cerveza y golpeó el resto de ceniza de la pipa mientras se levantaba. En Green Bay había algunos laboratorios donde le podrían indicar si «Buck» había tenido o no rabia. Green Bay estaba solamente a cuanta y cinco millas y solamente eran las tres de la tarde. Tenía el cuerpo del perro en la parte de atrás de su coche y podía llevarlo perfectamente hasta allá. Además, no quedaba tan lejos de casa, y una tarde en Green Bay sería un cambio agradable. Podría comer en un buen restaurante y después ir a un cine si no había nada más que hacer.

Hizo todas estas cosas y antes de dejar el perro en el laboratorio (pagó una conferencia por adelantado para poder tener las noticias al día siguiente por teléfono) y antes de comer, compró una docena de libros de bolsillo de rápida lectura. Estrictamente sólo novelas de misterio. Leía libros serios sólo cuando estaba trabajando, pero cuando andaba de vacaciones leía literatura de evasión. La comida fue buena. Un cambio respecto a su comida habitual y mejor que todo lo que podía conseguir en Bartlesville. La película que vio era una comedia francesa de Brigitte Bardot; le costó seguir el argumento, pero, cuando decidió concentrarse en la protagonista, todo se hizo agradable.

Volvió a casa un poco después de las diez, a la casa que estaba al final de la carretera, la que le había prestado su amigo Hastings. Era bastante grande y antes había sido la casa principal de la finca. Arriba tenía tres habitaciones, una cocina muy grande, un gran salón y una habitación suplementaria que se usaba solamente para almacenar, en la cual dejó sus armas y su equipo de pesca. La electricidad la suministraba un generador en el subterráneo, que funcionaba con gasolina. La misma máquina podía utilizarse periódicamente para bombear agua a un tanque del techo. No había teléfono, pero eso no le importaba; de hecho casi lo prefería. El terreno alrededor de la casa alguna vez había sido una finca, pero, por alguna razón, había sido abandonado y lo habían descuidado por lo menos unos veinte años. Todo el terreno, excepto una yarda inmediatamente alrededor de la casa, se había convertido en un amontonamiento de maleza y ramas que se distinguía del bosque cercano solamente porque había pocos árboles y de tamaño menor.

Parecía un lugar amistoso, confortable. Hasta esta noche.

Doc sacó una cerveza del refrigerador y se la sirvió. Se sentó a leer uno de los libros que había comprado en la tarde pero le fue imposible interesarse en él. Por alguna razón se sentía incómodo. Por primera vez desde que estaba aquí sintió la soledad. Luchó con un impulso para abrir las persianas y así poder ser visto por cualquiera que mirara desde afuera.

Pero, ¿por qué razón alguien iba a venir hasta allí para mirar por las ventanas? ¿Y qué quería decir con alguien? Algo que pudiera mirar por las ventanas tenía que ser sólo un animal. ¿Y qué le importaba que un animal lo mirara por las ventanas? Se encontró

ridículo, se sintió culpable de estupidez y se sentenció a beber otra cerveza y a concentrarse en la lectura del libro, en la novela de misterio.

Al volver a ella se dio cuenta de que estaba abierta en al página veinte, pero que no podía recordar absolutamente nada de lo que ya había leído. Se levantó y empezó a leer de nuevo. Parecía o debería ser un misterio apasionante: un asesinato en la primera página.

Pero no había caso: no se podía concentrar en él. Entre el libro y su mente se le interponía la historia de un cierto Tommy Hoffman... Levantándose desnudo, a no ser por unos, calcetines que llevaba, minutos después de estar tendido junto a su amada; corriendo hacia una caverna cuyo piso estaba cubierto de arena suave; escondiéndose allí hasta que vio linternas que se acercaban, linternas que llevaban su padre y su casi suegro, escuchando los ladridos de «Buck» el lebrel. Huyendo de ellos de nuevo, haciendo círculos hasta llegar al lugar desde donde había partido y en donde había un cuchillo que había tomado decididamente para suicidarse cortándose las dos muñecas...

El libro estaba ahora abierto en la página quince, pero nuevamente no recordaba nada fuera de la primera página, lo tiró al suelo, desesperado, y se quedó pensando.

Se decidió a apartarse del cerebro el caso de Hoffman hasta el día siguiente en la tarde, cuando le avisaran por teléfono, desde el laboratorio de Green Bay, qué era de «Buck». Entonces, si el perro había tenido rabia, lo que explicaría una de las tres muertes, pondría para siempre fuera de su mente todo aquel asunto, y gozaría de las cinco semanas de vacaciones que le quedaban, sin preocuparse de un asunto que quizás era solamente una serie de coincidencias sin nada de misterioso... Pero si «Buck» no tenía rabia...

Quedaba una cerveza más para quedarse dormido. Poco después de tomarla estaba durmiendo.

Capítulo VII

La cosa mental estaba todavía en su escondrijo del bosque. No se había movido desde que el perro la había dejado allí el día antes para matarse después chocando de frente contra ese coche.

Desde entonces sólo había cogido un huésped para hacer un reconocimiento. Quería poseer un cuadro más perfecto del territorio circundante, uno mejor del que había obtenido de la mente de Tommy. Uno a vuelo de pájaro. Así, pues, poco más tarde, al empezar la mañana en su segundo escondite, había entrado en un cuervo (sabía el nombre por la imagen de un cuervo que Tommy había tenido) mientras éste estaba durmiendo en un árbol justamente sobre su cabeza. Había intentado ver con la visión nocturna del pájaro, pero era pobre, y había esperado entonces hasta que fuera pleno día para volar lejos y a lo ancho del campo, mirando a través de sus ojos. Primero por encima de la carretera, volando alto, memorizando la situación exacta de cada granja, por correlación con los recuerdos de Tommy, sabiendo ya el número de personas que vivía en ellas y, aproximadamente, la clase de gente que eran. Voló hacia el este cuando la carretera terminó. Tommy creía que la última granja estaba deshabitada, pero estaba equivocado: había una camioneta detenida en el espacio limpio frente a ella.

Después, el cuervo voló en círculos y partió, siguiendo la carretera en otra dirección, hacia Bartlesville, pasando por encima de las granjas de los Hoffman y de los Garner. Dejó que descansara en un árbol, cerca de la ciudad. Después voló en círculos sobre ella, de nuevo relacionando los recuerdos de Tommy con lo que estaba presenciando.

Lo que más le interesó fue una tienda donde arreglaban radios y televisores. Seguramente, el hombre que la mantenía debía saber algo por lo menos de electrónica y sería, por lo tanto, un buen huésped, al menos por un tiempo. Pero Tommy no conocía su nombre ni su residencia, aunque sabía que no dormía en la tienda. Una gran exploración se requería para poder averiguar eso, y, además, si no conseguía un huésped humano le sería muy peligroso trasladarse a la ciudad y esconderse en algún lugar mientras el electricista durmiera y quedara al alcance de su percepción.

Cuando el cuervo le dejó de ser útil, hizo que se precipitara recto contra el pavimento: no tenía objeto volar de regreso al bosque. Y su mente de inmediato estuvo de vuelta en sí misma, en el agujero del bosque.

Y allí permaneció la mente, pero sin quedarse ociosa. Había sido muy afortunado, pensó, en escoger su segundo escondite. Estaba más dentro del bosque y en un lugar más salvaje que la caverna. Muchas más criaturas pasaban cerca y podía examinarlas a todas desde cerca. Varios ciervos habían pasado y un oso. Varios pájaros también, incluyendo los dos que ya sabía eran lo bastante fuertes como para transportarlo a él: una lechuza y un halcón. Tenía transporte aéreo, de noche o de día, cuando lo necesitara. De ahora en adelante cualquiera de esas criaturas podía ser su huésped si así lo deseaba: le bastaba encontrar a alguna de su especie durmiendo dentro de un radio de por lo menos diez millas a contar desde el lugar en que se encontrara.

También había criaturas menores y, por supuesto, las había estudiado, cuando no tenía alguna más grande en que ocupar su tiempo, asimismo divisó serpientes, aunque le interesaron poco. Viajaban despacio y se demoraban en morir. Un huésped lento para morir sería inadecuado. Para asegurarse de la muerte de una de ellas, habría tenido que perder tiempo tendido en el suelo, esperando que pasara un automóvil y lo pisara. Y aun con esto, aun con la espalda quebrada, una serpiente puede sobrevivir.

Así pasó toda la tarde hasta que sucedió algo, o más bien empezó a suceder algo que le mostró que pronto debería hacer un nuevo movimiento.

Estaba sintiendo hambre. Más exactamente, ya que él no se alimentaba del mismo modo que nosotros, empezó a sentir necesidad de nutrirse. El tiempo le había transcurrido tan rápido desde que el furor lo cogiera antes de ser enviado al exilio, que no se había dado cuenta de cuánto había durado antes de que llevara aquí, que no sabía ya casi desde cuándo no comía. Esto era algo que debía hacer una vez cada varios meses y había supuesto que tenía suficiente alimento como para no preocuparse de comer antes de estar sólidamente establecido en la Tierra (una vez que había sabido de las criaturas inteligentes). Pero estaba equivocado.

Su especie había evolucionado en el agua. Había vivido absorbiendo microorganismos directamente desde lo el agua: sin desarrollar nunca un sistema digestivo.

Cuando la evolución les había dado conchas protectoras, éstas permanecieron, a pesar de su creciente dureza, lo bastante porosas como para permitirles absorber su alimento como siempre. Antes de las conchas, su única protección contra los enemigos había sido la velocidad. Como vivían en un planeta de escasa fuerza de gravedad, la técnica que tenían para levitar, para moverse en cualquier dirección, había sido extraordinariamente efectiva como medio de huida. Esto, y el sentido perceptivo, habían sido suyos desde tanto tiempo atrás cuanto eran capaces de recordar.

La habilidad para controlar otras mentes, para convertir a otras criaturas en sus huéspedes, se les había desarrollado mucho después, cuando su inteligencia hubo crecido. Esto condujo a las especies más inteligentes a abandonar las profundidades y a vivir muy

cerca de las costas, ya que la evolución procedió de modo distinto en las tierras, y había criaturas terrestres que a veces se dormían junto a la costa y podían ser utilizadas como huéspedes. Y eran mucho más adecuadas para eso que todo lo que el agua había producido. Tenían bastas manos, de hecho, eran bastante parecidos a nuestros simios, y podían, guiados por una inteligencia, hacer, producir y construir cosas. Tal como un hombre podría dirigir a un mono si pudiera controlarle la mente, y hacerle construir cosas de un modo casi tan eficiente como un hombre mismo.

Utilizando huéspedes adecuados las cosas mentales habían desarrollado una civilización y una ciencia. Al principio, ellas mismas habían tenido que permanecer en el agua y manejar a los huéspedes en la tierra. Finalmente lograron desarrollar una técnica que eliminaba esta dificultad. Descubrieron que una inmersión ocasional en una solución nutricia les permitía absorber el alimento necesario mil veces más rápido y con más eficacia que con continuas inmersiones en el agua. Ahora, con la ayuda de huéspedes adecuados, podían vivir tan lejos del agua como lo desearan y satisfacer sus necesidades alimenticias haciendo que los huéspedes les sumergieran en una solución nutricia poco menos de una vez al mes. Algunos entre ellos todavía vivían en el agua, pero se trataba de grupitos primitivos, tan alejados del desarrollo de sus contemporáneos de las tierras como lo está un aborigen australiano o un pigmeo de África respecto de un científico atómico.

Pero los altamente desarrollados especímenes de su tipo, durante tanto tiempo habían sido alimentados mediante inmersiones ocasionales, que habían perdido sus facultades para vivir sólo del alimento que podían absorber desde el agua. Su situación era muy semejante a la de un ser humano que permaneciera vivo alimentado tan sólo por vía intravenosa de tal modo que sus órganos digestivos se atrofiaran y no pudiera jamás alimentarse de nuevo del modo que le había sido normal en un principio.

La cosa mental se podría haber alimentado en el bosque si hubiera querido, utilizando algún huésped animal; tal cosa habría hecho de no encontrar en la Tierra seres inteligentes. Pero hacer eso habría sido una operación larga y engorrosa que significaría la utilización sucesiva de una serie de huéspedes, cada uno adaptado, mejor o peor, para una parte particular de la tarea.

Un huésped humano le podría preparar rápidamente, si trabajaba en una cocina normalmente provista, una excelente nutrición. Los ingredientes exactos no importaban demasiado con tal que la solución fuera rica en proteínas. Su cuerpo absorbería solamente lo que necesitaba y no le importaba el gusto: no poseía ese sentido. Un stock de sopas o uno de carnes le serviría admirablemente. Incluso un poco de leche le vendría muy bien, aunque tendría que permanecer sumergido en ella por mucho más tiempo que en una de carne.

Una vez que se aseguró que tendría que conseguir alimento y pronto, decidió que hacerlo inmediatamente era lo mejor: así quedaría alimentado por mucho tiempo y no tendría necesidad de conseguir huéspedes humanos sino cuando le fueran imprescindibles.

Pensó qué huésped humano escogería para su propósito. El mejor sería uno que viviera solo, alguien que no tuviera que explicar o que justificar sus acciones ante nadie si lo encontraban haciendo extrañas cosas en la cocina y a medianoche, todavía. La persona más cercana que conocía y que vivía sola era Gus Hoffman, el padre de Tommy. Pero su granja estaba por lo menos a doble distancia que la más próxima. Cada milla extra que necesitara para el transporte, aumentaba el riesgo. La granja más cercana estaba ocupada por sólo dos personas, una pareja de edad, Siegfred y Elsa Gross. Siegfred era el miembro dominante del dúo, a fuer de marido alemán, claro. Si su esposa se levantaba y bajaba al primer piso para ver lo que estaba haciendo, tendría que volver al dormitorio si su marido se lo ordenaba.

Por supuesto, sería mejor que permaneciera dormida. Porque, si estaba utilizando a Gross y tenía también que preocuparse de él, esto disminuiría su utilidad. Pero siempre hay alguna respuesta para estos casos.

Ya que la operación sería de noche, una lechuza sería su mejor huésped. Había probado ya a una, por supuesto, para asegurarse de que podía transportar su peso perfectamente. La otra posibilidad, si le fallaba la lechuza, sería el halcón, pero, en este caso, tendría que probar su visión nocturna del mismo modo que su capacidad de carga. Sería fatal un choque con un árbol si lo llevaba a él. Si esto fallaba, pero no había tiempo ahora para pensar todas las probabilidades, tendría que hacer otros planes, claro, si los dos pájaros resultaban inadecuados para cargarlo...

Poco antes de que se hiciera de noche, cuando la mayoría de las criaturas nocturnas aún está durmiendo, se concentró en una lechuza y quedó en control de una. Entonces estuvo seguro de poder conseguir alguna, aunque probablemente no sería necesario. Ya sabía bastante sobre los seres terrestres como para ignorar que, diurnos o nocturnos, sus hábitos de sueño no son completamente rígidos. El diurno humano duerme la mayor parte de la noche, pero, ocasionalmente, hace alguna siesta de día, tal como lo habían hecho Tommy y la niña. Los animales, como duermen más fácil y livianamente, eran incluso más propensos a dormir en períodos irregulares. El perro «Buck» se había quedado dormido en la caverna, apenas un minuto después de entrar en ella y haberse echado. Y uno de los ciervos que había pasado cerca de la cosa mental, después de alimentarse un poco, había dormido un poco, de pie, antes que un sonido repentino lo hiciera despertarse y caminar (había sido un pájaro carpintero en un árbol cercano). Sin duda, lo mismo valía para las criaturas nocturnas; después de haber matado algo (todas parecían aves de presa) y haber comido, también dormirían o dormitarían un tiempo antes de continuar actuando. No tenía ninguna duda seria sobre si encontraría algún huésped diurno durmiendo de día o uno nocturno durmiendo de noche, aunque no tan fácilmente como en sus períodos regulares.

Una vez en control de la lechuza, la dejó volver a dormir. Deseaba tenerla bien descansada para la tarea que le encomendaría. No permitió que despertara hasta la noche, momento en el cual lo habría hecho por sí misma de todas maneras. Entonces la hizo volar, probando la agudeza y fuerza de sus alas y su habilidad para maniobrar. No podía compararse con el cuervo que había usado antes: ésta, sencillamente, volaba más alto y con más precisión. Pero como la lechuza tenía que transportarlo, le interesaba manejarla a baja altura, haciéndola volar por entre los árboles y ramas en vez de por encima. Tomando en cuenta la fuerza de gravedad de este planeta - la estimaba en unas cuatro veces la del suyo -, calculó que una caída desde seis pies no lo dañaría. Desde el doble o triple de esa altura quedaría a salvo si caía sobre pasto blando o sobre arena. Si caía desde lo alto de un árbol, sólo podría salvarse si lo recibía un grupo de arbustos que amortiguara el golpe.

Cuando quedó satisfecho de la maniobrabilidad de la lechuza, que resultó ser excelente, buscó una piedra de un tamaño adecuado y la encontró. Pesaría quizás tanto como él mismo, probablemente cincuenta por ciento más, y tenía casi su misma forma. Lanzó con suavidad a la lechuza hacia la piedra y la agarró con las patas. Levantarla fue algo costoso, pero una vez que la lechuza estuvo en el aire, pudo volar tranquilamente con la carga. Su aleteo era seguro. Voló un momento para asegurarse y luego dejó que la lechuza botara la piedra y volara hacia su escondite.

La dejó descansar allí hasta que calculó que serían las ocho de la tarde. (Su capacidad para medir el tiempo era tan excelente como su sentido de orientación). Calculó, a continuación, que el viaje, como debería efectuarte en zig-zag para evitar el vuelo alto, le

tomaría alrededor de una hora. Seguramente, sobre las nueve, la pareja de la granja más cercana ya estaría durmiendo.

Cuando le pareció oportuno, hizo descender a la lechuza para que cogiera su cuerpo. Cogerlo fue un tanto difícil, y ya estaba pensando en conseguir otro huésped para que lo sacara del agujero donde lo tenía escondido quizás un conejo para que lo empujara desde un extremo, cuando finalmente la lechuza se las arregló para llegar hasta él. Tuvo que estirar al máximo una de sus patas para que con la punta de las garras pudiera rasguñar su concha y tirarlo poco a poco hacia afuera.

El viaje duró algo más de lo que había pensado. Sin embargo, la lechuza lo trasladó con toda facilidad, aunque su capacidad de resistencia resultó menor de lo esperado. Tuvo que hacerla descansar en algún árbol cuando sentía que los músculos de las alas se le agotaban. No porque tuviera especiales consideraciones con la lechuza - no sentía ninguna clase de sentimientos hacia los que no eran de su especie -, sino a causa de su propia salud, ya que de tener que tomar otro huésped y tener que matar al actual, habría ocupado demasiado tiempo. Llegó hasta la granja de los Gross poco antes de la media noche.

Hizo que la lechuza lo depositara entre la carretera y la muralla de la granja, para partir solo a hacer un reconocimiento volando varias veces en torno a la casa en busca de un escondite adecuado y definitivo. La casa estaba oscura y silenciosa. Parecía no haber ningún perro en las cercanías, lo cual eliminaba otra posibilidad de problemas. Y el lugar más adecuado para esconderse parecía ser bajo los escalones de madera que conducían a la puerta de atrás. Incluso tenía la ventaja de quedar junto al corral. Antes de tomar otro huésped humano tendría entonces la oportunidad de estudiar todo animal que hubiera allí dentro. Porque, hasta el momento, excepción hecha del perro, todos sus posibles huéspedes, tanto animales como pájaros, eran salvajes. Sería muy útil poseer para una futura ocasión - ¿quién sabe lo que puede suceder? - algún posible huésped doméstico para un propósito determinado. Tal como había utilizado al perro. No había nada que perder salvo un poco de tiempo que después, seguramente, le reportaría beneficios.

Hizo que la lechuza volviera a buscarlo, lo pasara por encima de la muralla y lo depositara debajo de los escalones. Lo arrinconó lo más atrás que pudo para ocultarlo completamente de la vista.

Esto acabó con la utilidad de la lechuza. La hizo tomar altura. La precipitó en picada para que se matara al caer cerca de la casa, donde el terreno era más duro. Sabía que el golpe quizás despertaría a los ocupantes, pero no importaba. Volverían a dormir tarde o temprano y, mientras, tendría tiempo para utilizar su sentido perceptivo sobre los animales del corral.

En el último segundo de la caída de la lechuza sucedió algo levemente erróneo. Al darse cuenta que volaba directo en contra de algo sólido, la lechuza cerró los ojos. Fue una contracción muscular involuntaria y la cosa mental no tuvo tiempo de evitarla; habría podido si se hubiera concentrado en mantenerle los ojos abiertos. Podía haberlo previsto, porque lo mismo había sucedido cuando había estrellado al cuervo contra la carretera de Bartlesville. Pero eso no le había importado y no lo había tomado en cuenta por lo tanto. Ahora sí que el asunto tenía importancia, porque, al volar la lechuza con los ojos cerrados en el último segundo, se estrelló y atravesó un vidrio del segundo piso en vez de chocar contra la muralla de la casa.

Quedó adentro, todavía viva, pero un poco atontada y con un ala rota. Se encendió la luz en la sala de al lado y se abrió una puerta. La luz casi cegó a la lechuza, pero no

completamente. Podía ver aún. Siegfried y Elsa Gross estaban de pie en el umbral, los dos con gorros de dormir de algodón.

- Condenada lechuza - dijo Gross -. Volar justo contra la ventana... Voy a buscar mi pistola y...

- ¿Para qué matarla, Siegfried? Quiero decir... matan ratones y...

La lechuza se preparó para atacar para obligarlos a matarla.

La mujer había empezado a acercársele, pero Gross dijo:

- A dormir, Elsa -. Con firmeza. Y después - Puede agredirte y herirte si tratas de cogerla. Es un bicho peligroso. Además, mira, tiene un ala inútil, quebrada.

Los dos se volvieron y un momento después el hombre apareció de nuevo en el umbral, esta vez con un rifle calibre 22 en la mano. Apuntó entre los ojos de la lechuza.

La lechuza se mantuvo quieta hasta el disparo.

Y la cosa mental estuvo de regreso en la concha, pero atenta todavía a lo que estuviera sucediendo. Está vez ya utilizaba su sentido perceptivo que era mil veces superior a la vista a igual distancia.

Gross empujó a la lechuza muerta con la culata del fusil y luego la tiró fuera a través del vidrio roto. Volvió al dormitorio y dejó el rifle en un rincón. Su esposa ya estaba acostada, así que apagó la luz y se acostó a su lado.

- Condenada lechuza - dijo -, se debe haber vuelto loca o quizás estaba algo ciega.

- Pero sus ojos...

- La gente y los animales pueden estar ciegos y tener, sin embargo, ojos aparentemente normales. Acuérdate del caballo que tuvimos que matar hace cinco años. Sus ojos parecían normales. ¿Por qué una lechuza...?

- Creo que así fue. ¿La dejaste allí mismo?

- La tiré por la ventana - dijo Gross -. La sepultaré en la mañana. Demonios - gruñó de nuevo -, tendré que ir a la ciudad para conseguirme un vidrio,

- No te preocupes del tiempo, Siegfried, - le dijo su esposa -. Puede esperar hasta el sábado cuando vaya de compras. Puedo pegarle algún papel a la ventana para que no entren moscas. Si hubieras puesto una persiana en la ventana...

- ¿Para qué? No usamos esa habitación y la ventana siempre está cerrada. Además, la lechuza pudo haber pasado perfectamente a través de las persianas. ¿Sabes qué hora era cuando nos levantamos?

- Poco después de media noche.

- Bien, entonces a dormir.

Sólo quedó silencio en el dormitorio y la cosa mental concentró su atención. Aunque el hombre se quedara dormido primero, quería esperar que la mujer hiciera lo mismo. Así, el hombre no despertaría a su esposa cuando bajara al primer piso. Concentró su atención en el corral.

Había un grupo de cerdos a lo largo de un costado del corral y un gallinero al otro, pero pasó por alto a ambos. Un cerdo, se dio cuenta, sería inútil como huésped y, además, si alguna vez entraba en alguno, era casi seguro que tendría que permanecer encerrado, lo cual, por supuesto, no le serviría de nada. Lo mismo valía para las gallinas y para cualquier criatura que estuviera encerrada y fuera doméstica: tendrían graves dificultades para hacerse matar o para suicidarse. Siempre era molesto y a veces peligroso estar en un huésped del cual era difícil liberarse una vez que se lo había utilizado.

En el corral mismo, además de algunos ratones, había dos vacas, un caballo y un gato. No se molestó en estudiar a los ratones: no había nada que un ratón ordinario pudiera hacer

que fuera distinto a lo que podía ejecutar un ratón de campo, y por todas partes había ratones de campo, tanto en las granjas como en el bosque.

Las vacas eran algo mejor y se tomó un tiempo para estudiar a una. Por lo menos tenían una considerable fortaleza física. Dirigida inteligentemente, cualquiera podía arreglárselas para escapar del corral, si no era utilizando sus cuernos para abrir la puerta, simplemente destrozándola. Si la puerta resultaba demasiado fuerte para romperla, podía matarse en el proceso de derribarla y con eso quedaría libre la cosa mental para buscar otro huésped. También, si la ocasión se presentaba, podía convertirse en una máquina mortífera muy eficiente. Guiada con inteligencia sería más peligrosa que un toro. Y podía utilizarse alguna con más facilidad todavía durante el día si estaba pastando o dormitando en el campo a la sombra de un árbol, por ejemplo. Por lo demás, muy pocas de las rejas que utilizaban en las granjas serían bastantes para resistir la carga de una vaca.

Estudió al caballo. También podía ser útil en ciertos sentidos. Posiblemente más que una vaca. Podía correr mucho más rápido, podía saltar fácilmente una reja o utilizar sus patas delanteras para destrozar una más alta. Y sus coces podían ser tan letales como las cornadas de una vaca.

Por último, el gato. Mientras lo estudiaba (tal como hacía con los otros animales) relacionaba su estudio con los conocimientos que había adquirido en la mente de Tommy; comprobó que sus características y habilidades, para un propósito especial e importante, lo convertían casi en un huésped perfecto.

Podía espiar. Podía ir casi a todas partes sin que lo notaran. Era rápido y podía moverse en silencio. Su vista de noche era casi tan buena como la de una lechuza y, contrariamente a la lechuza, podía ver aún mejor durante el día. Y, como había docenas de gatos entre este lugar y la ciudad y otras docenas en la misma ciudad, y como los gatos duermen tanto de día como de noche, uno de ellos sería siempre un huésped fácil de conseguir.

Decidió que, cuando tuviera tiempo, probaría uno para experimentar el alcance real de sus posibilidades. Tenía tiempo. Entró en la mente del que estaba en el corral.

Abrió los ojos. Sí, aunque su visión nocturna era inferior a la de una lechuza, podía ver bastante bien aun en la completa oscuridad que había en el corral, oscuridad que apenas aliviaba la pálida luz de la luna que pasaba a través de una ventana. Guió al gato hasta la ventana, que estaba abierta, saltó hasta el borde y después al suelo, fuera. A la luz de la luna, aunque era débil (sólo cuarto creciente) podía ver perfectamente bien.

Lo hizo correr varias veces en torno a la casa y notó el silencio con que era capaz de hacerlo - apenas si algún leve sonido en la grava del camino - y la velocidad que alcanzaba. Comprobó que podía correr muy rápido en distancias cortas. En una persecución podía adelantar fácilmente a un perro, aunque, si éste continuaba en su seguimiento, seguramente lo podría alcanzar si antes no encontraba su escondrijo o un árbol en que encaramarse.

Había un árbol detrás del corral y ensayó su capacidad para trepar. La encontró excelente.

Desde casi la punta del árbol, a través de unas ramas, podía ver que había luz en una habitación del segundo piso de la casa de la granja más próxima hacia la ciudad. No había tenido la intención de mantenerse dentro del gato durante tanto tiempo ni de llevarlo hasta tan lejos, pero era una excelente oportunidad para probar sus condiciones de espía.

Bajó del árbol al gato y lo hizo trotar por el campo hacia la casa de la otra granja. El gato se movía como una sombra en la noche.

Cuando llegó a la otra casa notó que eran dos las ventanas encendidas, las dos, obviamente, de la misma habitación, una del rincón del segundo piso. La que había

divisado desde el árbol de la granja de Gross era la de un lado; la otra estaba exactamente sobre una terraza. Había un árbol cerca y el gato subió suavemente de rama en rama hasta la altura de la terraza, desde allí saltó, deslizándose, hacia el borde exterior de la ventana.

Sus ojos se adaptaron rápidamente para mirar dentro de la habitación iluminada. Un niño estaba acostado y tosía desesperadamente. Una mujer en traje de baño y con medias estaba inclinada sobre el niño un hombre de aspecto cansado estaba en pijama apoyado en la puerta. De su conversación - audible para sus oídos de gato aún a través de la ventana cerrada - dedujo la cosa mental que el niño tenía gripe. El hombre le preguntaba a la mujer si podía encargarse de él o si sería mejor llamar al doctor Gruen.

La escena en sí misma no interesaba a la cosa mental, pero ya sabía que estaba en lo cierto cuando asignó al gato las cualidades de un perfecto espía.

Si no hubiera sido por la necesidad que tenía de alimentarse, habría seguido hospedado en el gato toda la noche y lo habría utilizado al día siguiente para ampliar su conocimiento sobre las otras granjas. Incluso lo habría llevado a la ciudad, quizá para seguir al propietario del negocio de reparación de radios y televisores desde el trabajo a la casa para saber dónde vivía. Pero lo primero era alimentarse y sobrarían después los gatos para utilizarse a placer.

Su problema era ahora liberarse del presente. Había permanecido en él por más de una hora, mucho más de lo que pretendía. Examinó los pensamientos del gato para encontrar la manera más segura y rápida de darle muerte y encontró una respuesta adecuada.

En esta granja había un perro rabioso que mantenían amarado con una cadena en el corral. (¿Por qué harían eso?, se preguntó. ¿Un ser inteligente guardaría encadenado a un perro hecho para proteger una casa y le impediría de este modo cumplir su cometido? Pero esto no importaba por el momento.)

Hizo descender al gato desde el árbol y lo obligó a correr a la parte de atrás de la casa donde estaba el corral. De nuevo había una ventana abierta. El perro empezó a ladrar con violencia apenas divisó al gato sobre la ventana. El gato esperó un momento hasta que se le acostumbraron los ojos a la mayor oscuridad del interior del corral, hasta que pudo ver claramente al perro. Entonces saltó suavemente al piso, corrió hacia el perro y le saltó con suavidad a las mandíbulas.

Capítulo VIII

La mente de la cosa mental, de regreso ya en su propio cuerpo bajo los escalones de la parte de atrás de la casa de Gross, revisó la casa, ahora cuidadosamente, para asegurarse de que ningún otro ser vivo la habitaba (aparte, naturalmente, de Gross y su esposa Elsa). Podría haber algún perro que ladrara y despertara a la esposa de Gross cuando éste se levantara. No había perros; solamente un canario que vivía dentro de una jaula en el piso de abajo. La jaula debía ser su habitación. Su huésped no tendría por qué acercarse a la habitación del canario.

En un dormitorio del segundo piso, tanto Elsa como Siegfried Gross dormían profundamente.

La cosa mental entró en la mente de Gross, hubo de nuevo la corta pero terrible batalla que ocurría cada vez que quería entrar en control de una entidad inteligente. Con extrañeza comprobó que esta vez el asunto fue más breve: Tommy ofreció más dificultades. ¿Acaso este nuevo huésped era menos inteligente que el muchacho que había fracasado en un año de enseñanza media y que no sabía ni se preocupaba de la ciencia, a no ser que a la

agricultura se la llamara ciencia? Esperaba más de un hombre mayor, pero, al parecer, se había equivocado. Gross, lo notó en seguida, se cuidaba menos aún que Tommy de esas cosas. Su educación se había interrumpido en el sexto grado y apenas si se interesaba por algo que no fuera su granja. Ni siquiera tenía una radio y su única lectura era un periódico y una revista de agricultura que le ofrecían serias dificultades.

La cosa mental no movilizó a su huésped inmediatamente. Dejó que Gross siguiera descansando hasta que se orientó en su mente y supo algunas cosas que le interesaban antes de hacerlo andar.

Consiguió respuesta para dos preguntas, inmediatamente y a satisfacción. En primer lugar, Elsa Gross tenia el sueño muy pesado: ningún ruido, salvo uno como el de la lechuza quebrando la ventana, podría haberla despertado. En la cocina, que no estaba bajo esta habitación, sólo tendría que tomar las normales precauciones para no hacer ruido ni dejar caer algo en el piso. Segundo, había un jarro con sopa en el refrigerador y también medio kilo de poderosa carne de buey. Haciendo una mezcla conveniente y calentándola un poco - lo cual disolvería la carne y lo capacitaría para absorber más eficazmente la solución nutritiva - quedaría un excelente alimento. Si ya no estaban allí, tendría que buscar algo equivalente entre las conservas, calentar lo que encontrara. Quizás eso no fuera tan perfecto como lo que veía presente en la mente de Gross que era, de verdad, una mezcla rica y poderosa.

Era todo lo que necesitaba saber por el momento. El resto, tuviera el interés que tuviera, podía examinarlo en la mente de Gross más tarde y a placer. Se quedaría en su mente mientras su cuerpo absorbiera el alimento. Y eso duraría por lo menos una hora.

Bajo la dirección de la cosa mental, Gross se deslizó silenciosamente fuera de la cama y caminó a pie desnudo hasta la puerta de la habitación. La abrió y la cerró por fuera lo más calladamente que pudo, caminó en la oscuridad hasta la escalera y bajó. No encendió ninguna luz hasta que estuvo en la cocina.

Trabajando lo más silenciosamente posible, sacó el jarro y la carne de la nevera. Vació la sopa en un recipiente bastante amplio como para contener su concha y mezcló la carne con la sopa. Utilizó un fósforo para encender un quemador de la cocina a butano y puso el recipiente encima de una llama pequeña. Revolvió la mezcla mientras se calentaba y de vez en cuando la probaba para ver qué temperatura tenía.

Cuando toda la carne estuvo disuelta y la temperatura suficientemente alta - muy caliente porque la cosa mental era capaz de soportar temperaturas desde los cincuenta grados bajo cero hasta casi el punto de ebullición del agua - apagó la llama bajo el recipiente.

Salió afuera, dejando la luz de la cocina encendida y la puerta abierta para alumbrarse, buscó bajo los escalones y encontró la concha de la cosa mental. La llevó cuidadosamente adentro y la introdujo en la solución nutritiva.

Después miró el reloj de la cocina para saber el tiempo y controlar la operación y se sentó a esperar mientras esperaba dentro de la mente de Gross, la cosa mental extrajo sus conocimientos y sus recuerdos.

Todo lo que aprendió distaba mucho de serle útil. Este huésped no le serviría nada más que para el presente trabajo.

Siegfried Gross, a los sesenta y cinco, era un hombre amargado y solo. Tenía relaciones comerciales con uno de los vecinos y con algunos comerciantes de la ciudad, pero carecía de amigos. No quería a nadie ni nadie le quería a él, ni siquiera su esposa: entre ellos no había cariño desde muchos años antes. Habían permanecido juntos por la simple razón de

que se necesitaban mutuamente por distintos motivos. Elsa no tenía parientes a donde irse, ningún medio para ganarse la vida por su cuenta; Siegfried necesitaba su ayuda para correr con la casa y para hacer algunos menesteres en el corral. Se toleraban mutuamente, no se odiaban.

Tuvieron dos hijos, un niño una niña, pero Siegfried había peleado con los dos, cuando, a punto ambos de cumplir los veinte años, habían decidido abandonar la granja y partir a la ciudad. Cada uno había escrito algunas cartas a Elsa, pero Siegfried le había prohibido contestarlas. De este modo, actualmente no sabían en qué lugar vivían sus hijos.

El futuro se le mostraba nefasto porque en los últimos años se le había desarrollado una artritis progresiva. No tenía mucha fe en los médicos, los cuales, por otra parte, poco podrían haber hecho por él. Ya le era doloroso hacer su trabajo y ya suponía que, después de unos cuantos años, tendría que vender la granja y dejar de trabajar. Ésta era de su completa propiedad y, probablemente, podría sacarle un precio bastante como para poder vivir con Elsa en una casa por el resto de la vida. Eso era lo único de que tenía que preocuparse, eso, y el creciente dolor que, eventualmente, lo haría doblarse por completo si llegaba a vivir más.

Parte de la amargura que lo dominaba estos últimos años se debía a que odiaba al actual gobierno de su país. Su país, en efecto, lo era sólo técnicamente: se consideraba más alemán que americano. Sus padres lo habían traído de Alemania cuando apenas tenía cuatro años. Ellos se habían nacionalizado estadounidenses y esto lo había convertido a él, de hecho, en ciudadano de ese país. Pero su lealtad verdadera siguió siendo para con su antigua nación y también la suya. Nunca habló inglés hasta que entró al colegio a los siete años. Apenas tenía veinte cuando los Estados Unidos entraron en la primera guerra mundial. Habían tratado de reclutarlo y lo habían tenido internado durante más de un año como opositor consiente; en ese momento no tenía ninguna objeción consciente o inconsciente en contra de la guerra. Había dado esa razón; pero sencillamente no había querido luchar del lado que consideraba equivocado.

Había recibido muy bien el renacimiento de Alemania con Hitler y se había convertido en un ardiente nazi, aunque nunca se había unido a ningún grupo. Cuando los Estados Unidos entraron en la segunda guerra sus opiniones y sus objeciones contra el país en que vivía se hicieron aún más violentas. En esos días tenía más de cuarenta años y de ningún modo lo habrían reclutado. Pero, por eso mismo, sus opiniones se hicieron mucho más violentas e intransigentes y menos discretas que en sus días juveniles. Se habló incluso de ponerlo en un campo de concentración, pero las autoridades decidieron que, aunque verbalmente violento, no era peligroso y su situación no le permitía sabotear el esfuerzo de guerra. Por lo demás, si todos los simpatizantes de los nazis del estado de Wisconsin hubieran sido puestos en un campo de concentración, habría sido necesario uno del tamaño de Wisconsin para contenerlos.

A menudo, durante la guerra y después de ella, pensó con amargura sobre la decisión de su hijo que había abandonado la casa poco después que la guerra empezara. Sus hijos siempre se habían considerado americanos. Esto había sido otra de las razones, además, de la partida de la granja, para sus querellas. ¿Había sido enganchado su hijo? Porque si se hubiera alistado voluntario para luchar contra la tierra de sus padres... mejor sería que estuviera muerto.

Durante la guerra, para seguir las noticias, se había suscrito a un periódico y había comprado una radio.

Después de la derrota de Hitler había cancelado lo primero y satisfecho su furia haciendo pedazos la segunda, con un eje de carreta.

Siempre había esperado un día, aunque tuviera que esperar hasta ya no poder trabajar, para volver a casa de sus padres. Pero siempre que había tenido las posibilidades financieras para hacer el viaje, había tenido otras razones que se lo impedían. Ahora sabía que ya no sería posible. Estaba condenado a morir en la tierra extranjera en la que ya había vivido sesenta años. Completamente entre extranjeros desde el día de su boda y desde la muerte de sus padres.

Sólo en un sentido se había comprometido con este país extranjero, sólo de una manera: hablaba el inglés y haba casi perdido su alemán. Al principio él y Elsa hablaban solamente en alemán, pero ella, tan obediente en otros sentidos, había decidido que, después que nacieran los hijos, sólo se hablaría en inglés. Si él le hablaba en alemán, ella le contestaba en el idioma extranjero. Como no tenían profesor y él no servía para tales menesteres, sus hijos apenas si sabían alguna que otra cosa en alemán. El gradualmente había consentido en utilizar la lengua que conocía casi tan bien como la de sus padres.

La cosa mental se molestó en conocer todos estos hechos acerca de su huésped sólo porque no podía matarlo mientras su cuerpo estuviera alimentándose y porque todo asunto que lo instruyera sobre las costumbres y maneras de pensar de los humanos, por muy trivial que fuera la información, podría serle útil algún día. No sentía ninguna simpatía por la desesperación y los problemas del huésped. Le importaba solamente su utilidad. Y ya había decidido que Siegfried Gross le sería inútil después de esta noche.

Gross era un recluso. No tenía contacto con nadie, ninguna fuente de información que le fuera medianamente provechosa o que no despertara sospechas, comentarios o curiosidad (ya que si lo ponía en movimiento para obtener alguna información, este repentino interés de parte de Gross sería muy extraño a los ojos de los vecinos, por ejemplo). No tenía teléfono, no recibía cartas ni las escribía. Viajaba a Bartlesville en un carretón tirado por un caballo, (jamás había poseído o deseado tener un automóvil), todos los sábados en la tarde para comprar lo que necesitaba. Nunca lo hacía más a menudo, a excepción de ciertas épocas en que tenía algún producto que vender, algo que no pudiera esperar el viaje del próximo sábado. Iba solamente a ciertos lugares y aún en ellos jamás se detenía a conversar o a averiguar novedades. Durante quince años jamás se había alejado de su granja más allá de Bartlesville, desde el día, en realidad, en que Alemania había sido derrotada por segunda vez en el curso de su vida.

No, Siegfried Gross, manteniendo sus costumbres y haciéndole actuar naturalmente, habría sido la peor clase de huésped que podía conseguir para informarse y averiguar lo que le interesaba. Actualmente le estaba sirviendo, pero, cuando terminara, debería abandonarlo.

Además, la cosa mental acababa de conocer esta noche al huésped perfecto para los efectos de obtener información: el gato. Mientras estuviera ocupado dentro de Gross no tendría oportunidad de utilizar gatos, pero uno de ellos tendría que ser lo que lo llevaría a los alrededores del hombre, dentro y fuera de Bartlesville, porque era el más adaptable de los huéspedes y para largos períodos de utilidad. Pero no había apuro aún: se estaba alimentando.

Pero mientras Gross estaba esperando, la cosa mental decidió obtener el máximo de información que pudiera darle sobre los vecinos. Aprendió una serie de hechos aunque ninguno le pareció de importancia. Gross sabía en general mucho menos de sus vecinos que

Tommy Hoffman de los suyos. Ignoraba también el suicidio de Tommy y el juicio; probablemente no lo habría sabido hasta su próximo viaje, el sábado, a la ciudad.

La cosa mental supo, eso sí, la respuesta a una pregunta que lo tenía muy desconcertado. El por qué el vecino tenía un perro tan peligroso que debía permanecer amarrado al corral. Sus vecinos era los Loursats (apellido francés pero de extracción belga). El perro era un labrador, un animal muy valioso que Loursat usaba para cazar patos. Antes de que, repentinamente, se tornara peligroso - para todos menos para el mismo Loursat -, lo había hecho cruzar con otro labrador y esperaba tener algún pequeño dentro de una semana. Desde que había atacado a su esposa, afortunadamente sin hacerle un daño excesivo, estaba bajo sentencia de muerte. Pero Loursat esperaba que no se lanzara también contra los pequeños y de este modo podría alimentarlos. Cuando éstos estuvieran más desarrollados, sólo entonces, mataría la perra. La había encadenado en un rincón desocupado del corral y había dado órdenes estrictas a su mujer y a sus hijos para que no se le acercaran por ningún motivo. Gross había sabido esto, porque Loursat era uno de los pocos vecinos con que mantenía alguna relación y que, precisamente, le había preguntado si le gustaría quedarse con algunos cachorros y, aunque Gross los había rechazado, había continuado contándole sobre ello y sobre el porqué quería hallarles casa lo más pronto posible. A Gross le gustaban los perros tanto como las personas, es decir, nada; toleraba un gato, en tanto viviera en el corral y cazara ratones.

A través de los ojos de Gross, la cosa mental miró la hora y notó que ya era tiempo de que el hombre la sacara de la solución nutricia. Tenía que decidir esto fundado en el tiempo, porque mientras estaba dentro de un huésped no tenía sensaciones en su propio cuerpo.

Gross se puso de pie y extrajo la concha de la solución y partió con el cuerpo de la cosa mental hacia la puerta. Entonces la cosa en su mente tuvo otra idea y volvió atrás, al lavatorio. Limpió cuidadosamente la concha y la secó. La cosa mental había pensado que quizás el olor de la solución podía atraer algún animal que se deslizarla bajo los escalones llamando, posiblemente, la atención de alguien hacia ellos. Incluso alguno podía empezar a excavar bajo los escalones y encontrar su cuerpo. Por sí mismo, él no expedía ningún olor, menos mal. Sabía esto por haber estado en la mente del perro Buck cuando el perro lo había sacado de la caverna y trasladado al escondrijo del bosque.

Gross lo llevó fuera, volviendo a dejar entreabierta la puerta para que el hilo de luz le iluminara bajo los escalones. La cosa mental convirtió su escondite en algo más seguro todavía, haciendo que Gross excavara un poco bajo los escalones y lo sepultara a una pulgada de profundidad aproximadamente, suavizando la tierra con cuidado. Finalmente se inclinó para borrar las huellas de sus pies desnudos en la tierra.

Después entró, para morir.

Pero antes limpió las evidencias de lo que había estado haciendo: vertió el resto de la solución por el desagüe y lavó los tres utensilios que había ocupado. Puso el recipiente y la lata de conservas en el lugar que antes ocupaban y el jarro vacío junto a los demás. Por supuesto, Elsa echaría de menos cierta cantidad y se preguntaría un poco por la desaparición, pero nada podía hacer en este asunto. Además, en este último tiempo padecía de lapsus mentales y, probablemente, pensaría que había usado esos ingredientes y lo había olvidado. Además, estaría el golpe de la muerte para distraerla de lo trivial. Aunque cada suceso repentino causa un shock, sobre todo si cambia la vida, ella no sentiría mucho su muerte. Pero se daría cuenta que era lo que más había convenido a su marido. Lo que

sacaría de la venta de la granja sería de mucho más provecho, además, para una persona que para dos.

¿Debería mencionar esto en la nota que dejaría para después del suicidio? Porque dejaría una nota sobre el suicido esta vez. De la muerte de Tommy la cosa mental había aprendido una lección: que había despertado gran curiosidad, la suficiente como para que Garner y Hoffman fueran hasta la caverna y decidieran excavar incluso. Quería que el suicidio de Gross pareciera muy normal, bien motivado, que no despertara sospechas.

Había hecho que el hombre se sentara en la mesa de la cocina con papel y lápiz. Entonces había pensado a quién dejaría una nota Gross si se hubiera suicidado normalmente. Y qué motivos habría argüido. Seguramente no habría nombrado la idea de que, con su muerte, aseguraba una vejez más próspera a su esposa mediante la virtual venta de la granja. Y su nota, si escribiera alguna, habría sido breve y directa, al grano.

Gross escribió lenta y dificultosamente, con una caligrafía mitad inglesa y mitad alemana, aunque las palabras eran inglesas, pero deletreadas como Gross las deletreaba.

«No puedo soportar el dolor de la artritis. Me mato.»

Firmó con su nombre, claramente, y al final, abajo, como postrer desafío, en alemán, su última palabra al pueblo que odiaba: «Deutschland über Alles».

Cargó el revólver que tenía al lado de la cocina y se sentó de nuevo a la mesa. Se puso el cañón en la boca, apuntando arriba y apretó el gatillo. Sangre y materia cerebral ensuciaron la nota que estaba sobre la mesa, pero las palabras siguieron siendo legibles.

De vuelta en su propio cuerpo, bien escondida bajo los escalones, la cosa mental, capaz de nuevo para utilizar su sentido perceptivo, escuchó el nombre del marido gritado estridentemente por Elsa. Observó como encendía la luz de su cuarto, después la del hall y, finalmente, vio como bajaba al primer piso.

Capítulo IX

Doc Staunton se despertó lentamente, se dio la vuelta y levantó el brazo para ver la hora en su reloj de pulsera. Eran más de las diez, lo cual no tenía nada de raro ya que se había acostado muy tarde en la noche. Partió a Bartlesville a media tarde para llamar al laboratorio y averiguar sobre el perro. Llamó a Green Bay y supo, se dio cuenta ahora, que ya sabía todo lo que estaba averiguado.

El perro no había tenido rabia. Ni, aparte de las heridas que le causaron la muerte, tenía nada anormal en su organismo, nada que pudiera comprobarse con la disección. La carrera del perro en contra del auto no podía explicarse por ninguna anormalidad física ni reconocible con métodos físicos.

Doc murmuró algo y trató de comunicarse con Wilcox. A ver si localizaba al sheriff. El sheriff se interesaría o, por lo menos, haría que se interesara. Pero no estaba y nadie sabía en la oficina dónde se le podía encontrar. Doc se quedó en la ciudad para comer - al menos eso creía - en el mejor de los dos restaurantes del pueblo. Después trató de localizar al sheriff de nuevo, esta vez llamando primero a la oficina y luego a su casa. No tuvo respuesta en la primera ni satisfacción en la segunda.

Mató el tiempo en la taberna. Se agregó a un póker que jugaban en una sala del fondo. Uno de los comerciantes del pueblo, Hans Weiss, el frutero donde compraba casi todas sus provisiones le había rogado que lo hiciera. Había solamente cuatro, incluido Hans, y necesitaban un quinto. Las apuestas eran moderadas pero suficientes para hacer interesante

el juego. Doc perdió doce dólares en la primera media hora. Después. de un sólo gran golpe, quedó a la cabeza y así permaneció. Dos veces, una alrededor de las ocho y otra alrededor de las nueve, trató de encontrar al sheriff. Pero fue inútil. La vez siguiente, miró al reloj y era casi media noche. Decidió darse por vencido en esta oportunidad. A esa hora ya había siete hombres en el juego y él era el gran ganador, sobre setenta dólares a la cabeza, así que creyó prudente no retirarse hasta que algún otro decidiera terminar. Esto no sucedió hasta la una y media y a esa hora volvió a casa con algo más de cuarenta dólares de ganancia. Se había hecho amigo de todos en el juego y había aceptado una invitación para otro día. Al fin y al cabo, debía dar una oportunidad a los muchachos para que recuperaran el dinero. Como relativamente extraño en su medio, era lo menos que podía hacer.

Ahora, martes en la mañana, se desperezó y se levantó. En vez de ir a Bartlesville para llamar por teléfono al sheriff, lo que podía hacer, mejor era ir directamente a Wilcox y buscarle allí mismo. A menos que el sheriff viniera esta vez a Bartlesville. Lo llamaría por teléfono y lo invitaría a comer con él.

Se preparó sólo un café para el desayuno y llegó al pueblo a las once y media. Llamó al sheriff desde una droguería. Esta vez lo encontró.

- Es Doc Staunton - dijo -. Quiero conversar algo con usted, si está dispuesto a perder unos minutos. ¿Vendrá aquí de todas maneras o voy a su oficina?

- Me llamó justo cuando voy saliendo, Doc. Para Bartlesville.

- Bien, ¿quiere que comamos juntos?

- Creo que sí, seguro, gracias. ¿En cuál restaurante?

Doc dijo:

- Encontrémonos primero en la taberna. Un trago no le hará mal si vamos a comer en seguida.

El sheriff estuvo de acuerdo y dijo que se le reuniría en media hora.

Doc se encaminó desde la cabina telefónica al encuentro del comerciante para hacer algunas averiguaciones. El comerciante era uno de los que participaron en el póker de la última noche. Se saludaron por sus nombres.

- Oí que llamaba «sheriff» a la persona con que hablaba, Doc - dijo el comerciante -. Nada malo, supongo.

- No. Solamente quería darle cierta información.

- Supongo que no será sobre el juego de póker. Usted vive afuera, en la carretera de Bascombe, ¿verdad?

Doc asintió.

- Siempre me he preguntado por qué la llaman así. En la última casa. ¿Por qué?

- Hubo otro suicidio en esa dirección, anoche. ¿O quizá ya supo algo?

Algo golpeó la parte trasera, del cuello de Doc.

- No. Acabo de llegar al pueblo. Es mi primera parada. ¿Quién fue?

- Un viejo granjero, llamado Gross. No perdemos nada. Nadie lo quería aquí y él todavía menos a nosotros. Vive, vivía digo, a casi cinco millas de aquí. Es decir, a mas tres millas de su casa.

Doc le hizo preguntas, pero no llegó a nada más que a esto: Gross se había suicidado con un revólver a medianoche y había dejado una nota explicando que no podía soportar el dolor de su artritis.

Puso lo que había comprado en su coche y partió pensativamente a la taberna. Mike, el camarero, estaba hablando con dos clientes sobre el suicidio de Gross, pero ninguno de ellos sabía más de lo que el comerciante le había dicho.

Doc había vaciado una cerveza cuando llegó el «sheriff». Los dos se sentaron en las mismas sillas que habían ocupado en la conversación después del interrogatorio.

- No quiero cerveza, por ahora - dijo el «sheriff», algo molesto -. Necesito algo más fuerte, Mike, mucho más fuerte. Un «whisky» doble, por favor, con un poco de agua.

Doc pidió otra cerveza y el camarero partió a buscar los tragos.

El «sheriff» bostezó.

- Supongo que habrá oído del caso de Gross - dijo. - Tuve que ir allí en mitad de la noche y apenas si he dormido desde entonces. Diablos, estoy agotado. Y apenas comamos, tengo que ir allí de nuevo.

- ¿Puedo acompañarle? - preguntó Doc.

- Si usted quiere. ¿Era algo sobre el asunto de Gross lo que quería decirme, Doc?

- No. Ni siquiera sabía de él cuando lo llamé. Se trata del perro de Hoffman. No tenía rabia.

El «sheriff» alzó las peludas cejas.

- Quiere decirme que lo ha hecho examinar, claro. ¿Con qué objeto? No mordió a nadie. ¿O sí?

- No, no mordió a nadie, pero soy curioso y, especialmente desde que usted me contó que temía a los automóviles, la curiosidad me ha crecido. ¿Por qué habrá corrido como ciego contra mi carro? Si hubiera estado rabioso, todo estaría explicado.

- Diablos, Doc, los perros se atropellan todos los días. Probablemente estaría siguiendo a un conejo que cruzó la carretera por ahí. Como tenía la nariz baja y no estaba mirando, quizá no lo sintió. Usted no puede hacer un caso digno de una corte suprema por culpa de un perro que se hace atropellar.

- Supongo que no, pero... «sheriff», ¿no había nada raro, poco habitual, en conexión con el suicidio de Gross?

- Fue muy sencillo. Puso el cañón del revólver contra su boca y apretó el gatillo. Repartió el cerebro por toda la habitación. A nuestro ayudante le costó una hora limpiar esa cocina. ¡Dios mío, qué desastre!

- ¿Habrá algún juicio?

- ¿Para qué, si tenemos la nota que dejó el suicida? De puño y letra suyos. Sería un gasto inútil de papel de oficio. Bien, tomemos otra copa rápidamente y empecemos a comer, ¿qué le parece?

No fue sino hasta después del postre y del café que Doc le volvió a preguntar si había habido algo extraño, algo, por lo menos, en relación con el suicidio de Gross.

- Sucedieron dos o tres cosas pintorescas, pero ninguna tuvo que ver con el suicidio - dijo el «sheriff» -: una lechuza chocó y atravesó una ventana de la casa de Gross, alrededor de la medianoche, y Gross tuvo que matarla porque tenía un ala quebrada.

- ¿Con el mismo revólver?

- Diablos, no. Utilizó un rifle calibre veintidós, fue tres horas antes del suicidio - dijo el «sheriff» - Supongo que no pudo volver a dormir, que se quedó en cama sufriendo y que, finalmente, decidió quitarse de en medio y suprimiese definitivamente el dolor, tal como lo hizo con la lechuza. Bajó a la cocina y lo hizo.

Doc frunció el entrecejo.

- ¿Hubo algún contacto físico entre la lechuza y Gross?

- Ninguno hasta que estuvo muerta. Después de dispararle, Gross la tiró al jardín por la ventana y dijo a su esposa que pensaba sepultarla hoy por la mañana.

El «sheriff» se detuvo para beber un poco de café

- El vecino de al lado la sepultó. Y el gato. En algún momento de la noche el gato de Gross entró en el corral de Loursat y un perro bravo lo mató.

Doc Staunton respiró profundamente. Y dijo suavemente, tan suavemente que el «sheriff» apenas pudo oírle:

- La lechuza y el gato se fueron al mar en un hermoso bote verde.

- ¿Huh...?

- Un verso de un poema absurdo de Edward Lear. «Sheriff», ¿ha sabido antes de una lechuza que atraviese vidrios de ventana?

- No, respecto a una lechuza específicamente, Doc, pero los pájaros chocan todo el tiempo con vidrios. Tengo una especie de vitral en mi casa y los pájaros pasan chocando con él, por lo menos una o dos veces por semana. La mayor parte son golondrinas. Generalmente, apenas lo rozan, pero de vez en cuando alguna se ha roto el cuello. Bien, creo que estamos listos. ¿Prefiere viajar conmigo o nos vamos en coches separados para que usted pueda volver directo a su casa?

Capítulo X

La cosa mental había aprendido muchas cosas que la habían sorprendido.

Desde el suicidio de Siegfried Gross, había pasado la mayor parte del tiempo deliberadamente sin huéspedes para poder quedarse dentro de sí misma bajo los escalones y, utilizando su sentido perceptivo, ver y escuchar todo lo que sucediera dentro de la casa de Gross o en sus alrededores.

Supo, antes que todo, que no había tenido cuidado y había despertado curiosidad por lo que habían efectuado sus huéspedes, humanos o animales, especialmente por el modo en que los había hecho morir.

No tenía idea del escándalo y molestias que se producían por el suicidio de un humano, aunque el suicida dejara una nota explicativa. Lo que había sucedido en la casa de Gross desde el suicidio de Siegfried en la cocina, había sido una revelación de las costumbres humanas.

Todo había comenzado inmediatamente después del disparo. Elsa Gross había llegado corriendo por la escalera, y había quedado mucho más conmovida y perturbada de lo que él había supuesto al saber, por la mente de Gross, que no había amor verdadero entre ellos.

El «shock» inicial había sido tremendo. Después de lo peor, se había puesto los zapatos y un abrigo encima de la ropa de dormir y había salido corriendo de la casa en dirección a la de los vecinos más próximos, los Loursats, a través de cuyas ventanas él, antes, había visto al hombre y a la mujer en el dormitorio del niño enfermo. Había sido su perro bravo el que, involuntariamente, le había librado de su huésped gatuno, matándolo.

Elsa Gross había vuelto media hora más tarde con Loursat. Por la conversación, la cosa mental había deducido que Loursat había telefoneado al «sheriff» y que éste estaría aquí dentro de una hora. Loursat había vuelto a casa a esperar al «sheriff» junto con Elsa. Su mujer también habría venido, pero tenía que cuidar del niño enfermo, que ya estaba mejor, pero que aún no podía dejarse solo.

Loursat sugirió que Elsa podría subir arriba y descansar y vestirse. Mientras la mujer hacía esto, examinó cuidadosamente la cocina sin pisar ninguna de las marcas de sangre.

Leyó varias veces la nota del suicida y sacudió la cabeza (no tocó nada de lo que había en la cocina).

Después se fue al salón - todavía perfectamente dentro del alcance de la cosa mental - y esperó allí hasta que Elsa Gross bajara. Allí, en el salón, sin ver lo que había en la cocina, conversaron.

- Curioso lo de la lechuza - dijo Loursat -. Nunca supe de una que hiciera algo parecido. Quizá anda una especie de locura por estos alrededores. Como... ¿ha oído hablar del caso de Tommy Hoffman...?

No lo sabía y él se lo contó.

Un poco después de las tres de la mañana llegó el «sheriff» en una ambulancia. Con él venían el médico forense y el de la morgue.

De todas las preguntas y respuestas, la cosa mental fue aprendiendo de la seriedad con que los humanos consideraban el suicidio de uno de sus semejantes, aún cuando el suicida dejara una nota explicativa.

Al día siguiente aprendió todavía más. Varios vecinos vinieron a consolar a la señora Gross y a ofrecerle ayuda. Loursat vino de nuevo, esta vez con la mala noticia de que el gato de Gross de algún modo había entrado en el corral muriendo en las fauces de su perra. Entonces más vecinos se lo contaron entre sí y el asunto llegó a ser un tópico de conversación.

En la tarde, la señora Gross echó de menos la sopa y la carne. La cosa mental se dio cuenta que creía haberlas perdido, porque las buscaba minuciosamente en el refrigerador, moviéndolo todo, viendo si estaba detrás de algo.

Poco después llegó el «sheriff», ahora acompañado de otro hombre. Le dijo a la señora Gross que habría un interrogatorio, aunque, debido a la nota del suicida, sólo sería una formalidad y no duraría mucho. Sugirió que se llevara a efecto la próxima tarde, en la morgue, y le pidió le permitiera llevarla y traerla de ahí en auto. Mientras estuviera allá, podría hacer los arreglos necesarios para el funeral.

Después le presentó al hombre que lo acompañaba. Dijo que Mr. Staunton era un científico de vacaciones cerca de Bartlesville y que se había interesado mucho en el raro suicidio de Tommy Hoffman y le estaba tratando de encontrar una explicación satisfactoria. Y ahora, dada la coincidencia, otro suicidio más a tan corta distancia de tiempo y de lugar, estaba también muy intrigado respecto a éste y le gustaría mucho conversar con ella si no tenía inconveniente.

La señora Gross no los tuvo. Incluso insistió en hacerles café, ya que no le costaría nada porque se estaba preparando justamente uno para ella.

El señor Staunton era un hombre pequeño y delgado, debía tener unos cincuenta años. su pelo era de color gris acero y muy corto y tenía penetrantes ojos azules.

Su curiosidad era casi insaciable. Preguntó por lo menos unas cien cuestiones Y Elsa Gross las contestó todas. Una pregunta sobre si no había sucedido nada más que pareciera anormal, hizo salir al aire las desapariciones en el refrigerador y la muerte del gato. Y preguntó gran cantidad de detalles acerca de estos dos puntos. Parecía excitado y desconcertado al mismo tiempo.

Lo que más importante parecía a la cosa mental era haber descubierto en cuanto había desestimado la curiosidad de los seres humanos. Por supuesto su único conocimiento directo de sus actitudes, provenía de una mente inmadura y poco curiosa - Tommy jamás se había ocupado con problemas y siempre había aceptado el mundo tal como lo veía - Y

desde otra rígida y dogmática, abúlica e intratable. La de un hombre que no se había interesado de nada que escapara al marco estrecho de sus opiniones.

La mente del pequeño Staunton, según lo que la cosa mental podía deducir de las preguntas que hacía y de su manera de atender a las respuestas, era distinta, una revelación. Y se trataba, el «sheriff» lo había dicho, de un científico. ¿Qué clase de científico? Probablemente, según las precintas que hacía, no de uno de ciencias físicas; pero aún así, éste era sin duda el mejor huésped que había encontrado, superior al mecánico, que arreglaba radios y televisores.

Demasiado tarde, cuando Staunton y el «sheriff» estaban a punto de marcharse, se le ocurrió que debía seguir a este huésped posible y tan deseable. Cuando pensó en ello, ya estaban casi fuera del alcance, camino de los respectivos coches. Tenía que averiguar donde vivía y calcular y probar sus posibilidades, sus coches estaban hacia la carretera. Pensó rápidamente que el huésped le serviría para perseguir el coche de Staunton.

El caballo del corral fue su primera ocurrencia, pero la rechazó en seguida, aunque daba la casualidad de que el caballo estaba dormitando en ese momento. Como se ha dicho, estaba aprendiendo mucho. El caballo podía saltar fuera del corral y seguir a los coches, pero tales acciones habrían estado totalmente al margen de las habituales de un caballo. Y ahora ya sabía que cuando llamada la atención sobre alguno de sus huéspedes por hacerle ejecutar un acto poco característico, dañaba por eso mismo sus proyectos. Los caballos no suelen destruir o saltar por encima de los corrales, ni tampoco son aficionados a perseguir los automóviles.

Pensó en algún pájaro. Primero en un halcón porque es más rápido. Pero ninguno estaba durmiendo a su alcance. Después en una lechuza porque quizás una estaría durmiendo de día. Pero la descartó rápidamente porque no podría competir en velocidad con un automóvil.

Entonces pensó en una golondrina. No sabía de la velocidad de una golondrina, pero golondrinas hay en todos los sitios y seguramente habría alguna durmiendo por ahí.

La golondrina que escogió estaba durmiendo a unas doscientas yardas de la casa. mientras subía en espirales descubrió que ya era demasiado tarde: los dos automóviles, que habían estado aparcados en la carretera cerca de la casa, habían partido en direcciones opuestas. Demasiado lejos, en realidad, para la vista de un pájaro. No podría identificar de qué automóviles se trataba si los viera de nuevo. Además, ahora se daba cuenta que una golondrina tampoco puede competir en velocidad con un coche.

Se libró cuidadosamente de su huésped. La llevó volando más allá de la carretera y la lanzó en picado contra un árbol del bosque. Recordó el involuntario cerrarse de los ojos de los pájaros en esos casos y se concentró en mantenérselos abiertos. Aun así, el intento de matar de un golpe a la golondrina falló. Una rama, demasiado pequeña para ser vista a la velocidad que llevaba, la desvió un tanto y, en vez de quebrarse el cuello, se quebró un ala y cayó al suelo, desamparada.

Como no había más alternativa que ser paciente, tuvo paciencia. La golondrina moriría de hambre y de sed si no la cogía antes algún enemigo. Y él mismo, su concha, estaba a salvo bajo los escalones de la puerta trasera de la casa de Gross. Notaba, pero no sentía, el dolor de su huésped. Esto era algo que podía sentir y comprender solamente en su propio cuerpo. Tal dolor podía provenir de temperaturas extremas, pero en este planeta nunca hacía ni tanto calor ni tanto frío. O vendría en el momento de la muerte si su concha la quebraban o la trizaban.

No había ningún apuro, ahora que ya habíase alimentado y no necesitaba volver a hacerlo hasta dentro de muchos meses más. Esperaba confiadamente poder tener por ese entonces un huésped inteligente, poderoso, con dinero, apto para hacerle construir la máquina electrónica que lo llevaría de regreso a casa. Ninguna de esas cualidades serviría sin las otras, a menos que ocupara una sucesión de huéspedes, lo que sería molesto y peligroso.

Pensó en reproducirse, lo que sería un proceso voluntario, tal como todos los de su especie, pero abandonó la idea por poco práctica. Una vez que se empezara el proceso de fisión, no se lo podía contener, y por un tiempo demasiado largo quedaría desamparadamente esquizofrénico, con control solamente parcial de las dos partes en que su concha se estaría transformando. Un control tan insuficiente que le impedía utilizar algún huésped. Era el precio que su especie debía pagar por culpa de su altamente especializada evolución. Cada parte precisaba de la asistencia de otro de la especie que guiara a un huésped que se encargara de cuidarla. Esto duraba un período semejante al año terrestre.

En sólo muy pocos planetas podía un miembro de su especie reproducirse sin ayuda de nadie. En los planetas de la galaxia había muy pocas, muy pocas razas moderadamente inteligentes que aceptaran gustosamente el papel de huéspedes y que pudieran ser entrenadas por adelantado para cuidar una cosa mental en el período en que era incapaz de mantener un huésped bajo su propio control.

Estaba resignado a esperar la muerte de la golondrina, aunque tardara varios días, pero, poco después de medianoche, sintió el aleteo de una lechuza por encima de ella. Golpeó con su ala buena para llamar la atención. La lechuza la vio y descendió. En menos de un minuto su cruel pico había destrozado a la golondrina y la cosa mental estaba de nuevo dentro de su concha en la casa de Gross.

Llegó justo para alcanzar a oír cómo golpeaban la puerta de la casa y para ver - con su sentido perceptivo que hacía simultáneamente que todo fuera visible y transparente - al «sheriff» de pie en la puerta y a Elsa Gross yendo a abrirle. Se estaba sacando un delantal blanco y ya usaba ropa negra. La señora Gross no tendría necesidad de comprar ropa nueva, comprobó la cosa mental, mirando el armario del dormitorio: casi todos sus mejores vestidos ya estaban teñidos de negro.

- Buenas tardes, señora - dijo el «sheriff», cuando ella le abrió la puerta -. Vamos al interrogatorio, ¿está usted lista?

- Gracias, «sheriff», pero el señor Loursat, el vecino, está por llegar. En media hora más me pasará a buscar. ¿No le llamó por teléfono? Dijo que lo haría.

- Probablemente trató de hacerlo, pero no me debe haber encontrado. He estado en una serie de partes, pero no en mi casa ni en mi oficina. - Se sacó el sombrero y se rascó la cabeza -. Bien, si usted no me necesita...

- ¿No quiere pasar un momento de todos modos? ¿Una taza de café? Todavía debe estar caliente.

- Bueno, creo que me vendría bien. Muy bien, gracias.

Entró y él la siguió, cerrando a puerta.

- Espéreme aquí, «sheriff». - La señora Gross le indicó una silla muy confortable -. Traeré dos tazas. ¿Con crema y azúcar?

- Sólo con un poco de azúcar.

Volvió un momento después, pasándole una taza al «sheriff» y sentándose ella también con otra.

- ¿Está caliente todavía?

El «sheriff» bebió un sorbo.

- Templado. No me gusta muy caliente. ¿Ha hecho ya algunos proyectos, señora? Supongo que no tratará de seguir usted sola con la granja, ¿verdad? Creo que puede, con mano enérgica..., pero...

- Estoy un poco vieja para eso, «sheriff». No, si puedo vender la granja, la venderé. Y quizás, incluso, ya esté vendida.

- ¿A quién? Si no es indiscreción, claro.

- El señor Loursat tiene un hermano trabajando en Menominec. Es maquinista, pero sabría batírselas con una granja y le gusta la agricultura. Ha estado hablando de comprarse una pequeña y de abandonar el pueblo. El señor Loursat le escribirá al respecto. Son muy unidos. El señor Loursat piensa que su hermano la comprará inmediatamente si sabe que quedarían al lado. Dice, además, que podría prestarle el dinero que le hiciera falta a su hermano para el pago de la entrada.

- Parece una buena idea, señora.

- Sí, lo es. Y si se demora en concretarse, tengo manera de pasar el tiempo hasta el fin de la época de vacaciones. El señor Kramer, el dueño de la granja del otro lado, tiene un hijo estudiando, que actualmente lo único que hace es ayudar a su padre. Vino a decirme que es un buen trabajador y que me podría ayudar medio día, si así lo deseaba, durante el resto del verano.

- Me parece estupendo, señora. Parece que todo se le arreglará. ¿Piensa vivir después en el pueblo? ¿En Bartlesville?

- Todavía no me he decidido.

- Creo recordar que usted tenía un hijo y una hija.

- Los... tenía. Pero Siegfried peleó con los dos y nunca me dejó escribirles. Y ellos dejaron de hacerlo. Desde hace por lo menos diez años.

- ¿No sabe la última dirección?

- No las direcciones de las calles. Bertha estaba en Cincinnati, Max en Milwaukee. Pero esto era hace diez años.

El «sheriff» sonrió.

- Veré si haciendo preguntas puedo conseguir algo que le sea de utilidad. Escribiré al jefe de la policía de esos dos sitios. Sabrán encontrar una pista que nos lleve, por lo menos, hasta uno de ellos, quizás con la sola molestia de buscar en la guía de teléfonos. Y si encuentran a alguno, encontrarán al otro. Seguramente están en contacto.

- Gracias, «sheriff». - La señora Gross sonrió, pero repentinamente se le llenaron los ojos de lágrimas.

Otro golpe en la puerta; debía ser Loursat. Partió hacia allá secándose rápidamente las mejillas mientras caminaba.

Diez minutos después todos se habían ido. Primero el «sheriff» y poco después la señora Gross y Loursat; este último había esperado para mostrarle a ella la carta que acababa de enviar a su hermano de Menominec, Michigan. Pensaba despacharla desde el pueblo.

La cosa mental se quedó pensando.

Tuvo tiempo de sobra para pensar. Ahora, durante las dos horas en que ella estuvo fuera y después cuando volvió a dormir.

Hizo planes. Ahora que conocía sus proyectos, Elsa Gross podía ser su próximo huésped. Planeó rápidamente, pero dudando entre dos posibilidades. Una, que ella sería capaz, como había dicho, de vender la granja. La otra, que por ese tiempo - el cual sería, sin

duda, dentro de algunas semanas - el «sheriff» ya habría encontrado a alguno de sus hijos en Cincinnati o en Milwaukee o en cualquier otra parte, pero siempre esa otra parte significaba una ciudad relativamente mayor.

Ella estaba durmiendo ahora y se la podría haber conseguido como huésped, pero no lo hizo; podía esperar: estaría durmiendo aquí durante dos semanas más por lo menos. Y, después de todo, existía la posibilidad de que todo resultara de otra manera. Quizás el hermano de Loursat no compraba la granja, quizás el «sheriff» no lograba localizar ni al hijo ni a la hija. Y también, en ese caso, sería peligroso tener que matar aquí mismo a la señora, aunque lograra hacer aparecer todo muy razonable. Dos muertes violentas atraerían demasiada atención sobre la granja.

Pero podía esperar, y hacer proyectos mientras esperara. Siempre podría haber una oportunidad mejor que la presente. El mismo «sheriff» podría ser un excelente huésped, mejor incluso que Elsa Gross, aunque sus proyectos resultaran: el «sheriff» siempre podría tener un pretexto para viajar a Milwaukee y allí tendría completa libertad de movimientos para investigar asuntos y gentes que la cosa mental de otro modo no habría podido investigar. Y el «sheriff» tenía un coche: esto facilitaría ir los medios de conseguir eliminarlo cuando ya le hubiera servido lo suficiente: siempre podría tener un choque de frente, de tal modo que se pensara que se había quedado dormido al volante. Si el «sheriff» resultaba ser aficionado a beber, aunque estas costumbres no cuadrarían demasiado con su investidura, todo podría explicarse por esa causa.

Pero conseguir al «sheriff» como huésped era una posibilidad muy lejana en todo caso. Vivía y dormía en la capital del condado. En Wilcox, no en Bartlesville. Era demasiado lejos como para que la cosa mental se arriesgara a ser transportada hasta allá por un huésped animal.

Entre tanto, sin embargo, podía aumentar su conocimiento de la región y del pueblo cercano y de sus habitantes. El reparador de radio y televisión había llegado a parecerle una posibilidad desdeñable, pero, con toda seguridad, las habría mejores. Aunque así no fuera, uno nunca debe considerar que sabe demasiado.

Por lo tanto... los gatos. Los silenciosos, los auditivos gatos, los perfectos huéspedes espías.

La cosa mental se concentró en el concepto de gato.

Capítulo XI

El viernes estaba nublado en el pueblo y poco antes de la tarde empezó a lloviznar. Willie Chandler miró afuera por la ventana de su taller de radio y televisión y se felicitó por haber traído algo para el almuerzo y por no tener que ir al restaurant.

Era casi lo único de que podía felicitarse.

El negocio iba mal y estaba a punto de quebrar por deudas. Había cometido un gran error al pensar, tres años atrás, que Bartlesville era lo bastante grande como para mantener un negocio de reparaciones de aparatos de radio y televisión. Casi todas las familias tenían radio, pero raramente se descomponía alguna. Y había pocos televisores: era posible captar programas de los de Green Bay, pero la recepción no era demasiado buena. La gente que poseía aparatos los utilizaba muy poco.

Willie Chandler tenía treinta y dos años; era alto y delgado y usaba lentes con marco de nácar. Tenía una sonrisa cariñosa. La gente le daba cuanta reparación tenía, pero no era suficiente para permitirle sostenerse a si mismo y a su madre inválida.

Había nacido y crecido en Bartlesville. Su padre había poseído un negocio no demasiado próspero y, después de la enseñanza media, se había decidido a ayudar a su padre hasta que murió.

Pero nunca le había gustado el negocio de alimentos y siempre le había interesado el de radios. Se había armado, de niño, sus propios aparatos y al fin había logrado comprender algo de su funcionamiento. Había convencido a su madre de que vendiera la tienda de comestibles - la única cosa de valor que dejara su padre - y, usando algo de las ganancias, de que lo enviara a Chicago a una escuela técnica en la cual, con cuatro meses de estudio, aprendería a reparar radios y televisores. Su madre no estaba inválida todavía, así que pudo partir perfectamente. Al final del curso, la mayor parte de la herencia paterna se había evaporado con los gastos de instalación de su taller de reparaciones.

El taller, en realidad, jamás había perdido dinero, pero tampoco le dejaba ganancias suficientes. Un año atrás su madre había quedado semiparalítica a causa de un ataque y, entre el doctor y la cuenta del hospital, se había ido el resto del dinero. Había tenido que pedir crédito varias veces al Banco y el crédito se le disminuía rápidamente con las obligadas compras de tubos y de repuestos. Habitualmente el taller le permitía evitar apenas la quiebra completa. Así podía mantener las necesidades mínimas de su vida y de la de su madre. En casa, una casita pequeña de la cual siempre estaba debiendo un mes o dos de arriendo, un vecino iba todos los días a la hora del almuerzo a dar el alimento a la señora Chandler; todo el resto del trabajo lo hacía el mismo Willie.

Si no hubiera sido por su madre, a la cual no podía abandonar y que no podía viajar, sabía que era mucho mejor declararse en quiebra y que el Banco se hiciera cargo de las pertenencias del taller como compensación. En una ciudad como Milwaukee o Mineapolis podría conseguir fácilmente un trabajo de ayudante en una gran casa de reparaciones y conseguir mucho más dinero del que ganaba en su propio taller. Pero, a menos que su condición mejorara, lo cual parecía muy difícil, debería contentarse con el actual statu quo. Ni siquiera podía abandonar el trabajo y tomar otro en el mismo pueblo, para vender frutas o lo que fuera porque en el pueblo no había abierto nada conveniente. Incluso había conversado con el hombre que le había comprado la tienda de comestibles y se había dado cuenta que no había ninguna posibilidad de volver a trabajar en el negocio que había sido el de su padre. Nada sabía de agricultura, y aun si lograba conseguir un trabajo en una granja debería trabajar lo suficiente como para cuidar de su madre, y esto no era posible.

Estaba dedicado a hacer lo mejor con lo que tenía hasta que su madre mejorara o... bien... quería demasiado a su madre como para pensar en el «o».

Abandonó el panorama de la ventana y volvió a su trabajo del banco del taller. Limpió un espacio y desempaquetó el almuerzo que había traído en la mañana. Envueltos junto al termo con café caliente había dos emparedados. En casa, rara vez tenía carne, ni siguiera hamburguesa, la más barata, pero sí sopa de huesos. El alquiler, tanto de la casa como del taller, era lo primero, y cuando madre e hijo tenían bastante para comer bien y en cantidad, rara vez podía hacerlo. La última gran comida que podía recordar había sido unos tres meses antes, cuando Walter Schroder estaba falto de dinero en efectivo para pagarle una reparación de su televisor y le había ofrecido, como sustituto, un jamón ahumado. Había sido un jamón de veinte libras y una verdadera ganancia para él, pues apenas le había

cambiado dos o tres tubos, lo cual significaba una cuenta de seis dólares a lo sumo, y ese jamón valía por lo menos el doble. Habían comido bien durante un mes.

Había terminado el emparedado de mantequilla y estaba terminando el de queso y la taza de café, cuando escuchó un sonido como de rasguño. Miró en torno para averiguar de dónde procedía.

Un gato estaba sentado en la parte de afuera de la ventana, rascando el vidrio con una pata. Era un gran gato negro que estaba mojado y chorreando como si hubiera estado nadando. Se acercó a la ventana y lo miró desde cerca. No lo reconoció. No lo había visto antes.

- Bien. ¿qué quieres, gato? - preguntó. Le gustaban los gatos.

Este parecía de mal genio y molesto, aunque tenía bastante razón para estar así: la lluvia le había arruinado completamente el pelaje. Como una respuesta, el gato abrió las fauces y, probablemente, maulló, aunque no pudo escucharle a través de la ventana. Después, continuó rasguñando y golpeando el vidrio.

- ¿Quieres escapar de la lluvia? ¡Eres inteligente! - Willie abrió la ventana y el gato saltó adentro con suavidad.

Cerró la ventana y observó al gato.

- ¿Hambriento? - le preguntó -. Temo que no podré ofrecerte sino algunos restos de pan con un poco de queso. No es exactamente comida gatuna, pero si estás hambriento...

Se sentó en el banco de nuevo y cogió algunas migas adecuadas del resto de emparedado que le quedaba. El gato las olió primero, como si estuviera confuso, y luego se comió las migas, pero dejó el queso. El resto del pan se lo tiró también, en pequeños trozos. Willie sabía bastante de gatos como para ignorar que sólo comen de la mano cuando lo que les ofrecen está en pequeños trozos.

- ¿También con sed? - preguntó Willie. Buscó entre el desorden del banco hasta que dio con una pequeña llave de agua. Consiguió un recipiente y lo puso en el suelo -. Desgraciadamente, es lo último que puedo hacer por ti, gato. No puedo secarte, pero puedo dejarte menos mojado que cuando llegaste.

El gato se quedó seco y pareció gozar mientras lo secaba. Willie había casi terminado cuando sonó el teléfono. Contestó:

- Willie Chandler, taller de radio y televisión.

- Hablas con Cap Hayden, Willie. - Cap Hayden estaba a cargo del correo y tenía una gran tienda -. Me dijiste que te avisara cuando llegara un paquete grande de Chicago. Ya está aquí.

- Bien, Cap. Voy al momento.

- Espera un poco, Willie. Trae dinero. Es certificado. Seis dólares y ochenta centavos. Y no puedo ponerlo en tu cuenta porque es dinero del Gobierno para el departamento de Correos y tengo que mantener esos asuntos en orden y con dinero al contado.

- Demonios - dijo Willie -. La razón de mi apuro es que en el paquete viene un tubo del cual no tengo aquí repuesto. Es para el receptor de Dolf Marsch. Ya he trabajado mucho en él, pero no puedo terminarlo sin ese tubo. Me pagará veinte dólares por el trabajo - duró mucho - y ya sabes que paga al contado, así que no tendré que esperar. Pero aquí solamente tengo tres dólares y un poco más de suelto. Si puedes prestarme la diferencia de tu bolsillo, sin ponerla en la cuenta le pagaré apenas me pague Dolf.

- De acuerdo por esta vez, Willie. Pero como tú dices, al contado y apenas te pague Dolf me lo devuelves.

- Muchas gracias, Cap. Hasta pronto.

Willie tomó su abrigo y el sombrero del colgador de la pared, fue hasta la puerta y se asomó:

- Gato - le dijo -, guarda el taller mientras salgo. No voy a cerrar porque no hay nada digno de robarse. Si alguien viene - pero nadie vendrá -, dile que me espere, que ya vuelvo.

Abrió la puerta, pero volvió a retroceder.

- Gato - dijo -, hagamos bien las cosas. Eres bien venido porque todavía está lloviendo y ya estás seco. Pero no puedo tenerte indefinidamente. Aunque sea una vergüenza, me es imposible mantener un gato aquí o en mi casa. Si escuchaste la conversación telefónica, te habrás dado cuenta de lo mal que estoy. Espero que tengas una casa donde volver, porque no pienso tener un gato si no puedo alimentarlo bien, con comida de gato y con leche. Y como esta situación no durará mucho, aunque sea poco es bastante, no podré hacerlo ahora ni quizás hasta cuando.

El gato no respondió y Willie salió, cerrando la puerta detrás. Fue rápidamente al correo y, cuando consiguió su paquete y todo lo que necesitaba, volvió también rápido. Se mantuvo cerca de los edificios, de tal modo que la lluvia no alcanzara a traspasar su abrigo. Colgó el abrigo y el sombrero y volvió rápido al banco de trabajo para abrir el paquete.

El gato estaba encima del banco pero saltó al suelo cuando entró. Ahora, sobre la fina película de polvo que cubría la mayor parte del banco, pudo notar huellas que demostraban que el gato había curioseado por encima. Aparentemente había examinado y olfateado dos chasis de aparatos de televisión, el que tenía que repara con el tubo que acababa de llegarle y otro al que también le hacía falta un tubo que había pedido. Y, aparentemente, el gato había estado examinando varios instrumentos y herramientas que estaban desparramados por ahí.

También había un libro sobre circuitos encima del banco. Y estaba abierto en una página distinta de la que él recordaba. Dijo:

- Gato, ¿estás estudiando electrónica? - y le sonrió, divertido con la idea. Supuso que había dejado abierto el libro en el circuito que correspondía al aparato de Dolf Marsh, pero seguramente se había equivocado.

Abrió el paquete, tiró lejos la cuerda y puso los distintos ítems de su contenido en los lugares pertinentes, separando el tubo del aparato de Dolf y acercando este chasis por encima del banco hasta frente a él.

Golpeó el borde del banco amablemente y dijo:

- Ven, sube de nuevo y mira como trabajo. No me importa enseñarte electrónica, pero yo mismo no sé demasiado. No sé la teoría, exactamente. Tuve sólo una preparación de cuatro meses. Puedo seguir perfectamente un circuito, pero no sabría decirte cómo ni por qué funciona, lo mismo que tú. Pero sube.

Volvió a golpear el borde del banco y, esta vez, el gato saltó encima. Saltó silenciosamente, se sentó quieto, con la cabeza levantada y observándolo con la intensidad y atención con que sólo un gato puede mirar.

Estaba solo y le conversaba mientras trabajaba. Pareció simpatizar con él, o eso creyó él, cuando, después que reemplazó el tubo malo y probó el aparato, se dio cuenta de que todavía no funcionaba bien. Le dijo al gato lo que estaba haciendo mientras probaba condensadores y capacitadores y buscaba conexiones mal hechas.

Y entonces, cuando al fin consiguió una perfecta recepción, se encontró de repente contándole sus problemas personales: sus problemas con el taller y cómo tenía que seguir manteniéndolo, sus problemas con su madre, con su futuro incierto. Se le aliviaba la mente, notó, contando al gato asuntos que consideraba imposible contarle a la gente. Ni siquiera a

su madre, porque eso le habría causado más tristeza de la que ya tenía. Tampoco a otra persona porque nadie habría podido comprender la exacta magnitud de sus problemas - dejando a un lado todavía las ganas que tenía de casarse -. Pero no podía ni tan siquiera invitar a una mujer a salir con él en estas circunstancias. Incluso el invitarla al cine habría causado una merma importante en su limitado presupuesto.

El gato era un buen oyente. Cuando finalmente saltó al suelo y corrió hasta la puerta, lugar en donde se puso a maullar y a rasguñar los vidrios, caminó feliz hasta la puerta para dejarlo salir.

- Gato - le dijo -, vuelve cuando quieras. La misma ventana, la misma señal. Compartiré el almuerzo contigo si nada mejor puedo hacer.

La lluvia había terminado. Observó al gato por la ventana mientras corría por la calle y desaparecía a lo lejos.

Por supuesto, tendría una casa por ahí. Pero, pensó, algún día tendría que comprarse un gato para él, exclusivamente. No podía costarle demasiado alimentarlo y sería la primera extravagancia que se permitiría, siempre y cuando su situación se aliviara un poco.

Nunca supo, nunca sospechó que acababa de ser juzgado y encontrado amable; de que acababa de liberarse de una experiencia que lo habría llevado pronto a la muerte.

Capítulo XII

Doc Staunton había pasado la mañana haciendo voluminosas anotaciones sobre los dos suicidios y sobre los fenómenos que los habían acompañado en tiempo y lugar. (Por lo menos en eso, otras conexiones eran difíciles de conseguir por el momento). Pero quería más que simples anotaciones. Mientras las declaraciones de los interrogatorios y de las conversaciones, especialmente las de la granja de Gross, estuvieran frescas en su mente, quería ponerlas en papel, lo más fielmente posible.

Pero anotar todo iba a ser, se dio cuenta, un trabajo endemoniado, especialmente porque no tenía una secretaria y él siempre había sido un dactilógrafo mediocre. Ocupó media hora escribiendo a máquina y redactó solamente tres páginas que daban una detallada descripción de la muerte del perro y sólo anotaban el principio del testimonio de Charlotte Garner, cuando empezó a cometer errores caligráficos. Le iba a ocupar por lo menos entre treinta y cincuenta páginas, se dio cuenta, el anotar todos los sucesos detalladamente, agregar sus deducciones, los procesos mentales que lo obligaban a rechazar el asunto como una serie de fenómenos naturales. Dentro de esto cabía el aparente suicidio del perro y de los otros animales, la desaparición de la sopa y de la carne de la cocina de los Gross, todo lo cual no podía ser pura coincidencia ni suceso aislado que no tuviera nada que ver con las muertes humanas. Era casi tan desastroso y pesado como escribir un libro entero a mano.

Pero tenía que escribirse de algún modo, ahora que estaba fresco en su memoria. Pensó ir a Green Bay para contratar a una secretaria o para comprar un magnetofón. Pero odiaba estos últimos, especialmente porque le gustaba hacer algunas pausas mientras dictaba. Y, en cualquier caso, tendría que contratar a alguien para que transcribiera las cintas. Era preferible contratar una dactilógrafa que pudiera coger sus palabras taquigráficamente y luego pasarlas a máquina.

Probablemente tendría que buscarla en Green Bay, pero intentaría primero en Bartlesville.

El editor del Clarín, el semanario de Bartlesville, sería su mejor ayudante en este asunto. Y Doc lo conocía porque hasta ese momento ya había jugado cuatro veces al póker con él. Sí, Ed Hollis sería la mejor persona para averiguar. Quizás conocía a alguien en Wilcox, que era un poco mayor que Bartlesville y estaba a menor distancia que Green Bay.

Hollis estaba golpeando una vieja Underwood cuando Doc irrumpió en su oficina. Dijo:

- Un momento, Doc - y terminó una frase antes de levantar la vista -. ¿Qué sucede? ¿Van a jugar esta noche? Hans acaba de llamarme para decirme que habrá un juego y no hay manera de ponerse en comunicación contigo. Felizmente apareciste por aquí y podrás apoderarte de algo más de nuestro dinero.

- Trataré de hacerlo, Ed. Pero quiero pedirte algo. ¿Conoces en este pueblo a alguien que sea rápido para escribir a máquina?

- Seguro. La señorita Talley. Amanda Talley.

- ¿Está trabajando? ¿Podría trabajar para mí en las tardes?

- Actualmente no trabaja, salvo en cuestiones ocasionales. Es profesora de inglés en la enseñanza media. En el verano - a excepción de unas cortas vacaciones que ya tomó este año - permanece en la ciudad y hace cualquiera de estos trabajos que se le presentan. También trabaja en bibliotecas. Cuando un comerciante de aquí trae libros de afuera, ella se los hace llegar a las manos. Cosas de esas.

- ¿Es rápida en la taquigrafía?

- Lo es - dijo Ed -. He utilizado sus servicios una vez o dos cuando he estado demasiado ocupado. Acostumbraba a enseñar taquigrafía, dactilografía y teneduría de libros antes de tomar las clases de inglés en ese colegio. Eso fue hace bastante tiempo, pero conserva la práctica. Estuvo tratando de obtener permiso del condado para enseñar asuntos comerciales en el colegio de aquí, pero no lo ha conseguido todavía. Yo mismo he apelado al asunto y hasta he escrito editoriales alusivos. ¿Por qué hacer que los muchachos de aquí tengan que ir a Green Bay o a Milwaukee después de la enseñanza media y tengan que pagar un curso comercial especial cuando aquí se los podemos dar gratis? Sería mucho mejor esto que otra serie de medidas que están en estudio.

- Parece perfecto - dijo Doc -. Si enseña inglés, probablemente hasta podrá deletrearlo. ¿Sabes si está libre a estas horas?

- Puedo averiguarlo. - Ed Hollis tomó el teléfono, pero se detuvo antes de marcar -. ¿Cuánto trabajo le darás? ¿Una hora a la semana o algo más?

Doc dijo:

- Creo que unas cuatro o cinco horas de dictado. Eso significa un día o dos para pasarlo a máquina.

Hollis comprendió y marcó el número.

- ¿La señorita Talley? - preguntó -. Un amigo mío está aquí y la necesita para uno o dos días de escritura a máquina y dictado. ¿Puede usted hacerlo? De acuerdo. Un segundo, por favor.

Puso la mano en el fono y miró a Doc.

- Dice que puede empezar cuando quieras. Pero ya es bastante tarde. ¿Le digo que te puedes encontrar con ella alrededor de la una de la tarde? Puedo decirte lo que tendrías que llevarle: solamente unos cuantos blocs.

Hollis habló por teléfono de nuevo.

- De acuerdo, señorita Talley. Se pueden encontrar a la una en algún lugar. Se llama Doc Staunton... Okay. Adiós.

Volvió a mirar a Doc.

- Me dijo que te dijera sus honorarios - gruñó - Creo que piensa que te espantarás. Diez dólares al día. O dólar y medio por hora de trabajo en asuntos cortos.

- Me parece razonable. ¿Quieres comer conmigo para ayudarme a pasar el tiempo hasta entonces?

- Ojalá pudiera, pero tengo trabajo para una hora más y más tarde tendré que salir fuera. Mejor que lo termine primero y después un momento a casa. Me acaba de telefonear un amigo para que comamos juntos.

Le dio a Doc la dirección de la señorita Talley y lo acompañó en seguida hasta la puerta. Finalmente le indicó cómo reunirse con ella.

Cuando Doc llegó a la una al lugar, descubrió que se trataba de una casa muy agradable, acogedora y pequeña. Al lado había un Volkswagen aparcado al borde de la carretera.

La señorita Talley, cuando abrió la puerta en respuesta a los golpes de Doc, demostró ser no tan pequeña como su casa, por lo menos en sentido vertical. Era casi una cabeza más alta que Doc, aunque tan delgada que debían pesar lo mismo. Podía estar tranquilamente entre los cincuenta y cinco y los sesenta y cinco, y, probablemente, supuso Doc, estaba exactamente entre las dos edades. Usaba unos anteojos con marco de acero y vestía impecable y conservadoramente de gris, lo cual destacaba su cabello que usaba en un moño apretado en la nuca.

Si se le agregara un sombrero y un paraguas pensó Doc, sería la imagen exacta del personaje detective de las novelas de Stuart Palmer, Hildegarde Withers. Pero parecía competente y, después de todo, no esperaba encontrarse con una niña para ir a una fiesta.

- ¿El doctor Staunton? - Y cuando él asintió, retrocedió un poco -. ¿Quiere pasar?

Doc dijo:

- Gracias, señorita Talley - y entró.

- Si quiere sentarse, doctor. Voy a buscar mi cuaderno para tomar nota y...

- Uh... señorita Talley. Creo que puedo dictar aquí, pero creo que me distraeré y podría hacerlo mucho mejor en mi propia casa. Está a unas ocho millas del pueblo, la última casa en la que llaman la carretera de Bascombe. Si usted cree posible trabajar allí... para tomar el dictado, por supuesto. Perfectamente podría hacer la parte mecánica aquí después. El único problema es que allá vivo solo y... - se ruborizó.

La señorita Talley sonrió imperceptiblemente.

- Estamos solos también aquí, doctor, así que eso no importa. Le aseguro que no tengo la menor necesidad de un guardaespaldas. Yo misma lo soy en fiestas y otras reuniones sociales. Por supuesto, el tiempo que empleemos en el viaje...

- Naturalmente - dijo Doc -. Contaremos el tiempo desde ahora, desde la una de la tarde. Si lleva sus cuadernos y lápices...

Afuera, la señorita Talley insistió en que quería tomar su propio coche, el Volkswagen, y seguir tras él en lugar de acompañarlo. Tomó como una mentira de cortesía (y lo era) la afirmación del doctor de que de todas maneras tenía que volver a la ciudad más tarde, así que no tendría ningún inconveniente en traerla de vuelta. Pero finalmente logró convencerla. Se fueron juntos en la camioneta.

Los callados, desconfiados gatos. Maravillosos huéspedes, con su andar rápido y silenciosamente suave, con su oído agudísimo... Capaces de ir donde quisieran y sin levantar la más mínima sospecha.

Mediante varios - uno cada vez, por supuesto -, la cosa mental había visitado todas las granjas entre la de Gross y el pueblo, a excepción de dos que tenían perros muy agresivos que giraban en torno al patio; uno de ellos había matado a uno de sus huéspedes.

Pero parecía no tener importancia que hubiera dejado sin visitar dos de las granjas: no aprendió nada importante en las otras. Después, había empezado a hacer un reconocimiento del pueblo partiendo de la persona que parecía ser el mejor huésped virtual, como que era técnico en electrónica, el reparador de televisores. Pero se había desilusionado del posible huésped aunque no fuera por más razones que por sus problemas económicos.

El gran gato negro que había compartido el almuerzo de Willie Chandler y después lo había abandonado, había ocupado el resto de la tarde explorando el resto de la ciudad y escuchando conversaciones aquí y allá sin aprender nada demasiado valioso; ocupó el anochecer de un modo similar hasta que recordó al hombrecillo Staunton que había conocido en la granja de los Gross y que tanto se había interesado en el suicidio del antiguo propietario. Decidió emplear el resto de tiempo en la ciudad en averiguar dónde podría encontrar al científico ése llamado Staunton.

Debería vivir, dedujo, más lejos del pueblo que los Gross, y en la misma carretera. En el cuerpo de una golondrina, la cosa mental había volado hasta la carretera para tratar de encontrar a Staunton y había visto dos automóviles en dirección opuesta, los dos demasiado lejanos como para alcanzarlos o perseguirlos. Como era mucho más probable que el «sheriff» fuera el que volvía a Bartlesville o hacia su oficina de Wilcox en la misma dirección, Staunton debía ser el que partió en la opuesta, hacia las afueras de la ciudad.

Había solamente quince o dieciséis otras granjas en esa dirección de la carretera antes de que terminara, y decidió investigarlas en la mañana antes de terminar su averiguación en el pueblo.

Salió corriendo dentro del gran gato negro hacia fuera de la ciudad, pero cuando apenas llevaba una milla recorrida, el gato cayó; notó que estaba agotado y que lo había hecho correr demasiado. No sólo estaba en un estado de total agotamiento, sino que también sus patas estaban sangrando, dejando un rastro apreciable. La cosa mental se dio cuenta que ni con un descanso de toda la noche podría tenerlo en condiciones por otro día. Forzó al gato a levantarse, a abandonar la calle y a correr por el campo hasta que cayó muerto de cansancio apenas una milla más allá.

Muy temprano, al día siguiente, consiguió otro huésped, un pequeño gato gris que vivía con varios gatos en la tercera granja hacia el este de la de Gross, hacia el final del camino. Examinó primero sus recuerdos; felizmente era un gato que se había dedicado a explorar por su cuenta. Por sus imágenes mentales de los vecinos pudo descartar inmediatamente a cinco de ellos además de la misma granja en la que el gato vivía: en todos esos lugares no vivía Staunton. Estas granjas eran las que estaban entre la propia del gato y la de los Gross, así que de este modo podía partir inmediatamente hacia el este y saltarse las tres granjas siguientes.

Desde allí en adelante, examinó cuidadosamente cada granja, permaneciendo siempre lo más cerca de la carretera que le era posible por si Staunton se iba a la ciudad y se le pasaba.

Esto fue exactamente lo que sucedió justo después de las once, cuando caminaba entre dos granjas por el campo, pero muy cerca del borde de la carretera. Escuchó un ruidoso coche que venía del este y se apresuró en salir a descubierto a tiempo para ver una vieja camioneta que iba en dirección al pueblo. Staunton la estaba conduciendo.

En la próxima granja el gato gris estuvo encaramado sobre una pequeña piedra durante casi una hora, asustado de un perro que le ladraba furiosamente, hasta que una mujer de la

casa, molesta por los ladridos, salió y llamó al perro. Entonces, la cosa mental, relacionando varios asuntos, entre ellos los recuerdos de Tommy Hoffman, estuvo segura que Staunton había salido de la otra casa. Staunton, por su aspecto, por su modo de hablar en el momento en que había estado en casa de Gross, ciertamente no era un granjero, y sólo la última casa no tenía trabajado el terreno. Alguien del este, Tommy lo sabía vagamente, la había comprado y venía a vivir en ella uno o dos meses al año, utilizándola como base para salir de pesca y para una relativa reclusión. Casi con seguridad Staunton viviría allí.

Inspeccionó superficialmente las dos granjas siguientes y llegó hasta la última casa.

Sí, había huellas recientes de neumáticos en el camino, en el lugar donde, aparentemente, guardaba el coche, ya que no había garaje. Había también otras huellas que indicaban una reciente presencia. ¿Pero se habría marchado Staunton definitivamente?

Felizmente, parecía no haber ningún perro en las cercanías. El gato pudo examinar la casa sin apuro y detenidamente. Había varias ventanas clausuradas a nivel del suelo, y a través de ellas era posible escuchar el rumor de un generador a gasolina y el zumbido de un motor eléctrico. Esto quería decir que Staunton no se había ido definitivamente. Volvería. Pero ¿estaba viviendo ahora aquí solo o había dejado a alguien más en la casa?

El gato dio una vuelta completa a la casa para ver si había alguna entrada. No había nada. Varias de las ventanas del primer piso estaban abiertas, pero solamente una o dos pulgadas. Sólo en el segundo piso había una abierta, y lo suficiente.

La cosa mental se dio cuenta que debía esperar que Staunton regresara para continuar investigando. Pero esto no sería sino hasta mucho más tarde. Tenía tiempo para mirar los alrededores. Manteniéndose fuera de vista la mayor parte del tiempo, por si había alguien en la casa, hizo varios circuitos. La única construcción además de la casa era pequeña, de madera, algo que probablemente habría servido como galpón para herramientas, pero la puerta estaba destruida y no había nada dentro. Había signos de lo que habían sido los cimientos de un corral, pero hacía tiempo que el corral no existía; quizás se había quemado o había sido destruido voluntariamente.

Se acercó de nuevo a la casa, esta vez deteniéndose frente a cada ventana para escuchar si había ruido de voces o de movimientos adentro. No escuchó nada.

Caminó en dirección al lugar en donde el pasto acababa y empezaban los arbustos, se acostó detrás de uno y esperó. Dejó que su huésped durmiera. No había ninguna razón para llevar a un huésped más allá de sus posibilidades (tal era lo que aprendió en la tarde con el gran gato negro). Así, no necesitaba de uno nuevo para cada operación. Sabía que se levantaría apenas escuchara el ruido de algún automóvil acercándose.

La espera no fue tan larga como suponía. Había dormido solamente media hora cuando su fino sentido perceptivo le avisó, por intermedio de las orejas del gato, que un coche estaba entrando al patio. Abrió los ojos de su huésped y se movilizó para observar entre los arbustos.

Era la camioneta de Staunton. Él venía conduciendo. Pero una mujer iba con él. Una mujer de edad, alta, delgada.

La cosa mental la reconoció. Tommy la tenía en la memoria y los recuerdos de Tommy eran ya los suyos. Era la señorita Talley que había sido profesora de inglés de Tommy en la enseñanza media. (La vieja alta solían llamarla los alumnos entre ellos). ¿Era amiga de Staunton? ¿Acaso también él era profesor? Entonces notó que ella llevaba varios cuadernos para tomar notas y recordó que solía completar las clases trabajando como taquígrafa fuera de las horas de colegio o durante las vacaciones. Quizás ésa era la razón por la cual

Staunton la había traído. Esto era bueno: si iba a dictarle cartas, la cosa mental podría aprender mucho sobre Staunton si las escuchaba.

En el momento en que iban a entrar en la casa, corrió a través del patio, muy cerca, de tal modo que no lo pudieran ver en ningún caso desde adentro. Se detuvo cuidadosamente delante de cada ventana para averiguar a qué habitación habían entrado. Los escuchaba - podía escuchar las voces pero no las palabra - desde una ventana de atrás, probablemente la de la cocina. Se agazapó para saltar hasta el borde exterior de la ventana, tal como lo había hecho en otras casas. Desde ahí podría escuchar todo lo que dijeran. Y, si lo vieran no sospecharían nada; lo sabía por experiencia. Posiblemente, si eran personas a las que les gustaran los gatos, quizás incluso abrieran la ventana Y lo invitaran a pasar dentro, tal como Willie Chandler había hecho. Eso sería mejor todavía.

Ensayó el salto y notó, desesperadamente, que le faltaron casi ocho pulgadas para alcanzar la ventana. El condenado gato era demasiado pequeño. Cualquiera de los otros gatos que antes habían sido sus huéspedes la habría alcanzado. Fácilmente. Por un instante pensó librarse de su actual huésped lo más rápido posible, pero quizás no había ningún otro en varias millas a la redonda. Quizás estaría demasiado lejos entonces como para volver antes que Staunton hubiera terminado el dictado. Debía guardar eso como una última y desesperada posibilidad si todo lo demás fallaba.

Rápidamente volvió hasta la puerta de atrás, que también se abría hacia la cocina, y puso su oreja gatuna contra ella; la puerta era demasiado gruesa; nuevamente sólo podía escuchar las voces pero no las palabras.

Dar vueltas a la casa. Todavía la única ventana abierta en el segundo piso era la misma. Un poco más de dos pulgadas. Pero ahora vio algo que antes no había visto. Había un árbol, un olmo a ese lado de la casa y una de sus ramas se inclinaba hasta muy cerca de la ventana abierta. La punta de la rama quedaba a unos cuatro pies más arriba, Las ramas se movían bastante, pero, posiblemente, el peso del gato la doblaría hasta un sitio desde el cual podría saltar hasta el borde de la ventana.

Con rapidez, el gato subió al árbol y se abrió camino hacia la rama que le interesaba. Sí, cuando estaba cerca del final, la rama se dobló. Saltar desde la punta no sería muy difícil. Pero primero miró dentro del dormitorio, se aseguró que la puerta estuviera abierta. No le habría servido de nada saltar en la habitación para encontrarse bloqueado adentro por una puerta cerrada.

Saltó. Después, desde el borde de la ventana volvió a mirar la rama y descubrió lo que sospechaba: la rama ya no le serviría de salida. Se había vuelto a su posición primitiva, que quedaba demasiado alta como para que pudiera saltar desde allí hasta ella. Pero seguramente encontraría otros medios: Staunton no iba a mantener siempre todas las ventanas cerradas.

Corrió por un pasillo y bajó por la escalera. Abajo, se deslizó furtivamente desde donde quedó hasta la puerta de la cocina. Se detuvo poco antes de la puerta en un recodo del pasaje: era un lugar perfecto para espiar, escuchaba perfectamente.

Había un sonido de refrigerador. Sin duda tenía la puerta abierta; ahora sí que podía escuchar lo que conversaban.

Capítulo XIII

- ¿Está segura de que no quiere tomarse una cerveza? - preguntó Doc -. Dictar es un trabajo seco y tomar nota debe serlo más todavía.

La señorita Talley sonrió discretamente. Fue la primera vez que Doc la vio hacer algo parecido.

- Si insiste, doctor. Pero debe prometerme mantener el secreto. En pueblos tan pequeños como éste los profesores, sencillamente, no pueden ni fumar ni beber.

- Guardaré el secreto - dijo Doc por sobre el hombro, mientras sacaba otra cerveza del refrigerador. - Me gustaría que usted también fumara, pero qué le vamos a hacer, solamente puedo ofrecerle pipas. Uh... ¿no le molestará que fume mientras le voy dictando, verdad?,

- De ningún modo, Casi me gusta sentir el olor a humo de pipa, a menos que fumen en cuartos muy pequeños. Y usted tiene una cocina magnífica y muy amplia.

- Me gusta estar aquí. Me gusta; casi vivo aquí mismo. Excepto cuando estoy en el pueblo o afuera, de pesca. - Volvió con dos vasos de cerveza, le puso uno al frente a la señorita Talley y el otro lo dejó para él. Se sentó -. Puede dejar tranquilo su lápiz, señorita Talley. Soy demasiado flojo para empezar dictando inmediatamente. A menos que prefiera que le dicte y no que conversemos. A veces pienso que mis alumnos tendrían más ganas de conversar conmigo que de que les hiciera clases.

- ¿Sus alumnos? ¿Es usted profesor también, doctor?

- Sí, señorita Talley, de física. En el M.I.T. Especializado en electrónica y, en grado menor, en física nuclear.

La señorita Talley había dejado el lápiz; se quedó mirándolo fijamente.

- ¿Staunton... el doctor Ralph S. Staunton? Por supuesto. Y ha trabajado en todos esos proyectiles de satélites.

Doc sonrió.

- No del todo. Pero estoy realmente halagado, ¿Cómo supo de mí, señorita Talley? ¿Le interesa la ciencia?

- Por supuesto que sí. ¿A quién no? Especialmente cuando se trata de llegar a la Luna o a otros planetas. He sido por muchos años lectora aficionada a la ciencia ficción.

- ¿Usted, señorita Talley?

- Por supuesto, ¿Por qué no?

¿Por qué no, en realidad?, pensó Doc, sintiéndose un estúpido. Difícilmente podía decirle que le había parecido la última persona adecuada para leer ciencia ficción, así que decidió tratar el «¿por qué no?» como una pregunta retórica. Dijo:

- En cambio yo hago mi lectura de evasión por medio de literatura de misterio o novelas policíacas. Conozco algunos científicos que hacen ciencia ficción o que la leen y gozan, pero cuando estoy descansando quiero estar lo más lejos posible de la ciencia.

- Le comprendo perfectamente - dijo la señorita Talley -. ¿Me va a dictar ahora asuntos científicos o correspondencia particular?

- Ninguna de las dos cosas. Creo que será difícil que le explique lo que estoy haciendo. Pero por aquí cerca están sucediendo asuntos muy extraños. Estoy... bien... investigando un poco y quiero poner por escrito lo que he deducido para tener siempre presentes los datos que he reunido Y no los pueda olvidar sin más ni más.

La señorita Talley se quedó mirándolo.

- ¿Quiere decir sobre los suicidios?

- Sí, ¿me quiere decir que a usted también le han parecido raros? Pensaba que todos en el pueblo y en los alrededores, desde el «sheriff» para abajo los consideraban algo perfectamente normal.

- No totalmente, doctor. A propósito, ya sé donde lo he visto antes: en el juicio sobre el caso de Tommy Hoffman. Usted debía estar atrás al salir, pues pasé a su lado

Doc llenaba su pipa y empezó a prensar el tabaco.

- Estaba allí. A usted no la vi, de eso estoy seguro. Debe haber sido porque estaba atento a los movimientos del señor Garner y traté de toparlo al salir. No pude conversar con él pero sí conversé con el «sheriff».

- ¿Quiere decir que tiene otras informaciones conectadas con...? Oh, no se preocupe, doctor. Si es algo relacionado con el suicidio de Tommy, lo sabré cuando usted me dicte esa parte. No tiene para qué repetir las cosas dos veces.

Doc esperó hasta terminar de encender la pipa antes de contestar.

- Eso parece razonable, señorita Talley. Pero usted parece estar interesada también en el asunto, así que quiero saber lo que usted sabe antes de dictar lo demás. Sí tiene algún dato importante que yo no pueda saber, es mejor que me lo diga antes de que empiece a dictarle. Así podré agregarlo convenientemente a lo que ya sé. Ahora bien, sobre Tommy Hoffman, ¿sabe algo que no haya sido dicho en el interrogatorio?

- No exactamente hechos, pero conocía a Tommy y también a Charlotte. Les enseñé a los dos el primer inglés y luego los tuve de alumnos en el primer grado de literatura el año pasado. Sé perfectamente que entonces era Tommy un niño tan sano como siempre. No demasiado inteligente ni demasiado estudioso, pero sano, normal y sin complicaciones. Físicamente era también perfectamente normal. Le dije al doctor Gruen - atendió durante su vida a Tommy - y me dijo que siempre Tommy había sido un niño perfectamente bien desarrollado. Algún resfriado y sarampión ha sido lo único que tuvo en su vida.

- Pero eso puede significar que el doctor había dejado de verle durante varios años.

- Podría, pero no fue así. Tommy tuvo un accidente la primavera pasada jugando al fútbol. No, no una lesión en la cabeza; se torció un tobillo. El doctor Gruen lo trató. Y nuestro colegio tiene un reglamento muy estricto, creo que muy bueno, que ordena que cuando un atleta queda herido en una competencia deportiva, antes de volver a formar parte del equipo debe someterse a un examen completo. El doctor Gruen me dijo que, cuando examinó a Tommy, hace unos dos meses o menos, estaba absolutamente bien físicamente y gozaba de excelente salud. Mens sana in corpore sano. Le puedo garantizar la parte mental; literal o figurativamente ignoraba completamente qué cosa fuera una neurosis.

- Quizás no fuera así aparentemente - dijo Doc -. ¿Pero no tendría, quizás, represiones sexuales? ¿Qué sabe de sus relaciones con Charlotte Garner?

- Una buena niña... y quiero decir exactamente eso. No soy victoriana ni mucho menos, doctor, a pesar de mi edad y de mi ocupación. Y hábil, más inteligente que Tommy, tan hábil como para no dejar traslucir nunca que era la más hábil de los dos.

- ¿Imaginativa?

- No demasiado, doctor. Si está pensando en la historia del ratón de campo, debo decirle que debió suceder tal como ella lo ha contado, sin que haya exagerado nada. Francamente admiro su coraje para haberlo dicho así en el interrogatorio, a pesar de que tanto el médico como el «sheriff» le habían dicho antes del interrogatorio que su historia no tenía importancia y no serviría de nada. No sé por qué no debiera ser importante, pero se trata de un episodio demasiado raro como para ser simplemente suprimido, sobre todo si ocurrió en conexión con un suicidio tan raro como el de Tommy.

- Estoy de acuerdo con usted, señorita Talley. ¿Nada más tiene que decirme? Fuera de lo que se dijo en la encuesta, por supuesto.

- Temo que no. Sé muy poco sobre el suicidio del señor Gross. Mencionó dos suicidios simplemente por la coincidencia de dos tan próximos en tiempo y lugar. Sobre todo teniendo en cuenta que por estos pueblos no había ninguno desde hacía varios años y que, al parecer, no había otra relación entre ellos. Quiero decir que quizás Tommy conociera al señor Gross pero sólo de vista, y viceversa. De ningún modo se conocerían bien.

Doc sonrió y preparó la pipa para volver a encenderla.

- ¿Qué diría usted, señorita Talley, de seis suicidios, dos de hombres y cuatro de animales, empezando por aquel ratón de campo que, aparentemente, forzó a Tommy a suicidarse cuando lo atacó? ¿Qué me dice usted de la aparente relación de la muerte de un ratón y de un perro - el de los Hoffman - en relación con el suicidio de Tommy Hoffman? ¿Y de los aparentes suicidios de una lechuza y de un gato en relación con el del señor Gross? Sin mencionar el misterio menor - ¿pero es menor? - de la desaparición del refrigerador de los Gross de un cuarto de sopa y de una lata de carne la misma noche en que Siegfried se mató.

Los ojos de la señorita Talley estaban abiertos inmensamente y su rostro inmensamente pálido de... ¿de qué? Doc estudió su expresión y decidió que era de excitación y no de miedo.

Dijo en voz muy baja:

- Doctor Staunton, si usted no está... si eso que dice es verdad es mejor que empiece a dictarme en seguida porque en caso contrario explotaré de curiosidad.

Tomó el lápiz y abrió el cuaderno para taquigrafía. Doc prendió la pipa de nuevo y empezó a pasearse y a dictar. No sin interrumpirse, por supuesto; muchas veces pasaban hasta minutos enteros entre frase y frase. Quería que todo quedara continuado y en orden. Con todos los detalles, fríamente exacto, sin ningún sensacionalismo ni exageración. Le costó hora y media, hasta poco antes de las tres, el hacer la descripción de las tres primeras muertes y del reportaje negativo del laboratorio de Green Bay sobre la posible rabia del perro.

Se sentó enfrente de la señorita Talley y golpeó la pipa que había encendido por lo menos una docena de veces y cargado otras dos mientras contaba su relato.

- Mejor que descansemos un momento antes que continuemos con el caso de Gross - dijo -. Debo haber caminado por lo menos unas dos millas y usted ya debe estar cometiendo errores.

La señorita Talley movió la cabeza.

- No los he cometido, pero supongo que querrá descansar. Estamos llegando ahora a la parte desconocida para mí. Sabía todo lo de Tommy hasta la parte de la muerte del perro. Casi todo lo relacionado con Gross será nuevo para mí.

- Déme diez minutos, señorita Talley. Y mientras tanto, ¿qué le parece otra cerveza?

La señorita Talley al principio se negó, pero al final se dejó servir otro vaso.

Después de beber uno o dos tragos, le preguntó:

- ¿Cuántas copias de este asunto quiere que le haga?

- Tres - dijo Doc -, una para mí y las otras dos las mandaré a unos amigos para que opinen. Uno de ellos es un gran investigador de biología: quiero preguntarle si hay alguna posibilidad de alguna extraña enfermedad mortal comunicable, desde animales a hombres y viceversa, una que pueda llevar a la locura de ambos. El otro amigo es un matemático excelente. Su especialidad es la lógica simbólica, pero sabe también mucho de matemática pura y ha resuelto más de un problema en esa otra especialidad. Quiero que me calcule exactamente las posibilidades de que estos sucesos estén relacionados entre sí o no lo estén.

Más tarde, seguramente hoy no, le dictaré una carta para cada uno que irá acompañando al documento.

- ¿Le importaría que hiciera una copia extra para mí, doctor?

- Ningún inconveniente, señorita Talley.

Ella sonrió.

- Maravilloso. Pensaba hacerme una copia de todas maneras, pero es mejor poder hacerla con permiso.

Doc rió. Estaba encontrando que la señorita Talley tenía una mentalidad muy amplia y una curiosidad muy estimulante, sobre todo después de su fracaso en convencer al «sheriff» de que su investigación no llegaba ni tan siquiera a la superficie de los hechos. Y admiraba su honestidad al admitir que se iba a hacer una copia para sí aunque fuera sin autorización. De hecho, la señorita Talley le estaba gustando.

Estaba pensando incluso en hacerle una proposición. Su oficina del departamento en la M.I.T. había sido aumentada para el próximo año incluiría, por primera vez, una secretaria de horario completo y un empleado de servicio. Si la podía conquistar para ese trabajo sería ideal. Le pagarían seguramente más de lo que ganaba aquí, donde, por lo demás, ya debía estar cansada de dar clases en un pequeño colegio de pueblo. Pero tendría que esperar un tiempo para estar seguro antes de decírselo. No había apuro.

Cuando terminaron la cerveza, Doc empezó a dictar y a pasearse de nuevo. Finalizó el asunto a las cuatro y media diciendo:

- Esto es todo, señorita Talley - y se hundió en la silla -. Déjeme descansar un momento y la llevaré luego a casa.

- ¿Quiere decir que esto es todo? ¿O esto es todo por hoy? Creí que iba a empezar a hacer deducciones a partir de los hechos.

- He cambiado de opinión - dijo Doc -. Por una razón: no estoy seguro todavía de mis deducciones como para ponerlas por escrito. Además, a causa del propósito que tengo al hacer esto, sería erróneo que extrajera conclusiones inmediatamente. Los dos amigos que he mencionado, tanto el matemático como el biólogo, deben tener solamente los hechos sin mis conclusiones para que verdaderamente sus conclusiones sean propias, sin mi influencia. Señorita Talley sólo tengo ideas silvestres al aspecto... y no puedo creer ninguna.

- Comprendo su punto de vista. ¿Pero le tomará demasiado tiempo ¿dictarme las cartas? ¿Por qué no salir hoy mismo de ellas de tal modo que cuando vuelva le traiga listos los documentos y las cartas? Así podrá enviar todo de una sola vez.

- Es razonable, pero temo no estar en condiciones de hacer más dictados por hoy. Cuando vaya a su casa a buscar los documentos le dictaré allá mismo las cartas. No serán muy largas y podrá copiarlas a máquina cuando revise lo que acabo de dictarle para ver si se le puede hacer alguna modificación. Y si usted me escribe también los sobres las podré despachar ese mismo día desde el pueblo. ¿Qué le parece?

- Muy bien. - La señorita Talley hojeó rápidamente su cuaderno para ver cuántas páginas había completado -. Creo que será para unos dos días completos de trabajo a máquina. Hoy es martes. Creo que puedo prometerle que estará listo todo para el jueves por la tarde. Todo depende de si trabajo en las tardes.

- ¿Trabaja habitualmente por las tardes?

- Ordinariamente no. Pero esto no es un trabajo y no quiero que me pague nada por él. Por lo tanto es distinto. Doctor, tener la oportunidad de hacer algo como esto es la cosa más fascinante y de interés que nunca me ha tocado hacer. No necesito el dinero. Así que si

usted insiste en pagarme perderá lo que ha hecho esta tarde: sacaré una copia para mí de estas notas y usted tendrá que contratar a otra persona para las suyas.

Doc se sometió. Se dio cuenta que ella quería decir lo que decía y que no tenía sentido discutirle. Su único recurso sería enviarle un regalo desde Boston cuando hubiera vuelto para que no pudiera protestar ni rechazarlo. A menos que, por supuesto, ella quisiera aceptar el trabajo de secretaria que pensaba ofrecerle; en ese caso se las arreglaría de otra manera para agradecerle el trabajo.

- Muy bien, señorita Talley. Pero esto la convierte en mi socia en el asunto y voy a pedirle entonces que haga más por mí.

- Encantada. ¿Qué proyectos tiene?

- Deberá mantener su oído muy atento en la ciudad. Habitualmente voy allá una vez al día, por lo menos desde que me interesé en el asunto de Hoffman, así que si sucede algo importante quiero saberlo sin mucho retraso como me sucedió con el caso de Gross. Pero, sin pensar en otro suicidio, puede suceder algo que sea interesante y que no esté a mi alcance normal saberlo, algo no necesariamente espectacular en sí mismo, pero que por alguna razón cualquiera pueda tener algo que ver con que estoy... quiero decir, estamos investigando. Ahora usted sabe tanto como yo del asunto, así que su opinión será tan buena como la mía en cuanto se refiera a algo digno de tomarse en cuenta.

- Estoy verdaderamente feliz de que las cosas marchen así. Pero, ¿cómo me pongo en contacto con usted si sé de algo? ¿Usted no tiene teléfono a pesar de la distancia?

- No, no tengo. Y ahora lo siento, por primera vez. Pero el lugar del pueblo donde invariablemente me podrá encontrar es el correo. Allí voy todas las mañanas a buscar mis cartas. Si me deja algún mensaje con el cartero para que la llame, estoy seguro que nos pondremos de acuerdo. Bien, ya estamos de acuerdo: la veré el jueves por la tarde en su casa. Ya estoy descansado. ¿Está usted lista para partir?

Puso el lápiz y cuaderno en su maleta y salieron por la puerta principal. Se dirigieron a la camioneta. Doc puso el motor en movimiento y empezó a acelerar el coche; estaba a punto de partir cuando la señorita Talley le dijo:

- Oh, le iba a decir que me presentara su gato, pero me olvidé. No importa.

Doc mantuvo el pie en el acelerador y se volvió hacia ella.

- ¿Gato? - dijo -. Señorita Talley, no tengo ningún gato. ¿Quiere decir que vio uno en la casa?

- Yo... sí, creo que lo vi. Estaba segura, pero...

Doc puso los cambios en neutro y paró el motor.

- Debe ser algún gato que vino de por ahí - dijo - Si no le importa, miraré un poco. Mejor será que lo haga salir para que pueda volver a su casa, si es que tiene casa.

Bajó del coche y partió de vuelta a la casa, cerrando la puerta tras él. Hizo un rápido recorrido del primer piso sin encontrar rastro de gatos. Ni tampoco encontró alguna ventana abierta por donde el gato pudiera haber entrado. Había varias ventanas entreabiertas, pero todas dejaban un hueco apenas de una o dos pulgadas que sólo permitiría el paso de un gato muy pequeño. Además, un gatito no podría saltar hasta los bordes de esas ventanas. Las persianas estaban cerradas y lo habían estado durante todo el día. Subió al segundo piso. De nuevo ningún gato a la vista, aunque no buscó bajo las camas ni detrás de los posibles escondites. La única ventana abierta del segundo piso estaba en su dormitorio.

Fue hasta la ventana y consideró pensativamente una rama de un árbol que quedaba bastante cerca del borde la ventana. Se inclinó y cogió la punta de la rama: se doblaba fácilmente. Sí, hasta un gato pequeño podía doblar la rama con su peso y quedar en

posición adecuada para saltar hasta el borde de la ventana. Pero de ningún modo podría volver a saltar por ahí mismo. Ni tampoco, observó, saltando directamente al suelo. Quizá si desde esa altura se podría saltar sobre pasto blando, pero la tierra de abajo era muy dura y con piedras. Un gato que saltara sobre eso si no quedaba muerto por lo menos quedaría seriamente herido y no podría seguir andando.

Pero, se le ocurrió repentinamente, si hay un gato en casa es porque se quiere matar; el gato de Gross parecía haber querido matarse, y los otros animales...

Cerró la ventana, bajó al primer piso y dejó la casa. Si aún había un gato dentro de la casa todavía estaría dentro cuando volviera. Entonces se ocuparía de él.

Volvió al coche, lo hizo partir y salió a la carretera.

- No vi ningún gato, señorita Talley - dijo -. ¿Está segura de haber visto alguno? ¿Y cuándo y dónde?

- En ese momento estaba segura, pero ahora supongo que pudo ser una ilusión óptica. Fue mientras me estaba dictando; o más bien, en una pausa entre dos frases. Levanté la vista y vi, o creí ver, la cabeza de un gato observándonos desde el corredor que va desde la cocina a la escalera. No dije nada y no lo llamé porque no quería cortarle la hilación de las ideas. Entonces usted empezó a dictarme de nuevo y, cuando volví a mirar, había desaparecido.

Se detuvo un momento.

- Ahora que lo vuelvo a pensar, estoy casi segura de habérmelo imaginado. Fue una mirada rapidísima y momentánea antes de volver a fijarme en mi cuaderno y en lo que usted ya me estaba dictando. Es muy fácil imaginar cosas en esas circunstancias.

- Supongo que sí - dijo Doc, y su voz sonó más natural de lo que creyó posible -. Bien, si encuentro un gato por ahí, se lo haré saber.

Por un tiempo viajaron en silencio y, entonces, la señorita Talley dijo:

- Doctor, ¿cree verdaderamente que pueda existir una enfermedad, una plaga mortal y contagiosa, que pueda pasar de hombres a animales y viceversa y hacer que sus víctimas se transformen en locos suicidas?

- Admito no haber sabido nunca de algo semejante y, por lo tanto, que se trata de algo muy raro.

- Muy raro... pero muy conocido también porque es tan rara. Si se la conociera públicamente y bien. Uno de nosotros, por lo menos, tendría que haber oído hablar de ella, o haber leído algo de ella en alguna parte, alguna vez.

- Creo que lo que usted dice es muy razonable. Pero, señorita Talley, además de esta explicación, de esta posibilidad, ¿se le ocurre a usted otra?

- Ciertamente que puedo. ¿No se acuerda usted de los cerdos endemoniados, doctor?

Capítulo XIV

- Los cerdos endemoniados... - dijo Doc divertido -. Me suena familiar, pero creo que no los puedo localizar exactamente.

- En la Biblia - dijo la señorita Talley -. En el Evangelio de San Lucas, creo. Cristo se acercó a unos hombres que estaban poseídos por demonios y les ordenó a éstos que les abandonaran. Por ahí cerca andaba una manada de cerdos. Veamos, creo que sé de memoria los versículos centrales: «Entonces salieron de los hombres los demonios y entraron en los

cerdos; y la manada huyó precipitadamente hacia un abismo junto a un lago y cayó en él, y se ahogaron».

Doc murmuró lentamente alguna cosa.

- Señorita Talley, no me diga que cree en posesiones demoníacas...

- Por supuesto que no. No creo ni siquiera en los demonios. Pero los poseídos...

- Poseídos... ¿Por qué? Señorita Talley, soy un materialista. Admito que los experimentos del Rhin me han desconcertado un poco y otros asuntos también, pero no niego dogmáticamente la posibilidad de talentos extraordinarios tales como la telepatía y la hipnosis a distancia. Por supuesto, ya sé que la sugestión hipnótica y posthipnótica son asuntos comprobados científicamente. Pero ni el más salvajemente entusiasta de las parapsicología jamás ha insinuado la posibilidad de que algo controle a una persona desde su interior.

- Una mente humana - dijo la señorita Talley, firmemente -. En el universo hay miles de planetas además de la Tierra, y algunos millones de ellos pueden estar habitados. ¿Cómo podemos saber qué posibilidades y limitaciones puede tener una mente no humana? ¿Cómo podemos calcular aquello de que es capaz una mente extraña, extraterrestre?

- Hummm - dijo Doc. Suponiendo momentáneamente que la señorita Talley podía estar bromeando se dio vuelta para mirarla directamente. Tenía los ojos muy excitados pero el resto de su rostro estaba en calma por completo.

Ella dijo:

- ¿Acaso no estamos precisamente nosotros trabajando ahora por enviar hombres al espacio y a otros planetas? ¿Qué le hace creer que seamos la raza mas adelantada del universo? ¿Cómo puede saber usted si hay aquí en la Tierra un ser extraterrestre?

- Hummm - dijo Doc. - Supongo que no lo sé pero tampoco sé si no los hay. ¿Pero por qué un extraño y no muchos extraños?

- Porque solamente una persona o un animal, cada vez, ha sido poseído (no encuentro una palabra más apropiada). El ratón de campo, después Tommy cuando el ratón estuvo muerto, después el perro (y ya había muerto Tommy), a continuación la lechuza cuando el perro estaba muerto y el gato... ya ve lo que quiero decir, doctor. Nunca han sido dos a la vez las muertes. Y de este modo, haciendo que sus huéspedes se suiciden, puede volver de nuevo a sí mismo para volver a coger otro huésped distinto.

Algo pareció saltar entre los huesos de Doc. Pero dijo:

- Verdaderamente usted tiene mucha imaginación señorita Talley. Posiblemente tendré que leer ciencia ficción en vez de novelas de misterio.

- Posiblemente usted debería hacerlo. Pero con lo que está sucediendo ya no tiene, creo, necesidad de estimularse la imaginación. Si hay un gato en su casa, quizá sea un huésped que se está encargando de espiarnos. Debe averiguar bien qué es ese gato.

Doc lanzó una sonora carcajada.

- Y después matar al gato para que el extraterrestre se apodere de mí, ¿eh? Si eso sucede, se lo haré saber, señorita Talley.

Pero, después de dejar a la señorita Talley en su casa, su expresión cambio bastante, se puso pensativo y un tanto molesto. Volvía a casa. Era ridículo, por supuesto, ¿pero si...?

Entró cuidadosamente, asegurándose que nada salía ni se le filtraba hacia afuera. Fuera de lo habitual no escuchó ni vio nada.

Se deslizó hacía el lado interior de la puerta, llenó la pipa y la encendió.

Fue al salón y se sentó en su silla favorita, un sillón grande de cuero. Dando la espalda a la ventana más grande con una lámpara a su lado que le aseguraba muy buena luz para leer

tanto de día como de noche. Una novela de bolsillo, de misterio, estaba apoyada en el sillón, pero no la cogió.

¿Tenía que hacer un reconocimiento de la casa? Sería un trabajo pesado y aburrido el mirar por todas partes por si encontraba el escondite del gato. Y, además, en el primer piso, un gato inteligente podía permanecer oculto de modo indefinido, simplemente pasando de una habitación a otra sin ser visto, pues entre las habitaciones de este piso no había ninguna puerta que interrumpiera el paso. En este momento podía, perfectamente, estar sentado en la cocina. Y si lo sentía moverse en esa dirección, podía venirse hasta el salón por el corredor o por la puerta volante de la cocina, si él partía a buscarlo por el corredor. Podía moverse con más silencio que él y podía escuchar los ruidos que se produjeran con mayor exactitud.

Esto, claro, si en realidad había un gato.

Y si así era, ¿por qué no podía tratarse de un gato perfectamente ordinario que estuviera en su casa por razones estrictamente gatunas? Bien... ciertamente no era muy normal que un gato se introdujera en una casa ajena, sin tener una razón poderosa, claro, porque haber dado ese salto tan raro desde una rama inclinada de un árbol hasta el borde de una ventana... Y otra cosa, ¿por qué se había mantenido escondido tan completamente durante todo el tiempo que él había estado dictando?

Su pipa se le había acabado y botó en un cenicero el resto del tabaco y empezó a considerar la posibilidad de hacerse algo para comer o, en caso contrario, de partir a la ciudad. No se sentía con ánimo para cocinarse nada.

Pero... ¿y el gato...?

Repentinamente se le ocurrió una manera práctica de averiguar si había un gato o no en la casa. Porque, claro, un gato normal no tenía por qué permanecer escondido todo el tiempo. Junto con algunos platos y recipientes, había en el refrigerador un poco de harina; la había usado alguna vez para prepararse pescados fritos. Fue a la cocina y puso un poco de harina en un plato. Después se dirigió a la escalera y esparció una fina, casi imperceptible, capa de harina por el suelo, sin lanzar la harina con la mano sino que golpeando suavemente con un dedo el borde del plato que mantenía inclinado. Repitió la operación en la escalera y en el umbral entre el comedor y la cocina.

Después, sin pasar por encima de la trampa para el gato, salió por la puerta de servicio y partió al pueblo.

Comió en el lugar donde sabía que lo serviría la muchacha más habladora de todo el pueblo. Trató de ponerle el tema, pero, al parecer, no había habido en sus alrededores ningún otro suicidio ni de personas ni de animales. Ni tampoco sabía de ninguna acción extraña o desacostumbrada. Lo más extraordinario que había sucedido en las últimas veinticuatro horas había sido un incendio en el almacén de Smalley. Pero la causa había sido verificada asunto vulgar y corriente: cortacircuito.

Ningún cerdo había volado, ningún perro había saltado hasta los alambres para cortarlos. Había preguntado específicamente sobre estas materias - no para provocar risas (cosa que sucedió por lo demás) - sino para provocar el recuerdo, por asociación mental, de algún animal que se comportara de modo poco natural.

Ya iba de vuelta hacia su coche cuando escuchó una voz que le gritaba:

- ¡Eh, Staunton! - Era el doctor Gruen que se acercó más para no tener que gritarle el resto de lo que quería decirle -. Estamos jugando al póker y nos hace falta un cuarto hombre. ¿Qué le parece?

- Muy bien - dijo Doc -, creo que podré sentarme allí una hora o dos. ¿Es en la taberna?

Gruen asintió.

- ¡Voy a buscar a Lem! Comenzaremos dentro de cinco minutos.

- Perfecto - dijo Doc -. Justo el tiempo que necesito para fortificarme en el bar. Lo veré cuando vuelva.

El tiempo suele ser asunto subjetivo: unos pocos minutos en la silla del dentista pueden resultar más largos que unas horas en una buena partida de póker. Doc jugó durante lo que pensó sería un tiempo prudente, pero, cuando miró la hora (y estaban en pleno juego por entonces) descubrió que era casi medianoche. Descubrió también que tenía hambre de nuevo. Pero los dos restaurantes de Bartlesville ya debían estar cerrados. Tendría que esperar a estar en casa para hacerse un par de emparedados.

Aparcó el coche en el jardín y había casi llegado a la puerta cuando recordó que, a menos que la señorita Talley hubiera sufrido una alucinación, había un gato en su casa.

Entró directo hasta la puerta de la cocina, fijándose bien que nada se le pasara hacia atrás. La luz de la luna era tan poderosa que resultaba imposible, al menos hasta ese lugar y ese momento, que nada más grande que un ratón se le hubiera escapado. No escuchó nada.

Encendió la luz de la cocina y miró en torno. Recordó la harina que había lanzado al suelo y volvió hasta el umbral de la puerta.

Había huellas de un gato en el suelo.

Entonces gritó:

- Muy bien, gato. Muéstrate ahora si quieres comer o beber alguna cosa. No pienso perseguirte pero no podrás salir de aquí mientras yo no te encuentre.

Fue al refrigerador y lo abrió. Sacó los ingredientes necesarios y se preparó un poderoso emparedado de jamón. Se sirvió una cerveza y se sentó.

Pensó profundamente mientras se comía el emparedado y lentamente se bebía la cerveza. Se daba cuenta de que no le gustaba nada lo que estaba pensando. Estaba asustado sin saber de qué tenía miedo. Sabía que no quería apagar las luces de la cocina ni ir a dormir arriba al dormitorio en la oscuridad. Aunque conocía tan bien la casa que nunca usaba la linterna para subir al segundo piso, esta vez la cogió del armario. La tenía en la mano y la encendió apenas apagó la luz de la cocina.

La mantenía alumbrándose delante mientras atravesaba el corredor caminando hacia la escalera. Se sentía un estúpido por hacer eso (¿cómo le iba a hacer daño un gato?) pero continuó del mismo modo, sin embargo.

No vio nada ni en el corredor ni en la escalera. En el dormitorio cerró la puerta antes de encender la luz y, después, utilizando como ayuda la linterna, empezó a buscar por toda la pieza cuidadosamente. Esta vez miró bajo la cama.

Estuviera donde estuviera, el gato no estaba dentro de su dormitorio. E inofensivo y ordinario como era, como tenía que ser, no iba a penetrar en el mientras dormía. Felizmente no era una noche muy calurosa y podía dormir perfectamente con la puerta y la ventana cerradas. No en el caso de la ventana, porque el gato no podía llegar hasta ella estuviera ahora donde estuviera, pero ¿qué sucedería, si, tal como el gato, otra cosa decidiera usar el mismo camino para entrar?

Por una extraña razón deseó haber traído consigo alguna de sus armas hasta el dormitorio.

Pero en realidad durmió, y durmió sonoramente.

Capítulo XV

La cosa mental se había aterrorizado cuando escuchó a ese hombre Staunton decir: «Muy bien, el gato...»

Su reacción fue así sobre todo, porque, además de saber ya que ése sería el mejor de todos los huéspedes que podía encontrar a mano, el hombre sospechaba algo que estaba muy cerca de la verdad y podía, por lo tanto, convertirse en algo muy peligroso. Antes solamente había experimentado desprecio por todas las inteligencias humanas con que se había topado.

Pero Staunton era el huésped perfecto: un gran sabio en electrónica, solvente y libre para viajar, soltero y sin responsabilidades especiales. Había escuchado con creciente asombro la conversación entre Staunton y la señorita Talley y todo cuanto Staunton le había dictado..

Y, aunque esto era otra cosa, estaba segura que el científico podía tener acceso a todos los ítems de equipo que necesitaría. Con Staunton como huésped estaría de vuelta en su planeta apenas dentro de unas cuantas semanas y sería considerado un héroe de su raza por haber descubierto un planeta definitivamente digno de ser colonizado.

¿Pero por qué tenía que cometer el error inicial de esconderse cuando la señorita Talley lo había divisado al levantar repentinamente la vista desde el cuaderno donde tomaba notas? Si solamente hubiera recordado - lo cual no pudo hacer por causa de la excitación que le producía cuanto escuchaba de labios de Staunton - que tenía que actuar como un gato ordinario... Una vez que lo hubieran descubierto, debiera haberse deslizado dentro de la cocina derecho hacia ellos. Si hubiera actuado amistosamente, quizás incluso lo habrían acariciado si se trataba de gente a quien le gustaban los gatos. Posiblemente le habrían dado un plato de leche para dejarlo ir luego, si hubiera maullado y rasguñado la puerta. En el peor de los casos, si eran personas a quienes no les gustaban los gatos, le habrían abierto la puerta y lo habrían pateado, quizá, para fuera. Y habría quedado libre todas esas horas para procurarle al gato una muerte sin compromisos y poder volver tranquilamente a su concha bajo la escalera de la granja de Gross.

Libre entonces para planear, habría escogido su próximo huésped el cual habría podido movilizar su concha desde la granja de Gross a la de Staunton y colocarla aquí, suficientemente cerca del lecho de Staunton como para tenerlo al alcance de su sentido perceptivo y poder de este modo apoderarse de él apenas se durmiera.

Esto era, ciertamente, lo que debiera haber hecho. Pero como la primera vez se escondió, creyó que lo mejor que podía hacer era permanecer escondido hasta que pudiera escapar por la primera ventana o puerta que quedara abierta. Pero Staunton - ¡al infierno por ser tan inteligente! - no había dejado nada abierto. Y ahora, debido a las huellas de gato que dejó en el piso, Staunton ya sabía con seguridad que él estaba aquí.

Qué otras cosas podía suponer si sospechaba bastante más de algo, porque si no ¿cómo explicarse la trampa de la harina en el suelo? Cuando quedó solo en la casa había caminado para explorar el sitio y no había notado que pisaba la fina película hasta que su sensible olfato le avisó que caminado sobre algo. Pero cuando miró al suelo ya era tarde. Se había quemado los sesos pensando qué podía hacer para borrar esas huellas o para esparcir harina nueva encima. Era sencillamente imposible contando con un cuerpo tan débil como el que ahora ocupaba. Tampoco servía limpiar el suelo: lo podría haber hecho, pero el problema de volver a esparcir harina seguía siendo insuperable. Podría haber llegado a abrir la puerta del armario donde estaba guardada la harina, pero, pequeño como era, y sin tener manos, era imposible que la utilizara de un modo semejante al humano. No había ninguna escapatoria.

Su verdadero terror había llegado cuando, al volver Staunton a casa, se le había dirigido como si no fuera un gato, del mismo modo que un ser inteligente le habla a otro. ¿Había deducido Staunton lógicamente o por casualidad que el gato encerrado en su casa no era un gato verdadero? Parecía increíble que hubiera podido inferirlo a partir de datos tan mínimos.

Pero podía ser. Staunton, debía recordarlo siempre, era un científico. El contacto de la cosa mental con las inteligencias humanas era hasta el momento muy restringido: conocía la mente de un niño que todavía no pasaba de la enseñanza media y la de un hombre estúpido, iliterato y viejo. Quizá había cosas en este mundo que Tommy y Gross ni siquiera sospechaban, pero que eran elementales para Staunton. Quizá había especies en la tierra que eran capaces de apoderarse de una mente ajena y de conseguir huéspedes tal como su propia especie, algunos humanos podían, mediante una habilidad especial o un especial entrenamiento, apoderarse de la mente de las criaturas inferiores. Bien, encontraría la respuesta en la mente de Staunton si alguna vez lograba hacerla suya.

El problema inmediato era escapar, salir de esta casa. El suicidio estaba totalmente descalificado, aunque pudiera efectuarlo aquí mismo. Había sido la serie ininterrumpida de suicidios de animales y hombres lo que había despertado la curiosidad de Staunton. Si sucedía alguno aquí mismo, en su propia casa, y bajo estas circunstancias, quizás producía la última evidencia sobre lo que él sabía o, mejor (eso esperaba la cosa mental), solamente sospechaba.

Había, se daba cuenta, una sola posibilidad de escapar y era esperar hasta el día siguiente para salir del escondite y dejar que Staunton lo viera y, finalmente, actuar como un gato ordinario, tratar de hacerlo del mejor modo posible. Era peligroso, pero no había otra alternativa. El peligro no era que Staunton lo matara: eso habría sido dejarlo en inmediata libertad y, si Staunton sabía lo de los huéspedes, matarlo sería la última cosa que haría. Quizá sabía que matando al huésped dejaba en libertad a la criatura que lo controlaba. El peligro estaba en que Staunton lo cogiera y lo encerrara durante un tiempo con fines de estudio. Si hubiera incluso algo peor, esto bastaría, sin embargo, para liquidar sus esperanzas: quizá le sería imposible escapar antes que el gato muriera de muerte natural y sabía que los gatos suelen vivir varios años. El peligro era mayor si Staunton conocía los tests para reconocer cuando una criatura está libre y cuando está bajo el control de otra.

¿Y si Staunton podía probar esto último? En el cerebro de Tommy había una vaga idea de que existía algo así como un suero de la verdad. Si Staunton la daba eso y le forzaba a comunicarse con él, estaría perdido. Tendría que comunicar en donde se encontraba su cuerpo, desamparado en la granja de Gross y, entonces, ellos lo tendrían completamente en su poder.

Y más aún, pensó desesperadamente, si Staunton lo cogía y lo encerraba para estudiarlo indefinidamente, le causaría la muerte si el gato vivía el tiempo suficiente. En mucho menos del tiempo necesario para que un gato muriera, su cuerpo perecería por falta de alimento. La inmersión en el caldo nutritivo que se había hecho hacer en la granja de Gross le bastaba para varios meses pero no para un año. Estar prisionero en el cuerpo de un huésped incapaz de alimentarlo sería fatal para su propio cuerpo.

Pasó pensando toda la noche, calculando diferentes posibilidades. Pensó saltar contra una ventana en la esperanza de que el vidrio se quebraría y lo dejaría pasar, pero la objeción para llevar a efecto esto era la misma que para el suicidio: aunque le resultara exitosa, confirmaría las sospechas de su captor.

Solamente podía esperar que Staunton tuviera sospechas pero no hechos comprobados y que, entonces, lo dejaría escapar, irse, en la mañana. Sólo podía esperar eso y hacer lo posible por convencer al hombre que, después de todo, no era nada más que un gato ordinario.

Doc Staunton no se fue a acostar hasta después de la una de la mañana y sólo se quedó dormido una hora más tarde. Durmió, por lo tanto, mucho más de lo que solía hacer aún en vacaciones. Un poco después, de las diez de la mañana despertó de un sueño confuso en que trataba de diseñar un elemento de un satélite que no podía recordar, como tampoco lo que exactamente quería dibujar. Se quedó un momento en cama tratando de recordar la primera parte del sueño, que siguió escapándosele y, repentinamente, recordó el asunto del gato en su casa: olvidó el sueño y siguió en cama pensando ahora en el gato.

Pero el asunto no parecía ni la mitad de siniestro, así a la luz del día, como lo había parecido en la noche. ¿Estaría exagerado al conectar la presencia de un gato extraño en su casa con las muertes por suicidio de los últimos días?

Bien... probablemente. Pero todavía había algo que necesitaba explicarse. Era raro que un gato entrara a una casa sin curiosidad y sin hambre, aunque fuera a través de una ventana o una puerta que estuvieran abiertas. Dudaba que hicieran algo así muchos gatos, por lo menos los que tenían casa propia no lo harían. Pero no era tan raro que uno lo hiciera. Lo extraño, sin embargo, era el método para entrar.

Incluso eso podía explicarse si el gato estuviera buscando casa o estuviera hambriento. Quizás había subido al árbol porque vio un pájaro durmiendo y creyó que lo podría capturar. Y entonces, subido en esa rama, y habiendo ya perdido su presa, la visión de una ventana abierta pudo haberlo tentado. Cualquier gato, incluso los más imbéciles, sabe que dentro de una casa hay comida.

Pero después se había escondido en el corredor, cerca de la cocina, casi como espiándolos o como escuchándoles hablar. Y escondido siempre hasta...

Todavía, si era un gato que nunca había tenido casa y, posiblemente, porque algunos muchachos o un granjero alguna vez le había tirado piedras y estaba asustado...

Se levantó y empezó a vestirse, decidido a encontrar el gato sin importarle que tuviera que revisar cada centímetro de la casa.

Recordó que había un par de pesadas bolas de cuero en el armario; las tomó y las guardó en el bolsillo del pantalón. Si se veía forzado a arrinconar al gato para cogerlo o si resultaba ser un gato medio salvaje y debía luchar para cogerlo - y aún los gatos domésticos a veces se comportan así con los extraños - esas bolas le serían muy útiles. Con ellas sería capaz de aturdirlo. Por las huellas que había dejado en la harina no podía tratarse de uno muy grande. Y si se portaba de un modo salvaje, no era, en último término, un gato salvaje: el breve estudio que hizo de las huellas lo habían convencido sobre el particular. Había visto antes huellas de esos otros gatos y eran completamente distintas.

Cuando dejó el dormitorio, cerró la puerta tras él. Tenía que ser sistemático en la búsqueda: empezar por el piso de arriba e ir cerrando bien las puertas de cada cuarto que registrara. Empezó primero por el baño, ya que de todas maneras tenía que ir allí y dejó para después las otras habitaciones.

El gato no estaba arriba.

Lo vio cuando iba en la mitad de la escalera. Estaba sentado tranquilamente junto a la puerta principal, tal como hace un gato o un perro cuando quiere salir.

No parecía peligroso en lo más mínimo. Era un pequeño gato gris de aspecto totalmente ordinario. No parecía hambriento y no demostró ningún temor por su presencia. De hecho

miraba para arriba con expresión muy amistosa. Maullaba y rasguñaba suavemente la puerta.

Exactamente un gato, nada más que un gato que quería salir de la casa.

Demasiado normal, Doc pensó, para un gato que ha estado escondido de mí desde ayer. Estaba sentado en el extremo del pasillo y lo miraba fijamente, todavía junto a la puerta, siempre queriendo salir.

- Miau - dijo.

Doc sacudió la cabeza.

- Todavía no, gato. Creo que te dejaré salir después, pero antes quiero conversar un momento contigo. ¿Qué tal un desayuno? Yo voy a tomar el mío.

Partió a la cocina sin mirar atrás hasta que llegó al refrigerador.

El gato lo había seguido pero no demasiado de cerca. Ahora estaba sentado y lo miraba. Entonces, como si se le ocurriera algo de repente, pasó por detrás de él - pero, lo notó, pasando lo bastante lejos como para permanecer fuera de su alcance - hacia la puerta de la cocina. Volvió a maullar y a rasguñar, ahora a la otra puerta. Estaba como diciendo: «Déjame salir, por favor». Tan claramente como un gato puede decirlo. Un gato ordinario, claro.

Doc sacudió la cabeza firmemente.

- No, gato. Después, pero ahora no. Quiero pensarlo bien primero.

Sacó leche del refrigerador y la puso en el suelo en un plato. El gato no se aproximó. Se quedó en el piso junto a la puerta mientras se preparaba unos huevos y calentaba agua para el café.

Cuando cogió sus cosas y atravesó la habitación para sentarse a la mesa, el gato dejó la puerta y se acercó al plato de leche. Empezó a lamerla, hambriento.

- Gatito lindo - dijo Doc -, ¿por qué no te quedas por ahí y vienes a visitarme de vez en cuando?

El gato no contestó, pero lo miró un momento. Doc decidió que, en realidad, parecía no haber de qué preocuparse. Sería agradable, además, tener un gato cerca para conversar con él. Si había algo raro en relación con ese gato, tendría tiempo para averiguarlo.

Por supuesto, no podía tenerlo encerrado indefinidamente, pues en los días sofocantes hasta él mismo reventaría. ¿O podría hacerlo si compraba alguna de esas persianas que se clavan en la ventana y dejan pasar solamente el aire? Parecía haber tan pocas moscas en los alrededores que el dueño de la casa se enojaría si ponía esas persianas. Sí, pensó, podría ir incluso más lejos y pedirle a un carpintero del pueblo que le hiciera una jaula. Pero también ese carpintero podría ponerle a la casa un equipo completo de buenas persianas y, con eso, podría cumplir una idea que tenía hacía ya tiempo de hacerle un pequeño regalo al dueño de la casa mejorándole el asunto. Porque, al cabo, hay algunas moscas y mariposas nocturnas que en la noche entran y molestan si uno tiene las ventanas abiertas y la luz encendida. Un equipo de persianas sería una buena donación. Quizá las pondría de todas maneras, sin gato o con gato.

Por supuesto, no tenía intención de apropiarse de un gato ajeno. Podía ser que su dueño estuviera esperando que volviera. Podría ocuparse de este punto preguntando a la gente en el pueblo. Si encontraba al propietario, el hombre probablemente se lo venderla encantado por unos cuantos dólares, aunque fuera el regalo de uno de sus hijos. Hay multitud de gatos en los alrededores de una comunidad de granjas y se multiplican tan rápido que siempre la oferta supera la demanda.

Cuando volviera a reincorporarse a su trabajo en el M.I.T. tendría que encontrarle un lugar y una casa antes de irse, pero eso no sería muy difícil si hacía la donación acompañada de un subsidio para la manutención del gato. Alimentar otro gato no sería problema para un granjero que ya tuviera varios y, por lo demás, aún los gatos más domésticos se acostumbran finalmente a ganarse la vida por su propia cuenta, aunque fuere cazando ratones de campo.

- Gato - le dijo -, hablando seriamente, ¿cómo te gustaría vivir aquí un tiempo? Oh, a propósito, ¿cuál es tu nombre?

El gato, lamiendo la leche todavía, no contestó.

- De acuerdo, tú no quieres decírmelo - dijo Doc - En tal caso, tú empezarás a llamarte de un nuevo modo, del modo con que te he llamado hasta ahora: Gato. Es apropiado.. supongo.

El gato se había bebido solamente la mitad de la leche, pero eso era normal. Quizá le había puesto demasiada cantidad para un gato de su tamaño. De nuevo estaba sentado en la puerta.

- Miau - dijo.

- Te comprendo, gato - dijo Doc -. La llamada de la naturaleza y eso no es sorprendente teniendo en consideración el tiempo que has permanecido aquí. Pero el hecho de que tengas tanto interés en salir, demuestra que echas de menos tu casa. Me ocuparé de eso.

Había terminado ya de comer y partió hacia la puerta del subterráneo, al cual se llegaba bajando unos escalones. Alguien que había estado antes allí había hecho, al parecer, varios trabajos: había allí un montón de arena seca, en un rincón del subterráneo. Encontró un cartón sucio de un tamaño adecuado, lo subió a la cocina convenientemente lleno de arena y lo puso en un rincón..

- Tendrás aire usar esto, gato - le dijo -. temo que no podrás salir por varios días.

El gato miró la caja de arena pero se quedó parado junto a la puerta.

- Miau - dijo como lamentándose.

- Quizá eres un gato sin casa. ¿Nunca has usado una caja con arena? - preguntó Doc - Bien, tendrás que aprender..., cuando la presión es muy alta...

Llevó los platos al lavaplatos y empezó a limpiarlos.

- Te diré por qué, gato - dijo por sobre el hombro -. Trataremos de hacerlos juntos por unos pocos días. En ese lapso, limpiaré el piso si no aprendes para qué sirve la caja de arena. Y si sucede que me gustas y yo te parezco simpático, solamente entonces te dejaré escoger. Podrás salir y volver si quieres, y si no te da la gana puedes dejar de venir a maullar a mi puerta. ¿entendido?

El gato no contestó, quizá porque no había nada que contestar. Se mantuvo junto a la puerta.

Doc decidió hacer lo que tenía que hacer y no prestarle más atención por el momento.

La cosa mental, desamparada dentro del cuerpo del gato del cual no podía librarse sin hacer bastante más de lo que había hecho, se mantenía cerca de la puerta. La presión de lo sólido y de lo líquido eran considerables actualmente. Y Staunton, por supuesto, ya no le iba a dejar salir de la casa. No sentía, excepto en el sentido de ser consciente de él, el dolor del cuerpo dentro del que estaba; pero ése no era el problema. Staunton pensaba tenerlo encerrado durante varios días. Tenía que procurar que este cuerpo evacuara antes que esto se transformara en una prueba más para sospechar de él. Staunton ya tenía más que suficiente. La pregunta era si iba a usar el suelo o la caja, Si fingía ser un gato sin casa en

sentido estricto, desacostumbrado a usar cajas para estos efectos por lo tanto, y ensuciaba el piso ahora y tan a menudo como pudiera, ¿enojaría esto a Staunton y motivaría que lo dejara en libertad antes de que si fingía añorar su casa y utilizaba, por tanto, la caja con arena?

Miró atentamente a Staunton, sin emoción sin odiarlo, porque la emoción del odio era tan ajena a él como la de la piedad (excepto, en los dos casos, respecto a los de su especie).

Repentinamente le ocurrió un pensamiento. Staunton, con sus sospechas ya en tensión suficiente, seguramente haría un intento para localizar al antiguo dueño suyo y para preguntarle cómo y cuándo había desaparecido. Y también otros datos, incluyendo el grado de su cariño por la casa. Cualquier discrepancia haría más suspicaz todavía a Staunton. La cosa mental se dio cuenta que debía examinar la mente de su huésped actual y permitir que sus acciones se acomodaran a las del gato, a las que él, en iguales circunstancias, habría ejecutado.

Le costó menos de un segundo localizar este tipo de recuerdos en la mente del gato. Caminó en dirección de la caja.

Staunton, en el lavaplatos, lo miró, accidentalmente.

- Bien, muchacho - dijo -. Gatito lindo.

Sí, la cosa mental se dio cuenta de que esto era lo que debía hacer de ahora en adelante: examinar la mente de su huésped actual y, actuar tal como ese huésped habría actuado en iguales circunstancias, cada vez que estuviera bajo observación. Si solamente hubiera hecho eso cuando la mujer lo divisó escondido tras la puerta... entonces habría caminado dentro de la cocina y los habría mirado a los dos con calma en vez de esconderse.

Una vez que tomó estas providencias, pensó en cuál debería ser la próxima etapa. Tenía, probablemente, que acostarse y dormir un momento, pensó. Debía encontrar antes un lugar confortable donde dormir. Había un sofá en el salón. Caminó a través del umbral, saltó en el sofá y se acomodó confortablemente.

Staunton ya estaba de pie en el umbral.

- Okay, gato - dijo -. Te puedes considerar en tu casa. ¿Qué te hizo esconderte ayer por la noche? - Y volvió a la cocina.

La cosa mental dejó que su cuerpo de gato descansara, pero su mente seguía pensando lo estúpido que había sido escondiéndose dos veces, una cuando la mujer lo había divisado en el corredor y la otra cuando, después de haber pisado la harina del suelo, Staunton había vuelto a casa por la noche.

Se dedicó a explorar la mente de su huésped de nuevo y sin apuro. Si perdía aquí algunos días encerrado, sería, sin duda, una molestia, pero, últimamente, sólo un retraso para sus planes. Aparentemente, Staunton quería experimentar con él algunos test biológicos, pero sólo manteniéndolo en una observación general. Sería fácil todo lo demás, ahora que sabía qué tenía que hacer.

Estaba empezando a hacer algo de calor y Staunton estaba abriendo todas las ventanas del primer piso, pero solamente dejando una abertura de una a dos pulgadas. insuficiente aún para un gato como él.

Un poco más tarde, de nuevo Staunton se estaba dirigiendo a él:

- Gato - dijo - voy a ir un momento al pueblo. Tú te quedarás de dueño de casa. Te traeré algo de comida gatuna. Mientras estés aquí trataré de ser un huésped perfecto.

La cosa mental casi dio un salto con cuerpo de gato incluido al oír lo que Staunton decía. Pero pronto se dio cuenta de que la palabra «huésped» había sido empleada en otro sentido. Lo miró soñolientamente.

Cuando Staunton caminó hacia la puerta principal bajó del sofá y lo siguió para mantener las formas. Pero Staunton bajó una mano y lo cogió con suavidad por el cuello - la primera vez que había contacto físico entre ellos dos - y lo mandó de vuelta hasta que pudo cerrar desde afuera dejando dentro al gato.

En Bartlesville, Doc se detuvo en la oficina de «El Clarín».

Hollis levantó la vista desde el papel que estaba golpeando con la máquina.

- Hola - dijo -. ¿Qué hay de nuevo?

- Nada del otro mundo, Ed. Solamente quería hacerte una pregunta. ¿Sabes de alguien que esté buscando a un gato?

Hollis rió a carcajadas.

- ¿Un gato? Gatos hay por lo menos una docena sólo por los alrededores de la oficina. Si uno se va quiere decir que se va. ¿Por qué? ¿Encontraste alguno?

- Sí, y creo que lo guardaré un tiempo a ver si quiere quedarse conmigo. Pero no me gustaría quedármelo si supiera que alguien de verdad lo quiere. Podría ser el regalo de un niño, por ejemplo.

- Debe haber alguno de esos. Bien, si quieres coloco tu asunto en la columna de las cosas perdidas. Desgraciadamente ya es tarde para hoy, viernes. Ya hemos cerrado la recepción.

Staunton pensó por un instante. Podía, de todas maneras, arreglar el asunto dando a Hollis la suma correspondiente al aviso inmediato. Dijo:

- De acuerdo, Ed; te daré inmediatamente la suma y la frase exacta: «Encontrado gato gris y pequeño». Te veré en la próxima semana por si hay novedades al respecto.

- Seguro. - Hollis anotó todo rápidamente en un papel -. Pero, diablos, si puedo saber de qué gato se trata. El otro día estuve en casa de los Kramer y tenían un gatito gris entre varios otros. Está en el camino de tu casa, así que podrás averiguarlo.

- ¿Exactamente en qué lugar?

- Junto a la granja de Gross. Sabes donde está ésa: supe que habías estado allí con el «sheriff» después del suicidio. Es la granja que queda al este de ésa; la de Loursat está hacia el oeste.

- Gracias, Ed. Pasaré por ahí cuando vuelva a casa en coche. De todas maneras pon ese aviso. Si averiguo el asunto, te avisaré. Hasta pronto.

Cuando hizo sus compras, Doc compró dos paquetes de comida para gatos. Un paquete bastaría para dar de comer dos días al gatito. Las dos bastarían para el tiempo que pensaba tenerlo en casa. Cuando lo soltara vería si se arrancaba o volvía de nuevo a la casa.

Desde el almacén llamó a la señorita Talley para preguntarle si estaba segura de poder terminar el trabajo el jueves por la tarde y para saber si había averiguado algo más. Sí, estaba segura de poder terminarlo en el tiempo que había previsto y no, no había sabido nada de interés. No había tenido oportunidad de ocuparse mucho de lo que se conversaba por ahí, debido al trabajo que estaba haciendo.

Quería saber si había encontrado un gato en la casa. Le contó el hallazgo y las medidas que había tomado al respecto.

En el camino de vuelta a casa se detuvo en la granja fronteriza de la de Gross. Había dos gatos en la terraza del frente. Los dos eran del mismo tamaño que corresponda perfectamente con el del gato gris de su casa.

Una mujer voluminosa y cordial le abrió la puerta.

- Soy Ralph Staunton - le dijo -. Vivo en la última casa al final de la carretera. Yo...

- Ah sí - dijo ella -. Lo he oído nombrar y le he visto pasar manejando. ¿Quiere pasar un momentito? - Retrocedió para dejarle sitio para que pudiera pasar

- Sí, sí, pero solamente un momento. No es nada importante, señora Kramer. Sabía que usted tiene un gato gris. Encontré uno del tamaño de esos de la terraza y he creído...

- Ah, sí. No lo he visto hace uno o dos días y me preguntaba qué podía haberle sucedido.

- Nada, excepto que ahora está en mi casa. Creo que me gustaría quedarme con él. ¿Me lo podría vender?

- ¿Venderlo? - rió -. Por Dios, no. Pero puede quedarse con él si quiere. Ya tenemos tres gatos y ahora últimamente el más viejo acaba de tener seis más y solamente hemos encontrado casa para tres. Para colmo, pronto nacerá otro grupo. - Sacudió la cabeza - Temo que tendremos que librarnos de la gata o llevarla a un veterinario para que la mate. En otro caso quedaremos inundados de gatos.

- Muchas gracias - dijo Doc -. Me gustará mucho tenerlo y le prometo que encontraré casa para él cuando me vaya al fin del verano. Quizás, incluso, me lo lleve conmigo. Eso, por supuesto, si a él le gusta quedarse en mi casa.

- Pero creí que usted...

- Lo tengo encerrado en la casa por ahora, para ver si se acostumbra a la casa y a mí. Pero no puedo hacer eso siempre, así que, dentro de unos días lo dejaré en libertad y veremos si quiere quedarse o volver con usted. No lo puedo guardar contra su voluntad: los gatos son gente muy independiente.

- Oh, querido. Creo que tiene razón, pero de verdad espero que se quede con usted. A propósito, su nombre es «Jerry».

- Nunca más, pues ya le puso otro - dijo Doc - Lo he llamado «Gato».

La señora Kramer rió por largo tiempo.

El gato debió escuchar que Staunton estaba llegando, porque estaba escondido detrás de la puerta, listo para escapar cuando la abriera. Pero Doc se las arregló para evitarlo.

- No, gato - le dijo, tomándolo en brazos y cerrando la puerta con el pie -. Ya te expliqué el asunto: estás encerrado por varios días. Después podrás decidir entre seguir siendo «Gato» conmigo o volver a ser «Jerry» con la señora Kramer. Ya sé quién eres, como podrás ver.

Lo volvió a poner en el sofá y agregó suavemente:

- ¿Pero lo sé verdaderamente?

Hasta que fue a abrir un poco más una ventana no recordó, primero, que no podía hacerlo y, segundo, que había olvidado encargar un equipo de persianas en el pueblo. Bien, mañana iría de nuevo al pueblo. No importaba.

Capítulo XVI

Un día más no importaba para este asunto de las persianas. Al día siguiente fue de nuevo a la ciudad y se encontró con Hank Purdy, el único buen carpintero del pueblo. Supo que Hank tenía más trabajo del que podía efectuar por lo menos por una semana. Le prometió, de todas maneras, que iría la próxima, tomaría las medidas y haría sus cálculos. Doc podía encontrar otra persona que hiciera más pronto el trabajo, pero le gustaba Hank. Lo conocía de los juegos de póker en la taberna. Decidió esperar para que hiciera el trabajo. Después de todo, no pensaba tener guardado el gato por más de unos cuantos días y, después de eso, la casa no tendría necesidad inmediata de persianas. Sólo la misma que había tenido siempre.

Además, el tiempo estaba relativamente fresco y, dejando las ventanas tal como las tenía ahora, cada una abierta un par de pulgadas, ya había suficiente ventilación.

Detuvo la camioneta delante de la pequeña casa de la señorita Talley. Lo debió haber visto detenerse, porque cuando bajó ya le tenía abierta la puerta para que entrara.

- Pase, doctor. Todo está listo. Siéntese y le traerá los manuscritos y mi cuaderno de notas.

- Gracias, señorita Talley, pero no creo que le dicte esas dos cartas por el momento. He decidido darme unos dos días para pensar el asunto antes de despacharlas. Y es mejor que espere estar dispuesto a enviarlas para escribirlas. Algo más puede suceder y podré agregar alguna nueva información en ellas.

- Muy bien, si usted piensa así. - Cogió un gran sobre marrón y se lo entregó -. ¿Quiere leerlo inmediatamente?

Sacudió la cabeza.

- Mejor que lo lea en casa. Ahora conversaremos unos minutos si no tiene inconveniente.

- Ninguno - le dijo.

Le contó sobre el gato.

- Había empezado a dudar seriamente de que pudiera haber estado allá. - rió -. Usted y su charla sobre endemoniados me pusieron también así. Pero ahora la situación es distinta. Está tan tranquilo; me evita la soledad, creo que es un gato perfectamente normal, señorita Talley.

- Y «Buck» era un perro perfectamente normal hasta que se lanzó contra su coche. A pesar de lo que usted me dice, estoy un poco preocupada con eso de que el gato viva en su casa. Supongo que es una tontería, pero, sin embargo, sigo preocupada.

- Estoy perfectamente bien, señorita Talley. Creo que nos estamos trastornando un poco con todo este enredo.

- Posiblemente, doctor... ¿Me promete que enviará esos reportajes por carta a sus amigos?

- Muy bien. Lo haré. Pero antes quiero tomarme unos dos días para pensar más las cosas - dijo Doc.

- Muy bien. Por el resto de la semana me quedaré en casa, esto es, después del almuerzo; así que cualquier día que quiera venir a dictármelas...

Esa tarde después de terminar de lavar los platos se fue al salón y se sentó en el sofá; el gato ya estaba allí. Se le acercó y le acarició el lomo. El gato runruneó.

- Bien, gato, ¿te vas acostumbrando aquí? ¿Te soy simpático? Veamos, hoy es el viernes por la tarde. Establezcamos una hora exacta y una fecha exacta para que escojas qué harás. ¿Qué te parece el lunes? Veamos; te daré comida a media tarde. Te dejaré salir (si todavía quieres irte), a media mañana del día siguiente. Esto te dará tiempo para pensarlo bien antes de que te vuelva a dar hambre.

»Si voy a la ciudad no me quedaré allá mucho tiempo. Partiré cuando te deje en libertad y estaré de vuelta por la tarde. Te estaré esperando, listo para darte de comer si vuelves a esa hora. ¿Está bien?

El gato no contestó pero se estiró en el sofá.

Doc le dijo:

- Si esto te sirve, los Kramer te dieron a mí. No quieren que regreses. Pero te tomarán si vuelves a su casa. Te darán comida y te perdonarán.

»Sí, ya sé cómo te llamas y quién eres. Allá te llamaban «Jerry». Quizás hubiera conservado él nombre si otro gato hubiese venido contigo. Al otro lo habría llamado «Tom». «Tom» y «Jerry». ¿Nunca viste una de esas películas? Son buenas. Pero esto no importa. ¿A quién prefieres? ¿A los Kramer o a mí?

Se levantó y se sentó en una cómoda silla enfrente del gato a quien siguió mirando a través del salón.

- Gato, ¿por qué te escondiste? ¿Por qué entraste por esa ventana tan difícil? ¿No sabías que los gatos no suelen hacer eso? Demonios, ¿por qué no has seguido actuando como al principio?

El gato se alargó perezosamente y se volvió a enrollar, cerrando los ojos.

- ¡Gato! - Doc dijo esto con dureza y el gato abrió los ojos y se quedó mirándolo con fijeza.

»Gato, no te quedes dormido mientras te estoy hablando. Eso no es correcto ni educado. Gato, tú estabas acostumbrado a vivir en la granja que queda junto a la de los Gross. ¿Conocías su gato? ¿Ese que se suicidó la misma noche que Gross? No me vayas a decir que no fue un suicidio largarse derecho contra las mandíbulas de esa perra terrible. El gato tenía que saber dónde estaba la perra. Si fue un suicidio, ¿por qué? Y si no lo fue, ¿qué asunto fue en realidad?

Los ojos del gato se habían cerrado, pero por algo muy vago, Doc se daba cuenta de que no estaba dormido.

- Y una lechuza se suicidó esa misma noche. ¿Qué sabes sobre esos asuntos? Y anteriormente, casi al mismo tiempo que la muerte de Tommy Hoffman, sucedió otro suicidio de animales, esa vez el de un ratón de campo y el de un perro. ¿Sabías que fui yo quien atropelló al perro? ¿Y que se estaba escondiendo a unas pocas yardas del camino para lanzarse cuando pasara el coche, exactamente bajo sus ruedas? Juraría que ese caso fue deliberado, especialmente ahora que sé que ese perro tenía miedo a los automóviles.

»Dos seres humanos y cuatro animales, eso es lo que sabemos. Por supuesto, no debe haber habido más suicidios humanos, pero, ¿cuántos animales, especialmente en el bosque donde escapan a nuestra observación? ¿cuántos pueden haberse matado después...? después ¿de qué? o ¿de quién? ¿De qué o de quién que los esté usando?

Afuera, una bandada de grillos estaba chillando, miles de grillos. La mente de Doc se preguntaba y pensaba lo extraño que era que uno pudiera calcular casi exactamente la temperatura según los intervalos entre canto y canto de grillo. Un grillo era un termómetro quizá tan exacto como el más preciso de los artificiales. Había mucho de extraño en la naturaleza. Los salmones, también, con sus acciones periódicas para morir en el mar o fuera de él. ¿Locura colectiva? ¿O los salmones sabían de algo que nosotros desconocemos?

Escuchaba a los grillos, observaba como la noche presionaba su oscuridad contra los vidrios. Se volvió hacia el gato.

- Gato - le dijo -, ¿por qué se mataron esos animales? Si tú eres como ellos, ¿por qué no te matas también? La única razón para que no te mates ¿es que no tienes aquí ningún remedio para hacerlo? Espera un poco. Voy a buscarlo.

Se fue al salón y subió al tercer piso, a una pequeña habitación que apenas estaba amueblada y se usaba sobre todo como desván. Sin contar con las cosas que ya había allí, Doc solamente la utilizaba para guardar su equipo de pesca, sus armas y las municiones. Aunque sabía que por este tiempo no se podía cazar nada de valor en Wisconsin, había traído una pistola y un rifle para practicar el tiro. La pistola la tenía sobre todo por que era

nueva y quería aprovechar de disparar algo con ella. Todas estas cosas las había mandado antes por barco a Green Bay y después de comprar la camioneta había pasado a recogerlas.

Cogió la pistola, un calibre 38 de Smith & Wesson especial, y tomó los cartuchos convenientes de una caja. En el umbral, entre el corredor y el salón, puso la caja de municiones en el suelo y volvió a sentarse en la silla. Preparó la pistola y notó el repentino movimiento del gato con el click.

- Escucha, Gato - le dijo -, ensayemos este asunto. Si lo único que quieres es salir de aquí para encontrar un medio de matarte, te evitaré la molestia. Si entiendes lo que estoy diciendo y quieres que te mate prueba a acercarte a la puerta. Siéntate en la alfombra y no hagas nada más.

Por un momento, el gato parpadeó en dirección suya pero luego se volvió a acomodar para seguir durmiendo, o fingir que lo hacía. Si hubiera entendido el ofrecimiento habría actuado igual.

Doc frunció el entrecejo. Verdaderamente, no había esperado que el gato se sentara en la alfombra. Si fuera... bien, si no hubiera hecho eso. Y dispararle habría sido lo último en tales circunstancias. Especialmente con una pistola que era difícil de cargar rápido.

Volvió a dejar la pistola al sitio de donde la había tomado y bajó a la cocina. Quería tomar un último trago de cerveza y, si le era posible, algo de comer antes de irse a dormir.

El sonido de las puertas de la nevera llevó al gato desde el sofá a la cocina. No prestaba atención a nada de lo que le decía, pero había aprendido a reconocer este sonido - o, con más probabilidad, ya estaba acostumbrado a él en la casa de los Kramer -. De este modo no podía sacar nada del refrigerador sin que el gato lo estuviera observando. No pedía nada, pero estaba preparado para aceptar lo que él quisiera darle.

Encontró un poco de carne, lanzó un pedazo al plato del gato, y con los restantes se hizo un buen emparedado. Abrió una botella de cerveza y se sentó en la mesa. El gato terminó su porción y partió al salón, seguramente para acostarse de nuevo en el sofá. Doc lo había convencido de que, una vez que él se sentaba en una mesa, era inútil seguir pidiendo comida. Además, el gato no podía estar realmente hambriento. Se acercó al refrigerador cuando el lo abrió, exclusivamente porque quería variar su dieta de comida de gato.

Doc cogió la linterna antes de apagar la luz; todavía conservaba la costumbre adquirida esa noche, la primera que pasara allí el gato, pero por distintas razones ahora. Ahora, sencillamente, no quería caer de la escalera o caer encima del gato. Ya que él podía ver en la oscuridad, no podía darse cuenta que Doc no podía.

Al día siguiente no sucedió nada especial. Hizo el viaje acostumbrado al pueblo, no tenía cartas, no tuvo que hacer compras. Pero hizo una visita al periódico con la excusa de averiguar sobre el aviso que había hecho publicar sobre el gato perdido, pero en realidad porque quería conversar con Hollis para asegurarse de que nada raro había sucedido desde el día anterior. Nada, sólo que los Garner habían decidido marcharse hacia el oeste después de haber vendido su granja, posiblemente a Ozarks, posiblemente hasta California. Y que Gus Hoffman, el padre de Tommy, había puesto un aviso en el periódico, poniendo en venta su granja y planeaba poner otro en el periódico de Green Bay.

- Supongo - dijo Hollis -, que el motivo de la marcha de los Garner es que Charlotte está encinta.

- Mejor que no pongas una suposición como esta en el periódico, Ed.

Hollis miró a Doc con tanto resentimiento que Doc sintió necesidad de justificarse.

- ¿Pero por qué? - pensó Hollis en voz alta, ¿por qué Gus Hoffman tenía que decidir cambiarse también? Quiero decir que ya había bastante con el escándalo de la muerte de

Tommy, pero parece que eso mismo inmunizó a Gus y ya no le importaba provocar otro en seguida.

- Hollis, estás completamente loco. Hoffman se mantendrá cerca de los Garner de ahora en adelante. Ya no tiene un hijo ni una esposa, pero, por lo menos, tendrá quizás un nieto, ilegítimo o no, estará feliz, loco de contento con él.

- Diablos, sí. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Probablemente vayan los Garner donde vayan, les pedirá que compren una granja lo bastante grande para que él quepa también. Y Charlotte será una viuda muy joven y Gus será su suegro. Seguramente, el niño llevará el nombre de su padre y Gus, de nuevo, tendrá un motivo para vivir.

Doc tenía tan poco que hacer en el pueblo ese día que decidió volver inmediatamente y pasar la tarde pescando. Era su primer tiempo libre desde que atropellara al perro y, debido a ese episodio, se interesara en los detalles del caso de Tommy Hoffman.

Le agradaba que el gato se hubiera, al parecer, acostumbrado a vivir en su casa. Por lo menos, aunque tomó de todas maneras las precauciones convenientes el gato no hizo ningún esfuerzo por huir mientras él estuvo buscando su equipo dentro ni cuando, durante toda la tarde, se quedó solo en casa. Se estaba aclimatando.

¿O era porque había comprendido todo lo que le dijera y ya sabía, entonces, que le dejaría en libertad el lunes en la mañana de todas maneras? Expulsó este pensamiento de su cabeza y decidió concentrarse en el camino y luego en el placer de coger la primera trucha que se le pusiera al alcance en el pequeño arroyo del bosque.

La pesca fue un éxito, teniendo en cuenta que era el tiempo menos apropiado del día para hacerla. Después de una hora tenía en la bolsa cinco truchas medianas. Digno de gozarse era la pesca, pero decidió considerarse satisfecho con lo que tenía. Era más de lo que podría comer hoy y quizás incluso mañana, aunque fuera con la ayuda de un gato. Y las truchas frescas eran infinitamente más agradables que las que han permanecido en el refrigerador por un día o dos.

Apenas regresó, preparó tres. Se comió dos y el gato no tuvo ningún problema en comerse la tercera, de modo tan entusiasta que divirtió a Doc. Le dijo:

- Muy bien, Gato. Considéralo como un derecho si te parece bien. Pero, mejor todavía, si decides quedarte aquí, te prometo que tendrás una tres veces a la semana. No todos los días, sin embargo.

En el desayuno del lunes en la mañana le comunicó al gato su decisión de ponerlo en libertad a media mañana, para que, después de unas seis horas, si tenía hambre, volviera a la casa a la hora fijada para la comida. No podía mantenerlo más tiempo encerrado a un gato al cual había prometido soltar en un fecha determinada. Quedaba en libertad desde ese momento para decidir volver o marcharse definitivamente. Pero iba a hacer algo muy pequeño pero muy útil: tenía un par de binoculares. En el momento en que soltó al gato, subió al segundo piso. Desde las ventanas podía ver en cualquier dirección aunque tenía que cambiar de habitación para lograrlo. Los anteojos dominaban una distancia suficiente. Si el gato se dirigía a la casa de los Kramer, probablemente no lo vería más, si partía en otra dirección, entonces tendría que volver a verlo. Si permanecía a corta distancia, jugueteando en el patio, entonces, muy probable, volvería a casa apenas lo llamara para comer.

Mirando a fuera, se dio cuenta que estaba cayendo una fina llovizna y se preguntó si se aproximaría una lluvia mayor. Si eso sucedía en realidad, el gato, seguramente no saldría afuera por ahora. Los gatos odian el agua. Pero la llovizna solamente duró unos diez o quince minutos, lo bastante para aplastar el polvo y ablandar un tanto la tierra.

Exactamente a las diez de la mañana debía cumplir fielmente su promesa, pensó, había dicho en la mitad de la mañana, fue al salón cogió al gato del sofá y lo puso en la puerta. La abrió ampliamente y le dijo:

- Bien Gato, ¿quieres salir un momento?

El gato entendió la acción si no las palabras. Se estiró perezosamente, sin prisa, y caminó hacia la puerta.

Rápidamente cogió los binoculares y subió al otro piso. El gato estaba todavía en la mitad del patio, dirigiéndose hacia el lugar donde se acababa el camino. Caminaba con tranquilidad y sin apuro, como si se sintiera perfectamente bien al paso de un gato que sabe dónde va pero no tiene apuro en llegar.

Probablemente se encamina donde los Kramer, pensó. Bien, si eso es lo que pretende. todo está muy bien, quizás perfectamente bien. La actitud de la señora Kramer cuando se lo regaló le había demostrado que encontrarle una nueva casa no habría sido empresa fácil. Y, como con toda seguridad él no iba a abandonar un animal que había tomado bajo su cuidado, lo habría tenido que llevar a Boston, lo cual sería una seria molestia.

Pero cuando el gato alcanzó el final de la carretera se detuvo, se volvió y miró fijamente la casa que acababa de abandonar. Doc retrocedió inmediatamente de la ventana, pero mantuvo enfocado al gato. ¿Después de todo, estaría dudando sobre cual casa escoger? ¿O estaba observando para ve si él lo estaba observando? Le parecía muy difícil que el gato pudiera verlo desde esa distancia y menos ahora que había retrocedido de la ventana.

Permaneció allí medio minuto, ¿decidiendo algo u observando si lo observaban? ¿Pero a quién? ¿O a qué?

Entonces partió de nuevo, pero a más velocidad esta vez y no por la carretera que lo llevaría hasta los Kramer. En vez de eso cruzó el final de la carretera y enfiló sus pasos recto hacia el bosque. Pudo seguirlo solamente unas cuantas yardas más.

Doc dejó a un lado los binoculares y sacudió la cabeza. Después de todo, su conducta podía ser perfectamente normal, pero...

Entonces recordó la llovizna que había caído hacía pocos minutos. Por esa razón tenía que haber dejado huellas. ¿Por qué no seguirlas un poco y averiguar hacia dónde se había dirigido, aunque fuera aproximadamente? Al fin de cuentas, no tenía nada obligatorio que hacer en ese momento, y una caminata sería una agradable manera de pasar el tiempo.

Partió inmediatamente demorándose sólo en coger el paraguas y un sombrero, por si la lluvia empezaba a ser más violenta. Las huellas se apreciaban claramente en el terreno y se detuvo un momento para observarlas y memorizar bien el tamaño y la forma. No quería equivocarse y terminar siguiendo otro pequeño animal.

No fue tan fácil seguirlas cuando entró en el bosque: las hojas y los árboles y la sombra impedían verlas claramente. La lluvia no había sido bastante fuerte como para penetrar bajo la floresta y todos los árboles tenían al pie un círculo completamente seco.

Pero todo se le hizo más fácil cuando descubrió que el gato, cualquiera que fuera su propósito, marchaba casi en perfecta línea recta.

Después de su descubrimiento, Doc pudo aumentar su velocidad. Simplemente seguía derecho, aunque no viera las huellas en la tierra seca y sin preocuparse de buscarlas. El gato tenía que estar en la dirección que iba siguiendo.

Había penetrado por lo menos milla y media en el bosque cuando notó que las huellas se había terminado. Esto sucedió repentinamente al borde de un arroyo que no tendría más de cuatro pies de ancho. ¿Habría saltado el gato? Saltó al otro lado y trató de encontrar más huellas. No había nada. La tierra, a una distancia de dos o tres pies en torno al arroyo estaba

completamente seca y sin pasto. Las huellas del gato llegaban exactamente hasta el arroyo y eran las más claras que había encontrado. Pero si el gato hubiera saltado, las huellas debieran ser igualmente nítidas también al otro lado.

Sin atreverse a pensar lo que se le estaba ocurriendo, Doc caminó un momento a lo largo del arroyo. En dirección de la corriente, por supuesto. La corriente era muy lenta.

Le costó unos veinte pasos encontrar lo que no se atrevía a mirar, aun desde que había llegado al arroyo.

En el agua, ahogado, había un pequeño gato gris.

Era un suicidio más evidente incluso que el del perro que se tiró contra su coche, que el de la lechuza que se lanzó contra el vidrio, que el del ratón campestre que atacó a Tommy Hoffman, que el del otro gato que se había precipitado en las mandíbulas del perro peligroso.

Y este gato había vivido varios días con él. Había rechazado la amenaza de su pistola, no había tratado de hacerse daño ni de procurarse la muerte de ningún modo.

Había esperado para cometer su acción definitiva sin ser observado. Tan adentro en el bosque que si todavía él no hubiera tenido una pequeña cantidad de sospechas y si no hubiera habido la pequeña llovizna que le permitió seguirle, su cuerpo jamás habría sido encontrado.

¿Habría comprendido, al cabo, todo lo que se le había dicho y, entonces, después habría decidido inteligentemente, cuando le había prometido dejarlo en libertad esta mañana, que era mucho mejor esperar hasta esa fecha que hacer un suicidio casi en público?

Pero un suicidio no puede ser un fin en sí mismo. ¿Cuál era el propósito?

Alguna vez ese gato había sido normal; él le había descubierto el origen. El perro «Buck» había sido también un perro ordinario hasta que, poco después de huir de su amo, había ido a parar bajo las ruedas de un coche.

¿Había alguien que utilizaba a distintos animales con un propósito misterioso y definido y que después los hacía morir para quedar en libertad de acción nuevamente?

¿Qué había habido dentro del gato todo el tiempo que el animalito había estado con él?

¿Y qué había sucedido con los seres humanos, con Tommy Hoffman y con Gross? ¿Alguien los había estado utilizando, controlándoles la mente, haciendo que ejecutaran acciones muy difíciles para un huésped solamente animal, para después impulsarlos también al suicidio?

¿Pero quien y por qué?

Se acordó de haber acariciado al gato y de haberle tenido en brazos. ¿Qué cosa había en realidad acariciado?

Se estremeció. El pequeño temor que había tenido el día y la noche que el gato apareció en su casa y que se había escondido, ¿lo había tenido solamente el martes? Ahora era otra situación. Antes el temor se fundaba en sospechas o en una intuición.

¿Pero qué sabía exactamente? Solamente que estaba aterrorizado.

Buscó un palo para acercar al gato al borde del arroyo y poder cogerlo. Lo cogió, tembloroso, y se lo llevó cuidadosamente a la casa. Lo envolvió en un trapo y lo puso en la caja de la camioneta. ¿Para llevarlo al laboratorio de Green Bay y hacerle una autopsia? Aún no había decidido nada. Pero aquí estaba el cuerpo y tenia que decidir algo. ¿Pero qué les iba a decir que examinaran? Esta vez, con toda seguridad, no podía haber ni la más remota sospecha de rabia. El gato había sido, o lo parecía, completamente normal hasta el momento en que lo dejara salir de casa una hora antes.

Se fumó una pipa y pensó un momento hasta que estuvo seguro de lo primero que debía hacer. Cogió el sobre con lo que había dictado a la señorita Talley y se dirigió a la ciudad. Menos mal que no lo había despachado antes; ahora podría agregar en su informe los datos recientes y, además, le dictaría las cartas a la señorita Talley.

Miró la hora y notó que llegaría un poco tarde, pero la señorita Talley todavía estaba en casa.

- ¡Doctor! - dijo cuando notó su expresión - pase, ¿ha sucedido algo nuevo?

Asintió, todavía un poco confuso.

- Es sobre el gato. Pero quiero dictárselo como un apéndice a lo que le dictó antes. Si tiene su cuaderno...

La señorita lo trajo y sus ojos brillaban tan excitados como sus manos, mientras escribía lo que él le dictaba. Narró toda la historia del gato, desde el primer encuentro que había tenido con él esa tarde de dictado, hasta el último, cuando lo encontraron ahogado en el bosque. Lo hizo muy detallado y le duró el trabajo cerca de una hora.

Cuando terminaron, la señorita Talley levantó la vista.

- Doctor, además de despachar estas cartas debiera llamar al «sheriff» inmediatamente. O llamar al F.B.I. O cualquier otra cosa, pero hacer algo, si quiere tomar esto en serio.

Doc asintió, lentamente.

- Lo haré, señorita Talley. Le diré mis planes antes de irme, pero antes déjeme dictarle las dos cartas que debo incluir con estos informes para poder despacharlos.

Volvió a dictarle, pero las cartas le resultaron mucho más largas de lo que pensaba. Eran casi las cinco cuando terminó.

- Señorita Talley, ¿cuánto tiempo cree que le tomará transcribirlas?

- Unas cuatro horas, quizá algo más, pero empezaré inmediatamente. No pienso cesar hasta que termine. Mientras las escribo, usted podrá ir donde el «sheriff» y...

- No; cuando lo vea quiero tener un documento completo para leérselo; lo impresionaré más de este modo, creo. Después de todo, aparte del episodio del gato gris, nada de todo esto será nuevo para él ni para mí, pero definitivamente creo que es mejor que se lo lea en un documento.

- Y no pienso dejarla escribir toda la tarde sin que ni siquiera pierda un poco de tiempo preparándose una comida o yendo a comer algo por ahí. Póngase el abrigo e iremos a comer algo al pueblo. Después la traeré de vuelta en mi coche y la dejaré escribir. Podrá hacer su trabajo, y en la mañana iré a hablar al «sheriff» y despacharé esas cartas por vía aérea urgente. Se hará demasiado tarde de todas maneras si empieza a escribir inmediatamente.

- Bien, supongo... que aunque vaya esta noche a despacharlas a Green Bay, que de no volverá a dormir a su casa. ¿No le parece prudente no quedarse tan lejos toda la noche? Todo lo que ha sucedido ha empezado alrededor de su casa y cerca de la carretera en todo caso. ¡Y lo último, el gato, exactamente en su propia casal

Doc sonrió:

- No me pasará nada esta noche, señorita Talley - le dijo.

Y así fue, porque la cosa mental estaba ocupada en otros asuntos.

Capítulo XVII

La cosa mental, al fin liberada del molesto huésped que ya le era completamente inútil, de vuelta en su propio cuerpo, en la concha, estaba debajo de la escalera de la casa de Gross. Se sentía aliviado y satisfecho con el curso de los últimos acontecimientos. Había llevado su cuerpo de gato lo más lejos posible dentro del bosque para ahogarlo; jamás lo encontrarían. Staunton quizá se haría preguntas si alguna vez sabía que el gato no había vuelto donde los Kramer, pero Staunton nunca lo sabría porque esta noche, mientras durmiera, dejaría de ser Staunton; la cosa mental lo controlaría.

Los planes de la cosa mental eran simples y tenía mucho tiempo para perfeccionarlos. Ya lo había tenido cuando, como un gato, no tenía otra cosa que hacer sino fingir un papel de gato. Estaba seguro de haber hecho exactamente eso: nada más de lo que un gato normal hace. Por un segundo se había tentado cuando Staunton le había ofrecido matarlo; pero había descubierto la trampa a tiempo. Si se hubiera sentado en la alfombra, en el suelo, las sospechas de Staunton se habrían verificado y lo último que habría hecho habría sido dispararle. En vez de eso, seguramente Staunton lo habría encarcelado en una jaula para mantenerlo así indefinidamente en estudio intensivo. Posiblemente le habría alimentado en forma intravenosa rara impedirle morir voluntariamente de agotamiento.

Pero ya todo había pasado felizmente y desde esta noche estaría definitivamente a salvo. Estaría controlando al único hombre que era para él una real amenaza y, al mismo tiempo, su mejor huésped virtual.

Era de máxima importancia que se apoderara de Staunton lo más pronto posible aunque utilizara un animal como huésped preliminar. La señora Gross sería más útil y menos peligrosa. La cogería apenas se fuera a dormir. Esperaría hasta la una de la mañana, hora en la cual, estaba seguro, todo el mundo entre él y Staunton estaría profundamente dormido. Entonces haría que ella lo transportara hasta allá. Si había alguna luz en la casa de Staunton, se escondería hasta que se apagara y entonces lo escondería al alcance del dormido Staunton. Volvería con ella a la casa para matarla. Lo haría aparecer como un accidente, una caída, quizá, en mitad de la noche. Seguro, su muerte, de cualquier modo que fuera, tan poco tiempo después de la de su marido, sería sospechosa, pero eso ya no importaría, porque estando en la mente de Staunton todo peligro habría desaparecido. Los otros podrían preguntarse todo lo que quisieran: él estaría a salvo.

Proyectó afuera su sentido perceptivo para volver a familiarizarse con lo que sucedía cerca, para apreciar los cambios que podrían haber sucedido durante los días que su mente había estado lejos.

La señora Gross estaba en la cocina, esterilizando, al parecer, unas vasijas que pensaba utilizar para proteger o embotellar alguna cosa.

Nada había cambiado ni en el patio ni en el corral, a excepción de dos vacas que no estaban en este último: seguramente estaban pastando. Todo iba bien.

La señora Gross salió de la casa, caminando justo por encima de él, ya que bajaba los escalones de la cocina. Con curiosidad y porque no tenía nada que hacer, la siguió con su sentido perceptivo. Dobló por detrás del corral y se detuvo exactamente en el límite de su percepción.

- ¡Jim! - gritó -. ¡Yoohoo, Jim!

Escuchó una voz que contestaba, aunque estaba demasiado alejada como para que pudiera escuchar las palabras.

Recordó ahora. El hijo de Kramer, el que había escuchado nombrar en una conversación en casa de Gross, el que había accedido, de acuerdo a la petición de su padre, a venir a

trabajar a la granja por el resto de sus vacaciones o hasta que la hubiera vendido y se la hubieran entregado al nuevo dueño.

Conocía y podía retratarse a Jim, por los recuerdos del gato «Jerry», que antes había sido de la granja de Kramer: un muchacho de más o menos la misma edad que Tommy Hoffman. Sería un huésped mucho mejor que la anciana y débil señora Gross. Pero, por supuesto, no dormiría aquí.

- ¿Quieres traerme unas pocas judías, Jim? - la señora Gross le estaba gritando -. Las prepararé para la comida. Y, si puedes, también algunas calabazas, cuando pases de vuelta.

Apareció por detrás del corral y entró en la casa.

Jim Kramer dejó de coger guisantes y se encaminó al límite del sembrado de judías, poniéndose un pañuelo en la cabeza para protegerse del sol. Era un muchacho fuerte, exactamente de la edad de Tommy, al cual había conocido, aunque sin que llegaran a ser amigos íntimos. Diferían en algo: Tommy se interesaba sobre todo por la agricultura y él habría sentido mucho tener que dedicar toda su vida al campo. Jim tenía ideas más ambiciosas. Cuando se graduara el próximo año, pensaba ir a la universidad y estudiar ingeniería. Siempre se había interesado en la mecánica y, aunque alguna vez había vacilado entre eso y la química, estaba convencido de que estaría más contento y ganaría más dinero trabajando en lo que le gustaba. Todavía no se había decidido oficialmente. Pero se las había arreglado con todos los tractores y otro tipo de máquinas que habían llegado a sus manos.

Entretanto, no se sentía mal en las labores del campo. Le agradaba la posibilidad que tenía de ganar dinero trabajando en la granja de la señora Gross. Ese dinero lo juntaría a la mesada que recibía durante el año. El sueldo no era generoso, pero suficiente. Y sería un trabajo que le ocuparía todo el tiempo libre. Al principio había tratado - ésa era la idea de su padre - de ocupar aquí solamente la mañana y el resto del día con su padre. Pero después de un día o dos, se hizo evidente que, a menos que la señora Gross tomara las medidas del caso, debido al deterioro de la granja, tendría que trabajar en ella todo el día. Su padre se informó del asunto y lo autorizó.

Cogió un buen montón de judías, pero luego, mirándolo, cogió otro poco. Tenía un apetito poderoso y el trabajo se lo aumentaba. La señora Gross seguramente apenas las probaría, pero él consumiría todo el resto. En camino hacia la casa, cogió también media docena de buenas calabazas - más de lo que ella necesitaba, pero el resto se guardaría - y entró a la casa pasando por detrás del corral. Puso todo en la mesa de la cocina.

Cuando estaba a punto de volverse, la señora Gross le dijo:

- Espera, Jim, ya es casi la hora de comer. Tardaré muy poco en tener preparado todo esto. Lo único más lento es la preparación de las calabazas. Sería agradecerte muy poco el que te mandara de nuevo a trabajar con los guisantes. Siéntate un momento y descansa. Has trabajado mucho.

- Perfecto - dijo -. Pero en ese caso, permítame pelar las judías. Después irá a ordenar el corral o dormitaré un poco hasta que me llame.

- ¿En el corral? ¿Para qué en el corral cuando en el salón hay un sofá muy adecuado? Y me será más fácil llamarte aquí al lado y no ir al corral.

- Muy bien.

Peló las judías y partió después al salón a tenderse un momento en el sofá. Antes de hacerlo se sacó los zapatos para no ensuciarlo. No estaba muy agotado, en realidad esta mañana, pero una siesta de unos veinte minutos le vendría muy bien de todas maneras. Era

una de esas personas afortunadas que pueden dormir en cualquier lugar y a cualquier hora y que se levantan después de diez minutos con la mente despejada.

Cerró los ojos y se quedó dormido, y en su cerebro hubo un dolor repentino, una súbita y corta batalla.

Permaneció dormido, pero en su mente la cosa mental estaba aprovechando el período de descanso de su huésped para introducirse en sus recuerdos y aprender a ser o, más bien, a fingir ser, Jim Kramer. Por el resto del día. Ya no tenía necesidad de utilizar a la anciana alemana.

- Listo, Jim - la señora Gross gritaba desde la cocina -. ¿Despertaste?

- Seguro - respondió -. Un momento.

Saltó del sofá y se puso los zapatos.

Se puso de pie, y se encaminó a la cocina.

- Mmm, huele bien - dijo.

- Siéntate, siéntate, y ten cuidado, que está caliente. Después de comer su ración, volvió al trabajo. Terminó de cocer los guisantes, asunto que le tuvo ocupado casi toda la tarde. Al día siguiente tenía que llevarlas en el tractor a la ciudad para venderlas antes que se avejentaran. Pero la cosa mental lo sabía, no iba a su huésped quien las llevaría. Jim Kramer ya estaría muerto mañana.

Cuando trajo las vacas de vuelta para que comieran y las ordeñaran, decidió que era bastante por ese día. Volvió a casa.

El Jim Kramer que cenó esa tarde en su casa con sus padres quizá estaba un poco más callado que de costumbre, pero en todo lo demás parecía perfectamente normal. La única cosa rara que hizo antes de la noche, fue ocuparse en ordenar todos los volúmenes de una enciclopedia, poner algunos encima de una mesa y empezar a leer en ellos, saltando de un volumen a otro, aparentemente según las referencias de los artículos. Su padre, que pasó una vez por allí, lo vio leyendo el artículo «Electrones» y luego el de «Radar».

- ¿Estás pensando ahora en ingeniería eléctrica? ¿Esto, en vez de mecánica o química? - le preguntó.

- Sólo estoy hojeando un poco, papá - le dijo por sobre el hombro -. Ingeniería eléctrica y electrónica. La electrónica cada vez se va haciendo más importante. Quizá sea lo más adecuado para mí.

- Podría ser. Bien, todavía tienes un año para decidirte.

- Sí, pero tendré que adecuar mi último año de enseñanza media, porque no es lo mismo una cosa que otra. Como el colegio empieza la próxima semana, mejor que me decida.

El señor Kramer siguió su camino.

- Muy bien, Jim. La decisión es cosa tuya. Tú sabes más que yo sobre este asunto. Estoy seguro que sabrás escoger lo que más te conviene.

- Espera un momento, papá. ¿Puedes prestarme el tractor para mañana en la mañana?

- Creo que sí. Lo voy a usar más tarde. ¿Pero qué hay del trabajo con la señora Gross?

- Para eso es. Con el tractor puedo trabajar mejor para ella y hacer alguna otra cosa mía de vez en cuando. Mañana, precisamente, tengo que llevarle una buena cantidad de judías al pueblo para venderlas. Con el tractor puedo ir hasta Green Bay en el mismo tiempo que ocuparía ella en ir con su carro y su caballo hasta Bartlesville. En Green Bay puedo sacarles mejor precio y tendré tiempo para hacer lo que quiero.

- ¿Y de qué se trata?

- Solamente pasar a una biblioteca para pedir prestados algunos libros. Me servirán para completar la información que he conseguido en la enciclopedia. Un libro elemental sobre electrónica será lo mejor.

- Ya veo. Jim, si no puedes encontrar lo que necesitas, puedes ir a una librería. Si no lo tienen, puedes encargarlo. Te lo pagaré. Todos los que necesites.

- Un millón de gracias, papá. Creo que en la biblioteca deben estar todos, pero en caso contrario seguiré tu consejo.

Recogió los libros y los puso en el estante. La cosa mental, dentro del cerebro de Jim, había memorizado instantáneamente cada página que Jim en apariencias había sólo hojeado y, además, también aquellas que solamente había fingido leer. Después, sin apuro, podría asimilar y valorizar lo que había adquirido.

Por el resto de la tarde guardó las apariencias escuchando la radio mientras leía, o aparentaba leer el ejemplar de suscripción de la Mecánica Popular que el correo había traído hoy. A las diez de la noche, cuando sus padres se fueron a dormir, apagó la radio, pero se quedó leyendo un momento. Jim se las había arreglado para convencer a sus padres de que no necesitaba tanto sueño como ellos, y permanecía en pie una o dos horas más. A las diez y media abrió el refrigerador para hacerse un emparedado, como de costumbre, y, después de comerlo, subió a acostarse. Pero no a dormir: solamente se sacó los zapatos y permaneció silencioso en la cama hasta que el dial luminoso de su reloj de pulsera le indicó que eran ya las dos y media. Entonces se levantó silenciosamente, llevando los zapatos en la mano, y salió de la casa.

Había una gran luna, lo cual era una ventaja y un peligro, pues al mismo tiempo podía ver mejor y ser visto con más facilidad. Cuando muriera mañana en la mañana en un accidente automovilístico en la carretera de Green Bay, y la cosa mental había decidido esperar hasta ese momento (no había ninguna razón para que muriera ahora en la noche y provocara, con su muerte, las sospechas del que bien sabía la cosa mental). No quería que nadie pudiera decir que le había visto caminando en la noche. Rápido y silencioso se encaminó hacia la granja de Gross, llegó hasta los escalones y cavó debajo hasta encontrar el cuerpo material, la concha, de la cosa que actualmente animaba a Jim Kramer. Suavizó la tierra allí debajo para que no quedara ninguna evidencia de que alguien había estado haciendo excavaciones por ahí.

Con la concha dentro de la camisa, por si alguien lo veía y poder decir entonces que no llevaba nada consigo, partió en dirección no a su casa sino a la de Staunton. Dos veces hizo rodeos por el camino y por el bosque ya que dos de las granjas fronterizas tenían perros que podían ladrar si lo velan pasar por la calle, quizá despertando a una persona que entonces podría verle caminando a esas horas poco habituales.

La casa al final del camino estaba oscura. Seguramente Staunton estaba en casa y durmiendo. Pero, por si estaba acostado y despierto, Jim se sacó los zapatos para caminar a lo largo del patio y alrededor de la casa. También había escalones que conducían a la cocina resultaron ser un escondite adecuado. Volvió a sepultar la concha tratando de ser más cuidadoso todavía que en la casa de Gross. Borró y suavizó la tierra lo más que pudo para no dejar ninguna huella.

Después volvió a su casa por el mismo camino y en la misma forma, cuidando de entrar despacio para no despertar a nadie. Misión cumplida. Esta vez se desnudó y sólo se quedó con los «shorts» por si su madre, como siempre, venía en la mañana a saludarle. Este era el modo en que siempre dormía Jim. Deliberadamente, se movió lo suficiente para dar a las

sábanas un aspecto desordenado y se quedó inmóvil hasta que viniera su madre y lo llamara. Contestó entonces soñoliento y se sentó en la cama bostezando.

En el desayuno parecía todavía dormido y bostezó vacías veces. Cuando su madre le preguntó si se había acostado anoche más tarde que de costumbre, le contestó que no, pero que por una razón desconocida había tenido dificultades para quedarse dormido, dijo, hasta una hora antes que ella lo despertara.

- Probablemente estabas preocupado por la elección de tu carrera - le dijo su padre -. Pero, Jim, si solamente has dormido una hora o dos, no me gusta la idea de que quieras ir manejando a Green Bay: puedes quedarte dormido al volante. ¿Por qué no vuelves a dormí y yo iré a decirle a la señora Gross que tú podrás trabajar solamente medio día? Ella comprenderá y, seguramente, podrás hacer el viaje hoy en la tarde.

Jim bostezó de nuevo.

- Gracias, papá; pero no. Estaré perfectamente bien y despierto apenas empiece a trabajar. Me he levantado temprano precisamente para hacer este trabajo. Estoy bien.

Media hora más tarde estaba en camino de Green Bay y ya había pasado más allá de Bartlesville. Había dejado que la señora Gross le pillara bostezando mientras cargaba los guisantes. Teniendo a sus padres y a la señora Gross para testificar lo dormido que estaba, no habría ninguna pregunta demás cuando chocara con un árbol o se precipitara de frente contra otro coche. Nadie pensaría en un suicidio, todos en que se quedó dormido al volante.

Se decidió al fin por una prominencia de concreto de un puente que había divisado a unas diez millas. Un impacto directo sobre otro coche probablemente produciría más efecto, pero envolvería otras muertes además de la suya. Por lo tanto, descartó esta posibilidad, no por misericordia hacia las otras posibles víctimas, - las vidas humanas no significaban absolutamente nada para la cosa mental - sino sencillamente porque haría del accidente algo más espectacular, algo de lo cual se hablaría mucho más.

El puente estaba más cerca. Se precipitó contra la prominencia a algo más de sesenta millas por hora. El impacto fue suficiente.

Instantáneamente, la cosa mental estuvo de regreso en su propio cuerpo, ahora bajo los escalones de la puerta de servicio, de la casa en que vivía Staunton.

Eran las nueve y cinco de la mañana.

Capítulo XVIII

Doc Staunton había dormido mal, ni siquiera el equivalente de dos o tres horas, y cuando se despertó a las siete y vio que ya había amanecido, trató de seguir durmiendo.

Pero no pudo. Se hizo un café y un desayuno liviano y en la mesa esperó que fuese una hora adecuada para ir al pueblo. El y la señorita Talley habían conversado bastante después de cenar y dudaba que hubiera podido terminar su trabajo antes de la medianoche. Quizá más tarde. Se daba cuenta que era preferible no llamarla hasta las nueve o las diez. Sin embargo, estaba descansado y, a las ocho y media, cogió la camioneta y partió al pueblo.

Cuando llegó no había nada que hacer allí. No quería ir al correo o llamar al «sheriff» antes de tener los documentos de la señorita Talley y, aunque tenía grandes ganas de tomarse una cerveza, la taberna no abría hasta las diez. Sé quedó en el restaurante para tomar más café.

A las nueve y cuarto decidió esperar todavía quince minutos antes de llamar a la señorita Talley y averiguar si se había levantado y le tenía listos sus asuntos. A esta hora el «sheriff»

debía estar en su oficina de Wilcox. Lo podía llamar inmediatamente para ponerse de acuerdo con él para una entrevista más tarde en la mañana.

Se comunicó por teléfono con el «sheriff» y estaba a punto de decirle una hora para que se encontraran, cuando el «sheriff» le dijo:

- Un momento. Doc. No cortes la comunicación, - Y un minuto después -: Doc. no podrá ser en la mañana. Tienes que llamarme más tarde. Me acaba de llegar la noticia por un coche de la policía: Hubo un accidente entre Bartlesville y Green Bay. Tengo que partir rápidamente. Lo siento.

Se cortó la comunicación.

Doc colgó el teléfono y se quedó pensativo un momento, preguntándose si el accidente podía haberle pasado a alguien que él conociera. Seguramente no, pensó, en ese caso el «sheriff» se lo habría dicho, pero el «sheriff» no sabía exactamente a quiénes conocía Doc, excepto a unas pocas personas; además, el «sheriff» estaba apurado.

Metió otra moneda y volvió a llamar a la oficina del «sheriff». Cuando le contestó el asistente, Doc se identificó y le explicó que había estado hablando con el «sheriff» en el mismo momento que le había llegado la noticia de un accidente, ¿el asistente le podría indicar quién había sido herido o muerto en él?

El asistente era hábil. Un estudiante de enseñanza media, llamado Jim Kramer, que vivía en las afueras de Bartlesville, se había matado. Iba manejando solo en un tractor hacia Green Bay y probablemente se había quedado dormido: se había precipitado contra la saliente de concreto de un puente y se había matado instantáneamente.

Doc se lo agradeció y colgó el teléfono antes que el nombre de Kramer le significara algo. Pero sí, había una familia de apellido Kramer que vivía junto a la señora Gross y, ahora lo recordaba, había oído hablar de un muchacho, Jim, que había sido compañero de Tommy Hoffman en el colegio y que ahora estaba trabajando en la granja de los Gross para ayudar a la viuda. Y el gato gris que había vivido casi una semana en su casa había pertenecido antes a los Kramer.

Y ahora el hijo de los Kramer estaba muerto, y bajo circunstancias que muy bien podía llamarse suicidio. El suicidio humano número tres y de nuevo una conexión entre él y el de un animal.

Repentinamente, Staunton ya no tuvo más miedo. Sintió una calma helada. Sabía lo que debía hacer y rápido. Ya había perdido mucho tiempo.

Eso, sea lo que sea eso, no era para un «sheriff» de condado. Era algo digno de ser investigado por la F.B.I. y por científicos calificados. No que no debiera decírselo también al «sheriff». Pero además tenía que hablarlo con autoridades más competentes, aunque la F.B.I. no lo tomara en serio y solamente designara elementos de rutina para hacer la investigación. Quizá podría incluso interesar al ejército. Afortunadamente, debido a sur trabajos en satélites y en los proyectos para llegar a la Luna, conocía a varios oficiales de alta graduación y a otros homólogos de la F.B.I. o que más importaba, en realidad, era que ellos lo conocían a él suficientemente bien como para tomar en serio aún lo más inverosímil que les dijera.

Apenas consiguió los papeles de la señorita Talley, empezó a llamar gente. Pero otra cosa se le ocurrió repentinamente y era tan importante como las llamadas: movilizarse de inmediato del lugar en que vivía.

Ya estaba caminando hacia el auto cuando decidió esto. Tenía que ir a la casa, tomar su equipaje y ponerlo rápidamente en el coche. Después se marcharía rápido a Green Bay, se alojaría allí en un hotel y seguiría haciendo llamadas a larga distancia. Si en realidad tenía

tanta influencia como creía, habría gente de la F.B.I. y otros agentes en el pueblo antes que terminara el día. Y mientras los esperara, podía dedicarse a investigar lo más que pudiera la muerte de Jim Kramer e incluso agregar esto a sus documentos. Una secretaria de Green Bay podría cuidarse de esto, a menos que la señorita Talley quisiera irse con él hasta esa ciudad. Casi estuvo seguro de que lo haría.

El sentido perceptivo le indicó a la cosa mental que Staunton no estaba en casa. Esto era verdaderamente sorpresivo a esa hora de la mañana. Staunton casi nunca se iba a la ciudad tan temprano. Ni se había ido a pescar ni a caminar porque el coche tampoco estaba. Todavía...

La cosa mental hizo averiguaciones. Todas las cosas de Staunton estaban todavía allí, excepto las ropas que estaría usando. Los platos en el lavatorio y alguna otra pista, indicaban que había tomado desayuno. Debía haber despertado más temprano que de costumbre y, por alguna razón, partir temprano al pueblo antes que hacerlo a la hora habitual, que era tarde en la mañana o al empezar la tarde. Nada de qué preocuparse. Tenía que volver. Y, a menos que por afortunadas circunstancias durmiera hoy la siesta. mañana...

Aunque, disfrazado de gato, había pasado casi una semana en la casa, había estado, por eso mismo, privado de su sentido perceptivo. No había podido mirar dentro de los armarios ni de las cajas, ni leer los libros cerrados o las cartas. Ahora, con tiempo, podía remediar esas faltas. Y lo hizo.

Para las referencias futuras, desde que se hubiera apoderado de Staunton y b tuviera de huésped, ya no tendría libertad para su percepción y tendría que depender de la relativamente imperfecta de los hombres. Por eso memorizó la casa y todo lo que contenía. Aunque tuviera a Staunton de huésped, permanecería aquí una semana o dos. Justo lo suficiente para dominar todos los factores que hubiera en la memoria de Staunton. Pero sería muy sospechoso hacer que su huésped abandonara de inmediato y repentinamente la región, ya que sus planes parecían ser el permanecer aquí hasta el fin del verano.

Sintió la vibración de un coche que se aproximaba antes de que estuviera al alcance de su percepción. Era el de Staunton que venía solo dentro. Eran las diez en el reloj de la cocina.

Mientras Staunton entraba en la casa la cosa mental utilizó su sentido perceptivo sobre el auto para completar sus conocimientos. Repentinamente, por primera vez, se dio cuenta de que algo debía hacer sucedido mal. Cuidadosamente envuelto en un viejo trapo estaba el cuerpo muerto, ahogado, de un gato gris. Su penúltimo huésped. ¿Cómo lo había descubierto Staunton y cómo era que lo tenía en el coche? ¿Lo había seguido a través del bosque hasta el arroyo? Nunca había pensado en esa posibilidad, pero tenía que ser eso. Había quedado tranquilo al mirar atrás a la casa y descubrir que no le seguían con la vista. Pero esa pequeña llovizna había permitido que dejara algunas huellas que Staunton se había encargado de seguir. Nuevamente había quedado al descubierto.

Bien, Staunton estaba de nuevo en casa y, más tarde o más temprano, estaría dormido. Y después de eso, sospechara lo que sospechara, ya no importaría.

¿Pero qué estaba haciendo ahora Staunton? Estaba sacando sus dos maletas del desván y llevándolas arriba, poniéndoles después la ropa dentro, guardando su máquina de afeitar y demás objetos del baño. Estaba empaquetando todo para marcharse para siempre.

Pero esto no podía ser. Tenía que detenerlo a toda costa.

Doc Staunton sacó las maletas y las puso en el coche. Después volvió a la casa. La recorrió rápidamente, cerró todas las ventanas, se aseguró de que la puerta de atrás estuviera bien cerrada. En la cocina vaciló entre apagar o dejar encendido el motor a gasolina que gobernaba el sistema eléctrico. Aún había algo de comida en el refrigerador y no se descompondría por un tiempo. Y pensaba volver, aunque no solo ni para quedarse. Mostraría la casa a quien estaría encargado de la investigación. Entonces podría cortar la energía eléctrica.

Se ocupó de todo y, finalmente, salió con sus armas y con su equipo de pesca. Utilizando un cordel, amarró los equipos de pesca en un tosco bulto junto con sus botas, y los llevó al coche. Volvió para buscar las armas. Eso era todo. Se puso la pistola en un bolsillo, debajo del otro brazo los dos rifles y se encaminó hacia el coche listo para abrir la puerta.

Estaba a punto de abrir la puerta, cuando vio al ciervo armado de un asta de seis puntas. Estaba a unas cincuenta pies de distancia, al borde del bosque, junto al lugar donde la carretera se acercaba al patio de la casa. Lo miraba fijamente. Bajó la cabeza y escarbó en la tierra, preparándose para una carga.

Rápidamente se metió en el coche y lo puso en marcha. Tuvo que maniobrar con mucha habilidad, pero tenía pocas probabilidades de escapar si el ciervo se ponía en movimiento.

El ciervo no lo iba a dejar pasar. Empezó la carga en el momento en que auto empezó a moverse. Frenó bruscamente y trató - pero no tuvo tiempo - de disminuir el impacto haciendo retroceder el coche. Con la cabeza baja, el ciervo era un proyectil de doscientas libras que se clavó en el centro del radiador entre las luces. Quedó convertido en doscientas libras de carne, con el cuello, los cuernos y la cabeza quebradas. El coche había alcanzado a moverse dos pies hacia atrás, pero solamente el movimiento que hizo Doc para un lado le impidió romperse la cara o el cuello, cosa que indudablemente le habría sucedido de haber permanecido erecto.

Se levantó lentamente. El motor se había liquidado o había sido liquidado por el repentino movimiento hacia atrás que Doc intentó cuando todavía estaba andando hacia adelante. Apagó, el motor. Ni siquiera intentó hacerlo partir de nuevo. Sabía que no podría empezar a andar de nuevo hasta que lo hubiera llevado a un garaje donde, por lo menos, deberían cambiarle el radiador. No le habría sorprendido que hubiera más daños, un bloque quebrado, por ejemplo.

El rifle del 22 le sería inútil, y aun con la pistola y la escopeta, jamás podría haber llegado a pie a la ciudad o a la casa más cercana con teléfono si una serie de animales huéspedes, por el estilo, le eran lanzados en el camino. Mucho menos, sabiendo que junto al camino había algunas veces más de un toro pastando. Y a uno de los lados de la carretera estaba el bosque que, con toda seguridad, contenía toda clase de osos, ciervos y gatos salvajes. Incluso había una posibilidad mucho peor: quizás se encontrara con un huésped humano conquistado por el enemigo mientras durmiera. ¿Qué podría hacer si la señora Gross o la misma señora Kramer salían al camino con un rifle y empezaban a dispararle? ¿Respondería los tiros? Por supuesto, no podría ser una señora Kramer o Gross en uso de sus facultades la que hiciera eso, pero aún así sabía que sería incapaz de balear a una mujer... Y ni importaba cuántos animales o humanos pudiera matar en camino al pueblo: tarde o temprano cualquiera de ellos tendría éxito y lo mataría a él. Sabía, o estaba casi seguro, de que sólo luchaba contra una mente, pero se trataba de una mente que podía lanzar contra él una cantidad innumerable de enemigos, de tal modo que él nada podría hacer contra ellos.

Bien, reflexionó, al menos la guerra fría se ha terminado; el enemigo, cualquiera que sea, ya no finge más. Por lo menos respecto a él, Doc Staunton, no haría más intentos para esconderse ni para ocultar su poder. Quería mantenerlo allí y podía hacerlo. Buscó detrás suyo la caja de municiones y cargó todas las armas y se llenó los bolsillos con cartuchos.

Extraño, pero no estaba asustado en lo más mínimo. Estaba perfectamente en calma. Y analizando. Y supo lo que tenía que conseguir si quería ganar esta guerra. Si la quería ganar, su cerebro tenía que ser el arma más poderosa. Las armas de fuego probablemente ganarían una batalla, pero no la guerra.

En primer lugar, la supervivencia, ¿estaba más a salvo aquí, en el coche, que dentro de la casa? Se dio cuenta que estaría mucho más cómodo, especialmente si se producía un sitio prolongado, dentro de la casa. El enemigo ya le había dado a entender que prefería matarlo antes que permitirle conseguir ayuda. ¿Pero lo mataría de todas maneras el enemigo si él le demostraba que aceptaba la situación que aceptaba el sitio y que no pensaba escapar?

No podía estar seguro, pero una cosa podía hacerle saber si el enemigo respetaría o no su vida si desistía de escapar. Si el enemigo lo quería muerto, ya lo podía haber matado. Él no había notado al ciervo parado al borde del camino, pero el ciervo lo estaba esperando.

Podía haber cargado antes, y a él en vez de al coche. Y todavía ninguna de las armas estaba cargada.

Por lo tanto, a la casa. Salió cuidadosamente del auto, con la pistola en el bolsillo y el revólver preparado y miró a su alrededor. Nada vivo había a la vista. A menos que...

Miró arriba. A unos cien pies de altura había un pato salvaje volando en círculos como si fuera un buitre. Un pato nunca vuela de ese modo. ¿Ataque aéreo? No había pensado en estos riesgos antes, cuando calculaba las posibilidades de llegar a pie hasta el pueblo. Pero ahora se daba cuenta de que un ataque tipo kamikaze sería tan peligroso como el de una manada de caballos salvajes. Mantuvo la vista fija en el pato mientras se acercaba a la casa. Repentinamente, cuando estaba a mitad de camino, el pato se precipitó. Levantó el revólver para disparar y saltar de inmediato al lado, pero no fue necesario disparar. El pájaro no descendía sobre él, sino a un punto a unas doce yardas de donde estaba. Chocó en tierra con un sonido sordo y levantando una pequeña ola de polvo y, probablemente, hizo un pequeño agujero en el suelo duro del patio.

Pensativamente, Doc entró en la casa y cerró la puerta. No, el enemigo no estaba tratando de matarle, pero sí de mantenerle encerrado en este lugar. La picada del pato no podía haber errado por tanto si iba dirigida contra él. El enemigo le estaba haciendo una demostración de la futilidad de sus pretensiones de escapar a pie, mostrándole - como si lo otro no le bastara - otros medios más peligrosos todavía. El pato salvaje se podría haber precipitado tanto encima de él como en otro lugar: no tenía que perder ya que, de todos modos, estaba intentando una jugada suicida. Por lo tanto, el enemigo no lo quería muerto, siempre y cuando lo pudiera mantener encerrado aquí.

Volvió a cargar el revólver y lo colocó junto a la ventana al lado de la puerta principal. Se vació los bolsillos de todos los cartuchos y municiones que tenía y los dejó en el sofá al alcance de su mano. Después se sentó en un brazo del sofá, frente a la ventana y mirando para afuera.

Allí nada se movía. ¿Se estaría imaginando cosas? ¿No sería fácil y dirigirse a la ciudad? No, si con el ciervo no había prueba suficiente, con el pato ya bastaba.

Ahora no habían ataques y no creía que los volviera a haber mientras se mantuviera aquí y no tratara de irse. Pero, ¿por qué?

Se fue al refrigerador para conseguirse una botella de cerveza, pero cambió de opinión y regresó. La cerveza aunque la bebiera moderadamente, le frenaría su capacidad para pensar. Y en este caso, la más leve disminución de las facultades mentales le perjudicaría.

¿Cuál era la naturaleza del enemigo? ¿Humano, posiblemente con una mutación extraña, con una notable capacidad sicológica para apoderarse de las mentalidades ajenas? ¡Demonio! ¿Un extraterrestre? Algo de eso; la última posibilidad aparecía como la menos inverosímil. Tal como lo había dicho la señorita Talley, efectivamente hay una gran cantidad de mundos habitables en el universo. ¿Por qué no iba a poder desarrollarse una serie de inteligencias superiores en alguno de ellos? ¿Por qué la Tierra tenía que ser la única? ¿Y por qué no iba a poder, una forma de inteligencia desarrollada, inventar también una manera de trasladarse en el espacio? ¿Por qué tenían que ser los hombres los primeros en hacerlo?

Sí, definitivamente parecía más posible que las otras alternativas que podía imaginar, y menos peligrosa.

¿Pero por qué atacaba siempre en forma individual?

¿Porque ya sabía lo bastante para considerarse definitivamente peligroso para el enemigo? Sí, lo era; a pesar de lo que el enemigo (sigamos llamándolo así, pensó, aunque no sepamos exactamente lo que sea) pudiera, él mismo, saber.

Por supuesto, se dio cuenta: con el gato de huésped había pasado cinco días con él. Había escuchado lo que le había dictado a la señorita Talley y sabía que pensaba enviar los documentos que había redactado a dos amigos importantes. Resultaba que el enemigo lo había estudiado a él todo el tiempo que Staunton lo tuvo cautivo para investigarlo.

Sí, era peligroso para el enemigo y el enemigo lo sabía. Pero ¿por qué entonces el enemigo no lo había matado? Con el ciervo lo podría haber hecho fácilmente, con sólo cargar antes de que subiera al coche y no después. Y con el pato-bomba ni siquiera lo había intentado: la caída en la tierra no había sido un intento serio para matarlo. El enemigo lo quería vivo, pero aquí dentro y no en cualquier parte. ¿Por qué?

¿Porque lo necesitaba como huésped? Parecía una respuesta acertada, pero entonces, ¿por qué no lo había cogido ya y ni siquiera lo había intentado?

Nada sucedía afuera y se dirigió a la cocina para prepararse un café. ¿Era necesaria al enemigo una especial circunstancia para apoderarse de un huésped?

De repente se le ocurrió una respuesta posible. Mientras más la pensaba más real le parecía. Tommy Hoffman había sido cogido mientras dormía. Lo mismo sucedió con Siegfried Gross. Era menos probable que Jim Kramer hubiera estado durmiendo, pero podía ser posible. Y los animales huéspedes. Casi todos ellos - especialmente los perros y los gatos - duermen frecuentemente, aunque en forma breve, tanto de día como de noche.

Pero si el enemigo estaba esperando que se durmiera para poder cogerlo, ¿por qué no lo cogió la noche pasada? No había dormido demasiado bien, pero por lo menos, había dormido un poco. Entonces una respuesta, por lo menos una respuesta se le ocurrió: por una razón desconocida, después de la muerte del gato gris el enemigo se había apoderado de Jim Kramer y había esperado hasta poder hacer aparecer su muerte como un accidente y no como un suicidio. Lo cual era una prueba, o por lo menos un indicio nuevo, de que el enemigo era singular, uno solo, no plural y que, por lo tanto, sólo podía operar en un huésped cada vez. Si pudiera asegurarse...

Tomando una rápida decisión, Doc cogió la pistola, fue a la puerta, la abrió y dio unos pasos cautelosos hacia afuera, hacia la pequeña terraza y levantó la vista.

Pájaros, pájaros, muchos pájaros estaban haciendo círculos, seis o siete. Pájaros en plural. ¿Se había equivocado?

Pero se tranquilizó cuando pudo contemplarlos mejor y verlos con más claridad. Estos pájaros no eran huéspedes; eran buitres que hacían círculos sobre el pato muerto y sobre el cadáver del ciervo. Se preparaban para un festín de carroña. Pájaros ordinarios. Nunca antes los buitres le habían parecido hermosos; esta vez sí.

Entonces, desde el bosque, vio que se acercaba otro pájaro; parecía otro pato. A medida que se acercaba iba tomando altura hasta que se lanzó derecho contra él.

Probablemente lo podría haber herido disparándole hacia arriba, pero no valía la pena correr el riesgo. Retrocedió rápidamente hacia la casa y cerró la puerta. Un segundo después se oía el sordo golpe de la caída del pato al borde de la terraza.

Doc sonrió ladinamente. Tomándose ese leve riesgo que significaba salir afuera, había comprobado por lo menos una de sus tesis. Si el enemigo fuera capaz de conquistar una criatura despierta, fácilmente podría haber escogido uno de los buitres. Estos estaban mucho más cerca de él. O a todos ellos, si pudiera conquistar varios a un tiempo. En vez de eso, había tenido que perder tiempo en buscar otro pájaro mucho más lejos, un pájaro que estaba durmiendo, probablemente.

Peligroso como era el enemigo, tenía también limitaciones.

Había esperanza entonces. La señorita Talley le estaba esperando; tarde o temprano se inquietaría y llamaría al «sheriff», pero otros oficiales deberían acompañarlo y, si eran atacados, tendrían que volver con todo un destacamento. Un grupo de hombres armados podría habérselas con cuantos huéspedes les lanzara el enemigo, siempre que siguiera haciéndolo con un animal por vez.

Sí, la ayuda tenía que venir. Su problema principal sería permanecer despierto hasta entonces.

Capítulo XIX

Durante un tiempo que parecía una eternidad no sucedió nada. Cayó la noche, el tiempo para dormir. Doc subió la escalera y encendió todas las luces, las de arriba y las de abajo.

Entonces se apagaron todas las luces juntas.

¿El generador? El generador, por supuesto. El motor de gasolina tenía suficiente combustible; había bastante en el tanque para que funcionara por varios días más. Pero tanto el generador como el motor que lo ponía en marcha, se habían detenido.

El enemigo se había apoderado de otro huésped. ¿Un ratón? Probablemente un ratón; uno doméstico si había alguno en el subterráneo, uno de campo en caso contrario. Cualquiera de los dos tenía que haber sido guiado abajo, al motor, y haberse metido de tal manera que produjo un cortocircuito o algo parecido. Ahora el ratón debía estar muerto en algún lugar del motor... Y no tenía objeto tratar de arreglarlo; había más ratones, viniera de donde viniera el primero. O, quizás, no había sido un ratón. Aún un insecto, dirigido por un cerebro inteligente, puede situarse en un lugar en que morirá al mismo tiempo que destruye un motor.

Por encima de todo, debía mantenerse despierto.

Dormir sería el fin.

Salió la luna. Era una luna tres cuartos, pero brillante, en un cielo claro y sin nubes. Podía ver fuera de la casa en todas direcciones. Y a las ventanas del salón llegaba bastante

luz como para que pudiera ver muy bien, lo suficiente para poder caminar sin tropezar con nada. Tenía la linterna, pero aunque poseía una batería de repuesto, no le iba a alcanzar para toda la noche; tendría que utilizarla de vez en cuando solamente.

¿Por cuánto tiempo sería capaz de permanecer despierto? Por otras veinticuatro horas, pensó, a pesar de haber dormido tan poco la noche anterior y de sentirse cansado ya.

Tenía hambre también, pero decidió no probar bocado. La comida tiende al sueño, especialmente cuando antes de comer ya se está cansado. Un hombre hambriento puede mantenerse despierto por más tiempo que un hombre lleno. Al menos hasta que el agotamiento y la debilidad no lo liquiden. Esto no podría suceder en su caso. Sabía que podía resistir mucho más sin comer que sin dormir.

Se paseaba, pensaba, trataba de pensar con exactitud. De algún modo tenía que contraatacar. ¿Pero cómo?

¿De qué modo era vulnerable el enemigo? ¿Acaso era incorpóreo o tenía un cuerpo propio, que quizás descansaba cuando utilizaba un huésped? Pensó que tenía que tener un cuerpo: primero porque le resultaba casi imposible imaginarse un ser sin cuerpo; segundo, porque estaba recordando algo extraño conectado con el suicidio de Siegfried Gross. Esa noche, una lata de carne y un plato de sopa habían desaparecido del stock que tenía Elsa Gross en el refrigerador. Gross difícilmente se los habría consumido en esa forma. Y no tenía ninguna razón para haberlos vertido de ese modo dentro de un recipiente. Pero eran materias primas para una solución nutritiva que había alimentado a alguien o a algo mediante compuestos químicos muy similares a los que precisaba un terrestre. ¿Había sido utilizado Gross como huésped para alimentar al enemigo antes de matarse? Parecía grotesco, en realidad, pero, ¿había algo que no pareciera así entre todo lo que había sucedido? Por lo menos, parecía posible.

Fue a la cocina y utilizó lo menos que pudo la linterna para hacerse un café. Cuando lo tuvo listo, volvió a sentarse en el sofá del salón y a mirar atentamente la oscuridad iluminada de fuera.

¿Dónde estaría el cuerpo del enemigo? Muy probablemente, pues debería haber un límite para el alcance dentro del cual operaba, debía estar en las cercanías; la casa era el foco del ataque. Muy probablemente estaba a la vista de la casa. Era concebible, incluso, que estuviera dentro. No pensó mucho que el enemigo hubiera hecho esto último dándole tan gran handicap; pero era una probabilidad de contraataque y decidió aprovecharla. No en la noche, pero tan pronto viniera la luz de la mañana. Se pondría a registrar cuidadosamente el interior de la casa, listo para disparar si veía cualquier cosa viva por ahí.

Fue una noche larga y sola, la más larga y más sola que jamás había tenido. Pero terminó.

Cuando hubo luz suficiente, registró minuciosamente la casa, habitación por habitación y después hizo lo mismo con el sótano. No sabía, por supuesto, qué era lo que estaba buscando, ni su tamaño ni su forma, pero, a no ser que el enemigo tuviera también la habilidad de disfrazarse de vulgar objeto doméstico, o de hacerse invisible, - y no creía ninguna de esas posibilidades -, no cabía duda que no estaba dentro. En el sótano comprobó que sus sospechas sobre la suerte del generador eran fundadas. Algo como un ratón se había infiltrado entre los alambres y ahora no era mas que un cadáver enrojecido. ¿Podía haber limpiado el asunto para que volviera a funcionar, ¿pero con qué objeto? Si el enemigo quería que él no tuviera electricidad, no le costaba nada enviar otro huésped que haría un trabajo semejante.

Sólo otra posibilidad se le había ocurrido durante la noche. Ya que el enemigo quedaba desamparadamente prisionero en cierto sentido del huésped que escogía, y solamente podía escapar de él con su muerte, entonces había un manera por la cual, él, Doc, tendría oportunidad de invertir los papeles. Si podía herir levemente y capturar, o capturar sin herir, a cualquiera de los huéspedes que el enemigo estaba usando en su contra, y mantener a este huésped vivo y en tales circunstancias que no pudiera suicidarse, entonces el enemigo quedaría desamparado por un momento. Y esto sería quizás suficiente para poder volver a la ciudad vivo y sano.

¿Pero tendría tanta suerte?

Miró arriba, al techo, y descubrió a una polilla girando por el aire; sintió una repentina esperanza. ¿Sería él? Una polilla no es un ser peligroso de ningún modo, pero quizás el enemigo la estaba controlando para observarlo más de cerca.

Casualmente, subió arriba y entró en el desván cerrando la puerta tras él. Se puso a trabajar con rapidez y fabricó una red rústica para cazar mariposas. Dobló un alambre dándole una forma aproximada de círculo. Arrancó un trozo del forro de una maleta para imitar un poco la malla de la red y la sujetó alrededor del alambre. Amarró este asunto a un pedazo de madera que encontró por ahí; parecía una lejanísima imitación de una red para mariposas, pero, probablemente, cumpliría parecido objeto.

La polilla todavía daba vueltas por el aire. Le costó varios intentos, pero al fin logró atraparla. La sacó de la red con infinito cuidado para no dañarle ni siquiera un ala. Después, en la cocina, encontró una caja de fósforos y la vació. Puso la polilla dentro y cerró la caja,

La polilla viviría un tiempo, el suficiente para que pudiera escapar. Claro, en el supuesto que la polilla fuera...

Tenía que comprobarlo de inmediato, pensó. Tomando la pistola, salió afuera. Miró a los alrededores y no vio nada de qué asustarse?. Ni siquiera en el aire, encima.

Respiró profundamente y empezó a caminar. Había andado unos diez pasos cuando algo le hizo mirar arriba de nuevo. Un enorme halcón se había acabado de elevar desde el techo de la casa y se estaba cerniendo en círculos. Se precipitó sobre él con intenciones de matar, no sólo de asustarle y de obligarle a regresar a la casa.

Levantó la pistola a penas cuando el halcón estaba a unos ocho pies de altura sobre su cabeza y acercándose corno un verdadero proyectil. Saltaron la sangre y las plumas. algunas recto hasta la cara. El resto de lo que había sido un hermoso pájaro se estrelló en el suelo a unos dos pies de él.

Corrió de vuelta a la casa, se lavó la sangre de la cara y se sacudió la ropa. Después abrió la caja de cerillas y dejó en libertad a la polilla, al bicho que sólo era una polilla y no un huésped del enemigo. Había tenido una buena idea, pero el enemigo parecía no tener la intención de darle un medio tan fácil de ganar.

Capítulo XX

Y después... no pasó nada.

Los minutos avanzaban como horas. Actualmente hacía ya más de veinticuatro horas que no dormía. Y la noche anterior apenas había dormido tres horas.

La mayor parte del tiempo lo pasaba caminando de ventana en ventana mirando afuera a... nada. Sus piernas le dolían desastrosamente y habría dado mil dólares sólo para poder descansar unos minutos, pero eso era demasiado pesaroso. Ni siquiera se atrevía a sentarse

confortablemente y apoyar la espalda. Cuando se sentaba lo hacía en el brazo del sofá y mirando para afuera, o en el borde de una silla de la cocina. De tiempo en tiempo se bebía una taza de café. Ahora se lo bebía frío: se había dado cuenta, hacía tiempo, que el efecto soporífero de la cafeína quedaba algo neutralizado por el calor.

La mañana iba acabándose. Seguramente el «sheriff» o la policía del estado vendrían a ayudarle. Seguramente la señorita Talley no tardaría más y habría notificado a uno o a otros, les habría dicho que habían quedado de encontrarse ayer por la tarde y que él no había aparecido y debía estar por lo tanto en un apuro o en peligro.

No podría aguantar mucho más. Ahora ya le resultaba peligroso hasta sentarse. Los ojos se le cerraban imperceptiblemente y tenía que hacer un esfuerzo para abrirlos. Y aunque era un fumador moderado, ya había: utilizado tanto la pipa que tenía la boca hinchada. La bencedrina la habría pagado a precio de oro pero no tenía nada, no se está preparado para estar tanto tiempo despierto en vacaciones.

Ya era casi la tarde y estaba de pie en la ventana del salón, deseando, pero sin atreverse, a apoyar la cabeza en el vidrio, cuando escuchó el sonido de un coche que...

Cogió la pistola y abrió la puerta principal, pero se quedó allí mismo, listo para cubrir al «sheriff» o quienquiera que fuese, contra un ataque de cualquier dirección.

Entonces el coche dobló hacia el patio. Un auto pequeño, un Volkswagen, y dentro estaba la señorita Talley, sola.

Hizo tremendas señales indicándole que cambiara de dirección, en la esperanza de que si se movía...

Pero ella entró directamente, sin fijarse en las señas, porque su atención estaba concentrada en la camioneta de Doc y en el ciervo muerto junto a ella. Desde allí salían volando pesadamente algunos buitres mientras el coche se les acercaba. Detuvo el motor antes de mirar hacia la puerta y antes de verlo a él.

- ¡Señorita Talley, vuelva rápido a la ciudad. Traiga aquí a la policía del estado! - le gritó, Y...

No sirvió de nada. Escuchó el galope de un toro que venía cargando a sólo unos cien pies de distancia. El Volkswagen estaba solamente a unos doce pies de Doc y, repentinamente, vio una posibilidad, aunque arriesgada, de ganar. Si podía herir al toro sin matarlo, ponerle fuera de acción con, digamos, una pata quebrada para que no pudiera matarse a sí mismo y liberar al enemigo para coger otro huésped...

Gritando a la señorita Talley que permaneciera en el coche, corrió tras él y apuntó el rifle; si pudiera calcular bien la distancia y apuntar bajo para tocar las patas...

La puntería y la intención eran buenas, pero la excitación hizo que dispararse antes de tiempo. El disparo tocó al toro, pero no lo detuvo. Se revolvió rabioso, y cambió de dirección lanzándose directamente contra él y no contra el Volkswagen. Cuando le disparó por segunda vez, estaba ya muy cerca, a unos diez pies de distancia. El disparo tenía que ser a matar, y lo fue. Debido a la velocidad que llevaba el toro, tuvo que saltar a un lado. El toro cayó muy cerca.

Abrió la puerta del Volkswagen.

- Apresúrese en entrar a la casa, señorita Talley. Tenemos un minuto de tregua antes que intente otra cosa, pero no podemos perder tiempo.

Partieron corriendo. El rifle estaba vacío y las municiones estaban dentro. Desde la puerta miró atrás y hacia arriba. Un gran pájaro que no era buitre, estaba haciendo círculos en el aire, pero, si quería atacar, ya era demasiado tarde. Entró y cerró la puerta.

Rápidamente, mientras volvía a cargar el arma, le contó a la señorita Talley lo que había sucedido desde ayer.

- Oh, doctor - dijo ella -, si solamente le hubiera insistido al «sheriff». Lo llamé ayer a la tarde. No parecía creer que usted pudiera estar en dificultades, pero dijo que vendría. No pude verle hasta esta mañana y me dijo que habían sucedido varias cosas, que no había podido venir ayer y que vendría mañana. Creo que pensó que eran imaginaciones mías, que usted no estaba en realidad en ningún apuro, que nada podía ser muy grave.

- Mañana... - Doc sacudió la cabeza tristemente -. De ningún modo alcanzaré a estar despierto hasta mañana. Y si estoy en lo cierto... tan pronto como me vaya a dormir... ojalá no hubiera venido, señorita Talley, ahora usted también está metido en este lío.

- ¿No cree que exista ninguna posibilidad de llegar en mi coche hasta el pueblo? Yo podría ir guiando y usted usaría las armas.

- Una posibilidad entre mil, señorita Talley. Fuera de la probabilidad de que haya vacas en el lugar de donde partió el toro, sin mencionar los demás ciervos del bosque, juraría que un pájaro grande sería equivalente a una bomba si cayera sobre un coche tan liviano como el suyo, ¿cuántas veces nos libraríamos? ¿Los vecinos se darán cuenta que usted no llegará a casa esta noche, verdad?

- Oh, querido, creo que no. De vez en cuando voy a Green Bay a algún espectáculo y tengo allá una cuñada que me acompaña y con la cual habitualmente me quedó algunos días. Así que nadie me echará de menos esta noche si no llego. Los vecinos supondrán adónde he ido y nadie se preocupará. Oh, si hubiera llamado a la policía del estado en vez de venir yo... no se me pasó por la mente esa posibilidad...

Doc gesticuló débilmente.

- No se enoje consigo misma, señorita Talley. Yo no tengo la culpa. Cometí el primer error, los dos primeros errores. Por ningún motivo debí haber permanecido aquí la otra noche después del suicidio del gato gris. Eso convirtió a esta casa, o al menos a esta zona, en un foco. Y ayer por la mañana, después de saber de la muerte de Jim Kramer, nunca debí volver aquí para empacar mis cosas. Esta fue la gran falla, la que me cogió. - Frunció el entrecejo. - Bebamos algo de café. Lo he estado bebiendo frío, pero ahora que tengo alguien con quien conversar, me arriesgaré a uno caliente. No me atrevo a sentarme y no quiero que usted lo haga aunque me siga conversando de viceversa. Quizá podamos inventar algo. Tenemos que inventar algo.

En la cocina, descansó un poco apoyado en la pared, mientras ella empezaba a hervir agua para el café. Era el que más conversaba de los dos, porque tenía más que decir.

- El extraño - dijo la señorita Talley, con firmeza cuando nombró por primera vez al enemigo -. Doctor, ¿por qué no admitimos que estamos luchando contra o al menos defendiéndonos de, un cerebro extraterrestre? ¿Qué más puede ser?

- Un ser humano mutante. Uno que ha nacido con lo que Charles Fort llama un talento salvaje.

- ¿Cree verdaderamente en eso?

- No - dijo Doc -. Ni en la otra posibilidad que se me ha ocurrido, un demonio. Pero no quiero determinarlo por ahora. Mientras no gane o pierda no quiero llamarlo de otro modo que el enemigo. No nos molestemos por nomenclaturas, señorita Talley. Hay mucho más de que preocuparse. Primero de todo, ¿qué posibilidades tenemos? Por supuesto, puedo equivocarme al pensar que el enemigo me quiere tener, - mejor nos quiere tener - encerrados aquí hasta que vuelva a quedarme dormido.

- ¿No se le ha ocurrido nada en contra de eso?

Le contó su idea de que hiriendo a un animal controlado por el enemigo tendrían tiempo para escapar.

- Pero - agregó - es muy difícil herir a un animal de tal modo que no pueda continuar atacando o darse muerte a sí mismo. Hay que quebrarle una pata para inmovilizarle.

- ¿No tiene un rifle?

- Solo un 22. Todavía está en la camión y no vale la pena ir a recogerlo de nuevo. Valdría la pena si tuviera balas largas, pero solamente tengo cortas. Las quería utilizar solamente en práctica de tiro. Tengo una pistola, pero no me atrevo a correr el riesgo - mi puntería no es excesivamente perfecta - de disparar a un animal que carga sin tirarle a matar.

Sacudió la cabeza débilmente.

- Creo que se da cuenta del riesgo de ser herido y por eso prefiere usar pájaros. Aunque lograra herir levemente a uno a gran altura, ya iría cayendo y el golpe lo mataría... Pero, Dios mío, si me estoy quedando dormido.

- ¿Puedo hacer algo para ayudarle?

- Sólo mantenerse hablando o escuchando. A propósito no he querido comer nada para mantenerme despierto, pero eso no quiere decir que usted no pueda tomar algo del refrigerador si lo desea. El refrigerador está sin corriente desde ayer, así que no intente consumir lo que no sea conserva.

El café estaba listo. Le sirvió dos tazas y las llevó a la mesa.

- Gracias, todavía no tengo hambre, pero quizás deba preparar más café.

- Si usted quiere. Pero ¿por qué?

- Si se las arregló para cortar la electricidad, perfectamente podía hacer lo mismo con el gas. Y a usted no le gustaría quedarse sin café aunque tuviéramos que beberlo frío.

- No creo que puedan hacer eso a no ser que utilicen un huésped humano. Cuesta mucho cerrar la llave del gas butano. No hay nada que perder, sin embargo, preparando una o dos cafeteras más.

Puso de nuevo la tetera en la cocina para hervir más agua y se sentó en la mesa al frente de él.

- ¿Qué tal el suministro de agua?, porque, si puede destruirlo, convendría llenar algunas vasijas con agua.

- No creo que sea necesario. - Le explicó cómo trabajaba el sistema del agua -. Fácilmente podría destrozar la bomba que sube el agua al tanque, pero este mismo es demasiado grande, pesado y sólido como para que lo destruya. Debe estar lleno hasta la mitad. Tenemos más agua de la que necesitamos. Normalmente hay más de doscientos galones.

» A propósito de agua, apenas termine esto recuérdeme que tengo que hacer algo: una ducha fría y un cambio de ropa me hará bien. Se me podría haber ocurrido en la mañana, pero no fue así.

- Parece buena idea. Me prepararé algo de comer mientras usted esté arriba. Debe estar muy hambriento y de este modo no me verá comer.

- De acuerdo. Pero haga un circuito por las ventanas de vez en cuando y avíseme si ve algo. Llevaré la ropa limpia al baño para terminar más rápido. Y esto me recuerda...

Empezó a levantarse, pero la señorita Talley, con sus maneras más profesoriles, le ordenó que esperara un momento y partió a hacer el primer circuito de las ventanas. No vio nada de importancia ni nuevo, salvo que los buitres habían vuelto a comerse el ciervo

muerto. Nada le ocurría todavía al toro muerto; el ciervo ya estaba podrido y era un plato más sabroso.

Doc guiñó un ojo.

- No espero que suceda nada. Este es un juego de esperas, a menos que uno de nosotros trate de salir. No ha hecho ningún intento de entrar en la casa, en ninguna forma y, si lo quisiera, podría haberlo hecho hace tiempo. Cualquier animal grande puede derribar las puertas, a menos que le dispare antes.

- O un ser humano; no me explico cómo no ha enviado ninguno contra nosotros.

- No tiene ninguna razón para hacerlo, salvo que quisiera matarme y, aparentemente, no lo quiere, a menos que salga. En cierto sentido, me gustaría que enviara alguno. Es peligroso disparar a las patas de un toro que carga, pero a las piernas de un hombre es cosa fácil.

- Doctor, cuando llegué, ¿cómo supo que no era el enemigo? Usted pudo haberme disparado fácilmente en una pierna.

- No me pasó por la mente. - Rió -. Y si me hubiera ocurrido, el toro corriendo detrás suyo habría sido prueba suficiente. Estamos casi seguros que la cosa esa no puede controlar a más de un huésped a la vez. - Se levantó y estiró los brazos luchando con un bostezo -. Bien, a la ducha. Y haré circuitos pertinentes en el segundo piso mientras corre el agua. No tendrá necesidad de moverse mientras no sienta que me estoy bañando.

Subió arriba y bajó media hora más tarde con un aspecto algo más fresco. La señorita Talley había terminado de comer y se sentaron en el salón conversando por turnos. Doc insistía en hacer periódicas revisiones de las ventanas él mismo y en no permitir que las hiciera ella. Le explicó que el peligro de ir a dormir era menor si lo hacía solo. Y mucho mayor si ella lo dejaba solo en el salón. Entonces quedaría dormido como piedra.

Las horas avanzaban lentamente. Uno y otro pensaron varias maneras de contraatacar pero, por una u otra razón debieron rechazarlas por impracticables o por peligrosas. Una vez Doc verificó que el sitio todavía estaba en funciones saliendo afuera solo y con la pistola. Cuando vio que un pájaro iniciaba la caída vertical, le disparó sin esperar a que se acercara. Pero, aunque parece que lo rozó, tuvo que disparar un segundo tiro cuando ya estaba muy cerca. Tuvo que saltar atrás para evitar que el pájaro b golpeara. Saltó hasta el borde de la puerta. Volvió a cargar la pistola y barrió del suelo de la terraza al que había sido un gran halcón.

La sangre le había ensuciado los zapatos y los pantalones. Subió para cambiárselos y para tomar otro baño. Habla dejado agua en la tina, porque, ya en el primer baño se había dado cuenta de que, aunque creía que había más de cien galones en el estanque, no alcanzarían para todos los baños que quería darse. Pero el segundo baño ya no le ayudó mucho: casi se quedó dormido en la tina y se dio cuenta de que estaba en el límite de su capacidad para mantenerse despierto.

Cuando bajó le contó esto a la señorita Talley y le mandó que llenara un vaso con agua: cada vez que lo viera cabecear y al borde del sueño, como estaría sentada al frente, le debía lanzar un vaso de agua a la cara. Trajo el vaso e incluso una toalla para el caso de que tuviera que utilizarla.

Dos veces en las próximas horas tuvo que tirarle agua a la cara. Las dos veces estaba hablando y, en mitad de una frase se le habían empezado a cerrar los ojos. Eran las seis de la tarde cuando sucedió por segunda vez. Dentro de unas dos horas todo estaría oscuro de nuevo. Dudaba de poder mantenerse despierto hasta esa hora y estaba seguro de que más allá no pasaría en todo caso.

Cuando terminó de secarse la cara, le dijo, levantándose:

- Señorita Talley, no tiene objeto continuar de este juego; aunque pusiera clavos en esa silla y me sentara encima, perdería igualmente la conciencia. Tendremos que hacer una o dos cosas. Hay tanto peligro en una y otra para usted y para mí, por lo tanto dejaré que usted decida cuál utilizaremos.

»Una, dejo inmediatamente este lugar mientras puedo mantenerme despierto y trato de llegar al pueblo o por lo menos hasta la granja más próxima para llamar por teléfono. Tomaría la pistola y le dejaría el revólver. Quizá pueda hacerlo, quizá estamos sobreestimando la distancia a que el enemigo puede operar. De cualquier modo, si logro hacerlo, usted se salvará (y si no lo logro también) porque vendrán policías, probablemente carros, gente con armas poderosas...

- No - dijo la señorita Talley firmemente si usted sale, salgo yo también. Y yo manejaré. o iremos a pie si usted cree que hay alguna ventaja con ello. ¿Pero por qué habría?

- Porque así es más fácil que me mantenga despierto y, además, podré mirar arriba. Como le dije antes, creo, un pájaro de cierto peso lanzado desde una altura suficiente, si cae recto sobre el techo del coche, lo traspasaría fácilmente y daría muerte quizá a los dos que iríamos dentro. Pero que usted fuera conmigo no era la otra posibilidad que le anuncié antes. No sé en realidad cuál de las dos es más peligrosa.

»La segunda es que, sencillamente, me quede dormido en el sofá del salón, pero tomando una precaución: que usted antes me amarre lo más fuerte que pueda. En la cocina hay una cuerda de cincuenta pies que usted podrá emplear perfectamente. Primero, lo que pueda sucederme mientras esté dormido es sólo una deducción; podríamos equivocarnos. Segundo, si el enemigo se apodera de mí, estará atado y por lo tanto, será incapaz de hacer nada conmigo, como, por ejemplo, herirla a usted, y también le será imposible hacer que me suicide y, por lo tanto, no podrá apoderarse de otro huésped. Y usted, entre tanto, tendrá tiempo para ir a la ciudad y traer ayuda,

- Pero... ¿qué clase de ayuda si usted estará...?

- No podemos hacer cálculos mientras no pongamos el asunto en ejecución. Pero si usted va a la ciudad no habrá apuro. Lleve los documentos para complementar lo que le dirá a la autoridad más importante que encuentre. Quedaré aparte del asunto y alguien tendrá que tomarlo a su cargo. Es preferible la F.B.I. Llame ahí en primer lugar y trate de ponerse en contacto con Roger Price o Bill Kellerman: los dos son amigos míos y será más probable que la tomen en serio. ¿Puede recordar los nombres o prefiere que se los escriba?

- Roger Price o Bill Kellerman. Los recordaré. Pero, ¿como sabré si podré guiar a salvo hacia la ciudad. A menos que... bueno, ¿a menos que después que se quede dormido, se levante y actúe como loco, trate de quitarse las cuerdas o haga algo por el estilo?

- Si hago algo así, usted lo sabrá, por supuesto. Si no, tendrá que hacer lo mismo que yo hice recién: salir afuera con el rifle preparado y... bueno, mirar si la ataca. Si nada sucede, tendrá que correr el riesgo de suponer que el enemigo lo tengo adentro. O, espere, ni siquiera tendrá que correr ese riesgo. Sólo deberá esperar a que el «sheriff» aparezca aquí mañana por la mañana. Esto es menos difícil y más prudente; debiera haberlo pensado antes. Estoy tan soñoliento que no puedo pensar ya nada.

- De acuerdo - dijo la señorita Talley -. Prefiero eso a la primera idea, ésa de marcharse usted solo a la ciudad. En esta segunda, los dos tendremos que pelear juntos.

- Voy a buscar la cuerda, entonces.

Fueron juntos a la cocina a buscarla y, mientras él la buscaba, ella cogió un cuchillo para cortarla. De vuelta en el salón, Doc cogió las armas y las municiones y las puso fuera de su alcance.

- Mantenga todas las armas fuera de mi alcance - le dijo -. También el cuchillo, una vez que haya terminado de ajustar la cuerda. Primero amárreme las manos, detrás, después me recostaré para que me amarre los tobillos. - Se puso las manos en la espalda para que se las amarrara -. Escuche, si me vuelto loco y trato de liberarme de las cuerdas, no se preocupe, golpéeme en la cabeza con la pistola y déjeme inconsciente. Pero trate de no matarme. Si el enemigo se ha apoderado de mí entonces (y lo conseguirá si trato de escapar), si usted me mata, quedará en libertad para coger otro huésped y quedará en la misma situación en que estaba antes, en que estamos ahora. Quizás intentará apoderarse de usted, y usted no será capaz de mantenerse despierta hasta que llegue el «sheriff» mañana.

La señorita Talley estaba terminando un nudo.

- ¿Está seguro que eso no es más peligroso que el que yo tratara de ir directamente al pueblo?

- Por supuesto que no estoy seguro. Pero es mi opinión. Estoy casi seguro que será menos peligroso para usted y para mí.

- Si usted cree eso, de acuerdo. ¿Está bien firme este nudo?

- Perfecto. Y ha puesto el nudo donde no podré alcanzarlo con los dedos. Muy bien, me acuesto entonces. Creo que podré mantenerme despierto hasta que pueda atarme los tobillos.

Lo hizo lo más firme que pudo. En el preciso momento en que terminó el trabajo con los tobillos, frunció él el entrecejo y se quedó profundamente dormido.

La señorita Talley se quedó mirándolo un momento. Y después, porque quería saber inmediatamente si el enemigo se había apoderado ya del doctor y lo estaba haciendo fingir que dormía, cogió la pistola, abrió la puerta y salió al aire libre. Miró arriba. Algo grande y negro estaba cayendo, precipitándose sobre ella, pero se dio cuenta que tenía tiempo para retroceder sin necesidad de disparar un tiro que podía fallar y no matar al pájaro ni desviarlo de su trayectoria. Retrocedió y cerró la puerta un instante antes de que algo pesado se estrellara afuera en la terraza junto a la puerta.

La cosa que se había estrellado había sido un buitre, uno de los tantos que se habían cebado en el cadáver del ciervo y había volado luego a dormir en un árbol cercano. Era el tercero de éstos que utilizaba la cosa mental.

La cosa mental se había molestado mucho por la llegada repentina e inesperada de la profesora Talley, estaba volando criando escuchó el coche que se acercaba. Rápidamente precipitó a tierra a su huésped y se metió en el primer toro que encontró a mano. Había cargado apenas alcanzó al Volkswagen. Su primera intención había sido destruir el automóvil, pero cuando vio que Staunton le disparaba, y como notara que el hombre había apuntado bajo para herir y no para matar, había cambiado de dirección, ahora directo contra Staunton para que este tuviera que tirar a matar y salvar su propia vida.

Entonces, de vuelta en su concha, se concentró en lo que conversaba Staunton con la señorita Talley, durante el tiempo suficiente para darse cuenta que ellos ya sabían la inutilidad de tratar de salir para ir al pueblo o al teléfono más cercano, a pie o en coche. Esto hacía inútil que tratara de destruir este último.

Descansó entonces y se dedicó a estudiarlos. Se sorprendió de la cantidad de antecedentes que habían logrado reunir sobre su existencia. Pero esto no le molestó ya que

no podrían hacer nada a pesar de todo lo que cabían. No necesitaba tener un huésped en el aire. Sabría, por supuesto, cuando uno de ellos tuviera intención de escapar o de salir y, entonces, le sería fácil poner inmediatamente uno en acción.

Pero entonces dedujo, de su conversación, que la señorita Talley le había pedido al «sheriff» que acudiera a ayudarles. Verdad que el «Sheriff» había prometido venir al día siguiente, pero podía cambiar de opinión y venir antes o enviar un delegado. Si otro coche se aproximaba, estaba dispuesto a liquidarlo lo más pronto posible y consideraba la utilidad de matar también al ocupante para evitar que la oposición se reforzara adentro.

Después de esto. como Staunton hacía periódicas giras por las ventanas, la cosa mental tomaba periódicamente también un huésped para vigilar el camino a la casa al mismo tiempo. De este modo, fuera de su cuerpo, le era imposible utilizar su sentido perceptivo y averiguar lo que sucedía dentro de la casa. Después de cada vuelo hacía que su huésped se estrellara en el suelo y estaba automáticamente de vuelta en su concha.

Recién había empezado uno de sus vuelos cuando Staunton declaró que no podría aguantar más: supo que sería éste, quizás, su último vuelo de reconocimiento. Pero como era el último, voló lo más alto que pudo para controlar la carretera hasta la mayor distancia posible. Así, no tenía la menor idea de la última conversación entre Staunton y la profesora. Tampoco sabía que Staunton estuviera atado.

Pero cuando estuvo de vuelta en su concha (y la señorita Talley de vuelta en el salón) se sorprendió todavía al descubrir que su virtual huésped Staunton estaba dormido pero atado con una cuerda. Que estuviera dormido no tenía nada de raro, ¡pero que estuviera atado!

Era demoníacamente inteligente y desconcertante. Ninguno de ellos había pensado en eso, por lo menos no lo habían mencionado, esta idea no la había escuchado en ninguna parte de sus conversaciones. Uno de ellos la debía haber pensado de repente y la habían debido ejecutar a toda velocidad.

Ahora, si entraba en la mente de Staunton quedaría desamparado hasta que alguien desatara al científico. Vacilaba y consideraba los pro y contra de la situación. Se decidió, al fin, por hacerlo. La mujer no iba a tener a Staunton atado para siempre. Y si entraba ahora en el cuerpo de Staunton y fingía que seguía durmiendo, podría hacer uso del tiempo. Podría estudiar hasta los más secretos pensamientos del hombre y, en el momento oportuno, en la noche, por ejemplo, podría sen hacer despertar el cuerpo de Staunton y representaría tan bien el papel del científico que la señorita Talley no sospecharía nada y lo desataría. Y entonces... pero el resto de sus planes podía meditarlo en las horas que pasaría dentro del cuerpo dormido de Staunton.

Entró en su mente.

Y se encontró con algo nuevo. No en calidad, pero sí mucho en grado. Cada mente de que se había apoderado antes batallaba en su contra por sólo una fracción de segundo. Una batalla menor en los animales, una severa pero breve en el caso de las tres mentes humanas que antes había ocupado: la de dos muchachos y la de un anciano alemán.

Esta batalla fue semejante en todo menos en el grado. La lucha duró varios segundos, la más difícil que había tenido en toda su vida y, durante ella, Staunton quedaba en control parcial de su propio cuerpo. Luchó contra lo que estaba sucediendo y se las arregló para erguirse y balbucir:

- Bajo los escalones, algo como...

Pero ahí quedó: la cosa mental ya estaba en su cerebro.

Doc Staunton estaba de espaldas. Respiró algo más hondo una o dos veces y abrió los ojos. Se encontró con los de la señorita Talley que estaba de pie al frente, mirándole fijamente. Le dijo como por casualidad:

- Creo que he tenido una pesadilla, señorita Talley. Probablemente porque estoy agotado. ¿Hice algún ruido?

La señorita se demoró en contestar. Después le dijo muy bajo:

- Hizo ruidos doctor (si es verdaderamente el doctor), usted dijo y lo anoté: «Bajo los escalones, una cosa como...» Y eso fue todo. ¿De qué trataba su pesadilla?

- Dios mío, señorita Talley. ¿Cómo quiere que me acuerde, excepto vagamente? Era algo de un toro que cargaba y yo no tenía el rifle y trataba de... ah, sí, en la pesadilla trataba de escapar hacia la casa para esconderme. Creo que puedo volver a dormir ahora y ojalá no tenga más pesadillas. - Cerró los ojos.

- Doctor, usted me dijo que el «enemigo», como usted le llama, estaba en los alrededores y podía estar escondido aquí en la casa. Y que usted buscó por toda la casa, incluso en la escalera y que no encontró nada. Pero usted no me dijo ahora «escalera». usted me dijo «bajo los escalones». Y existen tres escalones que conducen a la puerta principal Y otros tres que conducen a la de atrás. Voy a ir a mirarlos ahora que todavía hay luz.

- Señorita Talley, eso es ridículo, una pesadilla...

Pero le estaba hablando al aire. La señorita Talley ya estaba afuera con la pistola y el revólver mirando los alrededores de la puerta. Y también llevaba la linterna: todavía había luz, pero podía estar oscuro debajo de los escalones.

Afuera, después de asegurarse que no había nada dispuesto para el ataque - estaba segura que no, pero era mejor comprobarlo - empezó a mirar bajo los escalones utilizando la linterna. No encontró nada, pero decidió continuar su investigación cavando un poco después de revisar los escalones de la puerta de atrás. Dio la vuelta a la casa.

A primera vista no había nada en los escalones de atrás. Nada tampoco debajo. Pero, iluminando con la linterna, notó una especie de mancha, como si hubieran cavado un agujero y lo hubieran vuelto a tapar. Sí, había la marca de una mano allí, ¡la huella de una mano humana!

Sin cuidarse de no ensuciar la ropa, se tiró al suelo y se arrastró hasta que su mano y la cabeza le quedaron bajo los escalones. Empezó a cavar lo más rápido que pudo bajo la parte removida. La tierra estaba blanda allí y la podía extraer con facilidad. Sintió... algo. Podía tratarse de la concha de una tortuga, pero las tortugas no se esconden de esa manera y en tierra seca. Extrajo algo, fuera lo que fuera, y lo empujó afuera a medida que salía. Era algo como una tortuga pero no tenía huecos ni para la cabeza, ni para las patas, ni para la cola, era algo, extraterrestre.

Lo tiró al suelo con asco, puso la boca del cañón de la pistola en su centro y disparó.

Dentro de la casa, Staunton gritó como en agonía. Corrió al frente - aunque la puerta de atrás estaba abierta - y entró en la casa. Se olvidó del revólver, pero todavía tenía la pistola en la mano.

Doc estaba en el suelo en vez de en el sofá, pero descansaba con una sonrisa pacífica, beatífica. Dijo:

- ¡Lo consiguió, señorita Talley! Era él... y no quería que los doctores de la tierra se regocijasen disecando el primer ser extraterrestre que tendrán oportunidad de ver. Un cerebro dentro de una concha y casi nada más. No siquiera tenía órganos digestivos: absorbía la comida por osmosis.

»No me desate todavía, señorita Talley. Sería muy bueno que lo hiciera, pero usted no puede estar segura todavía. Pero déjeme contarle. ¡Dios mío, si tengo miles de cosas que decir! Y asuntos tan importantes que creo que nunca más podré dormir.

Frunció el entrecejo.

- Pobre pequeño extraterrestre. Todo lo que quería era volver a la su casa, pero esto no había sido bueno para la raza humana. Usted ve, señorita Talley, él estaba en mi cerebro, después de esa breve lucha en la cual alcancé a decirle esas palabras tan importantes (y gracias por interpretarlas correctamente) - se estremeció al recordar - pero yo también estaba en su mente. Sé también todo lo que él sabía. Incluyendo, pero será una larga historia, por que escogió cada huésped humano.

- ¿De dónde procedía? ¿De otro planeta del sistema solar?

- No, de un planeta de una estrella muy lejana. De una de la que estamos a una distancia enorme, enorme. ¿Quiere saber qué otras cosas he aprendido, señorita Talley?

Ella no necesitaba contestar: la expresión de su rostro era suficiente.

Doc dijo en voz baja. reverente:

- Una ciencia nueva. Una que ni habíamos sospechado. Viajar Por el espacio sin problemas. Ya podernos destruir los cohetes: son antiguallas. Con lo que ahora sé que estaremos en el espacio dentro de un año. Colonizando lo colonizable dentro de dos y no sólo a lugares dentro del sistema solar: en cualquier parte del espacio, la distancia no importa. Podremos alcanzar un planeta de Alfa Centauro (o cualquier otra estrella) tan fácilmente como nos moveremos en la Luna.

»Y, señorita Talley, cualquiera podrá ir, una vez que los astronautas especializados hayan declarado que el planeta es habitable aún para gente de nuestra edad. Señorita Talley. ¿quiere venir conmigo y ser mi secretaria y trabajar conmigo mientras realizo estos asuntos?

»Y... oh, en unos tres años más, ¿le gustaría hacer un pequeño viaje entre los planetas conmigo? Algunos saltos a Marte y a Venus para empezar (tendremos que ir dentro de trajes especiales al principio) y después... a cualquier lugar a donde queramos en el universo, o quizá solo a aquellos planetas de nuestra galaxia que más se parezcan al nuestro para no tener que andar en un ambiente demasiado artificial... ¿Le gustaría ser la primera, señorita Talley?

Le creía, pero quizá le habría desatado aunque todavía dudara. Le desató primero los tobillos y después él giró para que pudiera destruirle los nudos de las muñecas. Se sentó y se trasladó al sofá.

El preguntó, ya que ella no le había contestado la primera pregunta (no podía, había intentado, pero no podía):

- ¿La contrato, señorita Talley?

Podía decir simplemente sí, nada más. Y así lo hizo, con fervor. Pero el doctor Staunton no pudo escucharla. Cuando terminó de hacerle la última pregunta y antes de su rápida respuesta, intervino un suave ronquido... el doctor Staunton estaba completamente dormido.

La señorita Talley se quedó mirándolo largo rato. Después fue a la puerta, la abrió y salió a la terraza sin ningún arma: ya sabía que estaba a salvo.

Se quedó mirando al cielo. Recién era de noche y unas pocas estrellas, las más brillantes, ya eran visibles. Pronto habría miles de estrellas visibles, millones.

Su vida, a excepción de la lectura, había sido aburrida, pero ya sabía que no había sido en vano. Estaría viva cuando la raza humana iba a empezar a llegar a ser... lo que la raza humana tenía que llegar a ser. Y ya no tendría necesidad alguna de seguir leyendo literatura

de ciencia ficción. ¡La imaginación iba a ser reemplazada por una realidad habitual de aquí y ahora!

Ahora podían verse más estrellas, pero una de las que se veían primero - era Sirio, lo sabía - era más brillante que todas las demás. La miró fijamente hasta que se le borró y se le hizo invisible, porque sus ojos se habían llenado de lágrimas, lágrimas de una alegría tan profunda que parecía dolor.

FIN